

8



La inteligencia del poder

(notas sobre el pensamiento político italiano)

José Luis Orozco



UAM UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

La inteligencia del poder

(Notas sobre el pensamiento
político Italiano)

Universidad
Autónoma
Metropolitana
Unidad Xochimilco

La inteligencia del poder

(Notas sobre el pensamiento político Italiano)

José Luis Orozco

José Luis Orozco
Profesor del departamento
de Relaciones Sociales
UAM-Xochimilco
México, noviembre de 1988.

Editores
Victor Ortega,
Margarita Cacheux

Ilustración: caricaturas de Leonardo Da Vinci

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100
Col. Villa Quietud, Coyoacán
C.P. 04960 México, D.F.

ISBN 968-840-460-8

Impreso y hecho en México

INDICE

Prólogo

Los ensayos que se ensamblan en este volumen fueron concebidos en diferentes momentos y circunstancias. Aunque los espacios de su escritura se abran de 1970 a 1988, poseen una unidad de propósito que no se circunscribe meramente a la común referencia al pensamiento político italiano. El de redacción más reciente, el ensayo ubicado al principio, celebra el descubrimiento por Maquiavelo del nuevo continente de la política moderna y sus "nuevos modos y órdenes" que abandonan las brújulas éticas y políticas clásicas. A su vez, el de la redacción más lejana en el tiempo, el de Gaetano Mosca, traza el mapa positivista y cientificista de aquel continente ya largamente explorado que apunta al hecho seco de la inevitabilidad universal de la hegemonía de las élites y, con él, a la frágil posibilidad de contrapesarlas mediante el recurso a la inteligencia. El tercer ensayo, sobre Giovanni Gentile, narra la conjunción del idealismo y el pragmatismo para vérselas con el transgresor que profana el continente de la modernidad burguesa, el marxismo. Finalmente, el cuarto y último describe las traslaciones e interpolaciones del continente estatal maquiavélico en el continente termonuclear norteamericano: allí, más todavía que en la Italia fascista, la primera inteligencia maquiavélica se interpenetra con la inteligencia maquiavélica de nuestros días.

Al hablar de "la inteligencia del poder" hablo entonces de la lógica, la ilógica y la astucia que permiten que la burguesía se mueva y opere en el universo plagado de las incertidumbres y las sorpresas destructivas que acechan históricamente a los que acumulan capital. Desde esa perspectiva, los tres primeros ensayos preparan al último y éste prepara por su parte los ya numerosos trabajos que hemos emprendido a lo largo de década y media en torno al mundo político angloamericano. Con Maquiavelo, creo, asoma quien, en la línea que parte del pragmatismo de Polibio y su descripción del ímpetu romano y sus equilibrios y sus violencias, se adentra en la modernidad con el alborozo de incursionar en lo inédito y la agitación del desafiar el viejo intelectualismo abstracto. Con Mosca y Gentile, al declinar el Siglo XIX y al darse el enorme asalto de la irracionalidad y brutalidad de la primera mitad del siglo XX, el penetrante realismo italiano realiza con aquél el inventario positivista del poder y dibuja con éste la alternativa trágica del fascismo. Con la convergencia norteamericana, por último, el voluntarismo y la ingeniería antropológica y social alientan la promesa de maniobrar funcionalmente en el universo de la política y la diplomacia atómicas.

Al establecer esa secuencia no pretendo, desde luego, delinear aquí una suerte de geometría política e imaginarme las operaciones intelectivo-políticas como un simple ejercicio deductivo a partir del microcosmos italiano. La diferencia de fechas, de ánimos y de vehículos de publicación impiden que los ensayos articulen un proyecto sereno de cuadrícula ideológica. Salvo el primer texto, los demás han corrido la suerte común del agotamiento que espero sea únicamente editorial. El trabajo sobre Mosca, de los primeros en lengua castellana, constituyó el inicial y único volumen de la colección de Cuadernos de la Escuela de Administración Pública y Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Publicado en 1970, circuló lánguidamente en México, España y Argentina; tras varios años de agotarse la

edición, fue traducido en parte al italiano en el libro *Governo e governavilitá nel sistema politico di Gaetano Mosca,* compilado y prologado por el profesor Ettore A. Albertoni en 1983 (Giuffre, Milán). Por otra parte, el artículo sobre Gentile, originalmente publicado por *La palabra y el hombre* en Julio-Septiembre de 1979, fue presentado a su vez al público italiano por el *Archivio Storico Siciliano* (Serie IV, Vol. X, Palermo) en 1984. El ensayo final, "Nuevo y Viejo Maquiavelo", apareció en el número 90 (Noviembre-Diciembre de 1979) de la revista *Diálogos* ya desaparecida.

Meditar sobre el pensamiento político italiano obliga a expresar el reconocimiento a los que, para mí, lo personifican y vivifican. Entre ellos, cito a Federico Ferro Gay, maestro de la juventud y amigo de siempre, a Ettore Albertoni, tan afín en perspectivas y tan ejemplar y envidiable en su disciplina intelectual[1], a Massimo Ganci, rotundamente generoso, a Dino Fiorot, *gentiluomo,* y a Anna Maria Battista y Robertino Ghiringelli, historiadores de las ideas políticas de proyección universalista. A Sonia Comboni, *last but not least,* el agradecimiento a su afabilidad y talento.

México, D.F.

Junio de 1988.

1 Su *Storia delle dottrine politiche in Italia* (Arnaldo Mondadori Editore, Milán, 1985 (versión española abreviada del Fondo de Cultura Económica, 1985) constituye el libro modelo en el género.

I

Maquiavelo y la pragma política de los modernos

Relación enigmática para Leo Strauss, la existente entre los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio* y *El Príncipe* de Maquiavelo es para Max Lerner "poco más o menos la misma que *El Capital* de Marx guarda con el *Manifiesto Comunista*". No entremos ni en problematizaciones ni en simplificaciones: la irregular convergencia entre ambas obras es remisible a una suerte de estrategia de la escritura en la que Maquiavelo enmaraña e indistingue desde 1513 sus predilecciones intelectuales y sus ambiciones de reincorporarse al poder perdido con la restauración en Florencia de la casa de los Medici (1512). Tras catorce años de vicisitudes diplomáticas como secretario del Consejo de los Diez a cargo de la guerra y las relaciones exteriores de la caída república florentina, el Maquiavelo confinado en la lectura y el diálogo con los clásicos y los recuerdos personales dibuja en los *Discursos* las coordenadas de un abigarrado pluriverso en el que se despeja la estructura más unilineal de *El Príncipe*. Justamente el torrente vivo de las energías políticas de la Roma de Tito Livio se resiste allá a toda petrificación doctrinal, al monolitismo de los grandes sistemas de Verdad. Los *Discursos* prefieren por ello izar velas hacia el continente de lo que Maquiavelo llama los *modi ed ordini nuovi* de la política moderna en cuya navegación

asoman tantos peligros como los que asoman en las *acque e terre incognite* americanas.[2]

Larga réplica *"a quegli filosofi che hanno voluto che il mondo sia stato eterno"*,[3] los *Discursos* se apartan también del género literario técnico del "espejo de príncipes". Dotados de una estructura orgánica y comprensiva, histórica, psicológica y antropológica, jamás arman empero un universo cerrado y atado por un principio único. La conciencia del desfasamiento inexorable entre la política y la economía de las cosas humanas impide que a lo largo de los tres libros de los *Discursos* se hilvane una teleología política o un sentido último de la historia. Al ilustrar los espacios en los que se entreveran y anulan el voluntarismo y el fatalismo naturalista, la *virtú* y la fortuna, el pluriverso maquiavélico de los *Discursos* es más el de la *pragma* que el de la *praxis* vista en *El Príncipe* por cierto marxismo a partir de Gramsci. Distinción sólo indirectamente derivada del contexto capitalista de aquélla y del contexto socialista de ésta, la *pragma* traducida al inglés como *business* o asociada a la figura ciceroniana del *pragmaticus* como alguien versado en los asuntos civiles y los negocios del Estado expresa mejor el contenido de una acción que no busca integrarse unitaria o esencialmente en una razón teórica pretendidamente ocultada o mistificada por la "práctica cotidiana". Si Maquiavelo navega en las nuevas rutas de la modernidad política, ello será para explorarlas con la frágil brújula del pasado y el presente y no para ordenarlas clara y distintamente. En él hay la vocación del cartógrafo, no la del geómetra, la del

2 Machiavelli, Niccoló, Proemio al Libro Primero de los *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, en las *Opere Politiche*, a cura di Mario Puppo, I Grandi Classici, Le Monnier, Firenze, 1969, p. 189. En adelante, las notas de pie de página corresponden a esta edición anotada.

3 *Discorsi*, Libro Segundo, V., p. 392

que da cuenta de las hendiduras y los acantilados y se resiste a abstraer las líneas rectas o los puntos de equilibrio.

Que la *pragma* maquiavélica devele la fenomenología política moderna para ajustarse a su ritmo y no para imponerle directrices racionales o revolucionarias no significa el predominio del espontaneísmo y la irracionalidad. En primer lugar, porque la *pragma* no renuncia a la aprehensión intelectiva de las relaciones sociales, así privilegie su manipulabilidad y gobernabilidad. Sin ensamblarlas unitariamente, los *Discursos* diseñan una cosmología y una antropología en medio de las cuales se intersectan contradictoriamente la práctica humana y la incertidumbre universal, y se viabiliza un plano administravivo, disciplinario y jerárquico preparado para los usos de la espontaneidad, la pasión y la religión. Por moverse en dimensiones aleatorias, la sucesión, la combinación y la alternancia de las formas de gobierno son irreductibles a la geometría y la mecánica políticas: pero más que búsqueda de la simetría, la del Maquiavelo de los *Discursos* es la de tensar los materiales de la arquitectura política nacional y calcular sus apuntalamientos y sus recursos hegemónicos. De aquí que si la literatura política alemana confiere a Maquiavelo el rango de clásico de la Razón de Estado o si en Gramsci aparece como el animador de una *volontá collettiva nazionale popolare*, el liberalismo conservador anglosajón lo revalúe más allá de *El Príncipe* como el primer tratadista de los modernos sistemas políticos libres, plurales, que no democráticos.

Al prologar la edición inglesa de los *Discursos*, Bernard Crick rompe los esquemas piramidal-estatista y mitológico-colectivista en los que aquellas literaturas aprisionasen a Maquiavelo. Viéndole ver el conflicto como un elemento positivo "en la movilización de todos los recursos de un Estado", Crick abre el pensamiento maquiavélico a la libertad y la competencia, al pluriverso del cálculo político de probabilidades y la estrategia de la pugna inevitable entre los intereses y las pasiones posi-

tivables y legitimables de la libertad burguesa.[4] ¿Hasta qué punto las diferencias interpretativas son cuestión de énfasis y niveles analíticos? ¿Hasta qué punto lo son de circunstancias históricas, nacionales y de articulación de la ciencia política más funcional a la cultura dominante? ¿Hasta qué punto, finalmente, los matices del habla maquiavélica y de su traducción contribuyen a inclinar la balanza hacia uno u otro lado? Bástenos aquí anotar que las versiones españolas con que contamos se deslizan o hacen deslizarse por la pendiente interpretativa de la Razón de Estado. Un botón de muestra: mientras la versión de Luis Navarro traduce literalmente la palabra italiana *disunione* como "desunión", la versión inglesa acude a la palabra *discord* para enfatizar, más allá de la *mancanza di unione,* la *mancanza di concordia* del vocablo italiano. Ello imprime de entrada un sentido conflictivista y civilista que trasciende el (implícito) imperativo unitario de la Razón de Estado. En esa lógica, y cuando nuestra traducción vierte a veces la misma palabra *disunione* como "desacuerdo", la versión inglesa no duda en vertirla como "conflicto" o "colisión" *(clash).*

¿Cuestión meramente semántica? En parte, sí. Y a condición de advertir que los giros semánticos traducen a su vez giros ideológicos a cuyo alimento se prestan el estilo y la ironía de un Maquiavelo sabedor de las sutilezas del compromiso político y del valor de la ambiguedad del discurso. Al hablar entonces de una filosofía (y una política) de la *pragma* no pretendo añadir otra "clave de lectura" a las ya numerosas que cercan a la escritura maquiavélica. Matizo –sin desvirtuar, creo– una intencionalidad ciertamente más rica que la del grave razonador

4 Crick, Bernard, "So Many Machiavellis", Introducción a *The Discourses* of Niccoló Machiavelli, Edited by Bernard Crick, Using the Translation of Leslie J. Walker, S.J., With Revisions by Brian Richardson (1970), Penguin Books, Middlesex, England, 1981, esp. p. 36.

de Estado, la que acude a los *pragmatici homines* romanos y su bulliciosa violencia y deja la serenidad metafísica de los griegos para actualizar las fórmulas operativas del dominio burgués —¿y quién sabe si más que burgués? En todo caso, combino la lectura de la versión española con la del texto italiano anotado y la del texto inglés subdividido a manera de poner en claro aquella intencionalidad. Una libertad que se entreteje más en lo estatal que en lo privado, más en lo político que en lo económico, no anuncia ningún "maquiavelismo" hipócritamente totalitario. Anuncia, lejos del formalismo aristotélico de los equilibrios y los justos medios, la primera inteligencia pragmática que habrá de *politizar* la brutal economicidad de las nuevas fuerzas históricas desatadas por el capitalismo.

1. El pluriverso de las cosas humanas

Los aguafuertes de la antropología maquiavélica cobran sentido al ubicárseles en los azares de la vida diplomática de principios del Siglo XVI y en la microdialéctica de la ambición y la envidia, la doblez y la artimaña documentada por la correspondencia y los despachos de gobierno del secretario florentino. Observar y anotar la *pragma* de los que mandan en su tiempo, reflexionarla luego al trasluz de los historiadores clásicos: el juego de las impresiones oculares e intelectuales justifica afirmar que "quien estudia las cosas de ahora y las antiguas conoce fácilmente que en todas las ciudades y en todos los pueblos han existido y existen los mismos deseos *(desideri)* y las mismas pasiones e intereses *(omori)*".[5] De aquí que se juzgue a Maquiavelo como atrapado en una visión circular, naturalista y psicologista del hombre y la historia, enredado en un empirismo subjetivista y "al parecer dotado

5 *Discorsi*, Libro Primero, XXXIX, p. 308.

más de intuición que de temperamento especulativo".[6] Con ello, la misma modernidad de Maquiavelo resulta cuestionada: sin las incursiones en la introspección y el intelectualismo, deja allí la impresión de quien otorga, dentro de las cosas humanas, sólo una especificidad adjetiva y subordinada a lo moderno.

Cierto que varios pasajes de los *Discursos* testimonian el talante naturalista y fatalista de Maquiavelo. Al final del Capítulo XI del Primer Libro es contundente al corroborar que "todos los hombres, tal y como se dice en nuestro prefacio, nacen, viven y mueren siempre sujetos a las mismas leyes naturales (a *uno medesimo ordine)*". Ya en el prefacio, la conexión humano-cosmológica constaba en el imperativo de descubrir detrás de la multiplicidad de los accidentes históricos una secuencia y una identidad fundamentales, *"come si il cielo, il sole, li elementi, li uomini, fussino variati di moto, di ordine e di potenza da quello che gli erono antiquamente"*.[7] Pero en ninguna parte se trata de encerrarse en el naturalismo de la psicología o la psicopatología del poder tan gratuitamente atribuido a Maquiavelo, ni siquiera cuando postula inicialmente que quien ordena un Estado "debe suponer a todos los hombres malos y dispuestos a emplear su malignidad natural *(la malignità dello animo loro)* siempre que la ocasión se los permita". Y es que aunque Maquiavelo confiese creer en el Proemio al Segundo Libro que el mundo permanece "ad uno medesimo modo" en lo que toca al bien y al mal, la cláusula geográfica según la cual todo ello varía *di provincia in provincia* vulnera la visión cíclica-uniforme e impersonalista abriéndose a una perspectiva fragmentaria y plástica

6 Consúltese, para el desarrollo de esta problemática, Battista, Anna Maria, *Alle origini del pensiero politico libertino. Montaigne e Charron* (1966), ristampa emendata, Giuffré Editore, Milano, 1979, esp. pp. 14 a 16.

7 Cfr., en el Libro Primero de los *Discorsi*, el Capítulo XI y el Proemio, pp. 239 y 191.

de la historia, plural y (relativamente) administrable en buena parte de sus bloques o segmentos, combinatoria e incluso selectivista en cuanto la antigua *virtú* romana logra dispersarse *"in di molte nazioni dove si viveva virtuosamente"*.[8]

Cláusula adicional, decisiva, la de la reflexión de *le cose umane sempre in moto* apunta desde los planteamientos iniciales de los *Discursos* hacia los usos políticos de la historia y la instrumentalización de las *virtuossime operazioni* que ella muestra. No hay afanes arqueológicos ni mecanicistas en la recuperación prágmatica del *tiempo* visualizado por Maquiavelo como el *"padre d'ogni verità"*, como el reclamante de la moderna *virtú* que ya no puede ser ni la *virtus* mística del medioevo ni la *virtus* marcial, viril, de la energía romana. Maestra, a la historia sigue correspondiéndole el aconsejar *"nello ordinare le republiche, nel mantenere li stati, nel governare e regni, nello ordinare la milizia ed amministrare la guerra, nel iudicare e sudditi, nello accrescere l'imperio"*.[9] Lo que está entonces en juego es la *vera cognizione* de la historia: si a ignorarla contribuyen tanto la *debolezza* acarreada por *la presente religione* como el *ambizioso ozio* de la burguesía; destáquesele ahora, con el gusto por el *sapore* que ella tiene en sí, como el factor de previsión y orientación causal en medio de las cosas humanas –políticas– sujetas como todo a la inestabilidad, el conflicto y la corrupción del tiempo.

Al reconocer el valor del conflicto como el motor de la historia y como la *"prima causa del tenere libera Roma"*, la sociología maquiavélica de la lucha cíclica de clases se entrevera con la (¿neutra?) pedagogía aplicable por igual a los que luchan en favor de la *libertá* y a los que lo hacen en favor de la *tirannide.* A su vez, el pragmatismo de

8 Cfr., en los *Discorsi*, el Capítulo III del Libro Primero y el Proemio al Libro Segundo, pp. 205 y 366 y 367.

9 Proemio al Libro Primero de los *Discorsi*, p. 190.

los que se empeñan en apropiarse de la autoridad entre las tensiones de *"la materia disordinata del tempo"* conduce a la teoría de la Constitución como la salvaguardia de una república pacífica y el presupuesto para refrenar las pasiones humanas y alejar "toda esperanza de impunidad". Con todo, la concepción maquiavélica del tiempo no permite abrigar ninguna esperanza de virtud constitucional e institucional permanente: la ambición de los hombres y la riqueza siempre a punto de rebasar sus "justos límites" le hacen ver de cuántas condiciones materiales imponderables dependen el orden interno y la larga vida de las repúblicas. Políticamente, Maquiavelo calibra desde el Capítulo II del Primer Libro la división de Polibio de las formas republicanas en monarquía *(il principato)*, aristocracia *(lo stato de'pochi, gli ottimati)* y democracia *(lo stato popolare)*, cada una degenerable cuando *"si venne alla licenza"*. Al sumar seis, se acabala el ciclo *"nel quale girando tutte le republiche si sono governate e si governano"*. [10]

Si los modos licenciosos de gobierno se descartan por su malignidad y si la vida de los *"tre buoni"* es breve, un principio de lógica y prudencia dicta que se combine a éstos en un solo gobierno, *"giudicandolo più fermo e più stabile, perché l'uno guarda l'altro"*. Puesto que, hallándose *"tutte le cose degli uomini in moto"*, la armonía y la lógica no cuadran en el mundo sino precariamente, la larga jornada de Maquiavelo por "la república perfecta" de los romanos desemboca inexorablemente en la rivalidad y el exceso, en la dilatación y la decadencia. Donde la política se sale del razonamiento abstracto, donde la realidad del poder lo avasalla todo, no queda espacio ni para los justos medios aristotélicos ni para los posteriores equilibrios newtonianos. Destino humano –político: al no poder *bilanciare questa cosa*, al no poder mantener *questa via del mezzo a punto*, será preciso que, al ordenar

10 *Discorsi*, Libro Primero, II, pp. 202 y 203.

la república, se piense *"alle parte più onorevole".* La filosofía de la simetría cede lugar a la filosofía de lo (honorablemente) posible y lo necesario, si dentro de lo posible y lo necesario cabe el que la república se estructure a manera de expandirse y conservar lo ocupado. A la normatividad abstracta acaba pues por imponérsele el peso concreto de los hechos y su lógica o ilógica: *"e a molte cose che la ragione non t'induce, t'induce la necessitá".*[11]

Significativamente subtitulados en la versión inglesa *"The Need of Adaptation to Environment",* los capítulos VII, VIII y IX del Tercer Libro de los *Discursos* retomarán la dialéctica de lo organizativo y lo sociológico, de la fortaleza y bondad de las Constituciones y "el estado de las costumbres". A diferencia del Primer Libro, los cálculos más concretos y los enunciados técnicos sobre las *mutazioni (revolutions,* en el texto inglés) de la *vita libera* a la *vita tirannica* y la *vita tirannica* a la *vita libera* intersectan las dimensiones de la *necessitá* y las dimensiones de la *violenza.* Moviéndose entre ellas, se trata de determinar la funcionalidad de las formas de gobierno en los turbulentos escenarios empíricos del tiempo y el espacio humanos. Filosofía de lo (socialmente) posible, la de maquiavelo articula ahora la didáctica política para los que no quieren arrojarse *"in impresa contro a tempo".* Y es que, dirá Maquiavelo, "los hombres deben ajustar su conducta, sobre todo en las grandes acciones, a la condición de los tiempos *(i tempi),* acomodándose a ella, y los que por mala elección o por inclinación natural *si discordano dai tempi,* viven las más de las veces infelizmente y sus acciones tienen un éxito funesto; *al contrario l'hanno quegli che si concordano col tempo".* Aquí una clave *"della trista e della buona fortuna";* aquí el imperativo para que la conducta política se inserte en la perspectiva histórica y encuentre en ella *"il modo del procedere suo con i tempi".*[12]

11 *Discorsi,* Libro Primero, VI, pp. 218 y 219.

Reencuentro éste de Maquiavelo con la vieja deidad burladora de los hombres, la Fortuna. Con Plutarco y Tito Livio, Maquiavelo incurre en el sobrenaturalismo que admite ver caer "la mayoría de las veces" a los hombres "en la desgracia, o ascender a la *grandezza* impulsados por una fuerza superior a ellos, que procede de los cielos *(che gli hanno fatto i cieli)* y que les da o quita la ocasión *di potere operare virtuosamente*" [13] Poco antes, la dialéctica maquiavélica de la *virtú* y la *fortuna* postulaba en relación al imperio romano que su poderío obedecía a la convergencia de la *fortuna* y *l'ordine del procedere:* en un giro anti-místico, racionalista-administrativista, Maquiavelo afirma que ninguna república fue *"ordinata a potere acquistare"* como Roma, que nadie prestó como ella tanta atención "en el orden de las guerras y en el modo de proceder en ellas". Con todo, aún allí asoma la cabeza de la Fortuna que jamás permite que Roma libre simultáneamente *"due potentissime guerre".* Conclúyase admitiendo la intromisión de la fortuna en la historia: súmesele no obstante, en el caso de los romanos, "el grandísimo valor" y la "no menor prudencia" y, ahora sí "maquiavélicamente", los usos de *la forza* y *la fraude* –"menos vituperable cuanto más disimulada"– mediante los cuales van edificándose a partir de los *piccoli principii* los *sublimi gradi* del poder político.[14]

¿Pero qué decir de los pueblos cuyo ánimo no corresponde al temple disciplinario y organizativo de Roma? ¿Cómo alcanzar en ellos la *"vera via"* que permita *"errare meno, ed avere la fortuna prospera"?* Pragmáticamente, la cuestión es acogerse a los vientos favorables de la naturaleza y la historia. Apuntando a una teoría de la op-

12 *Discorsi*, Libro Tercero, VIII y IX, pp. 541 a 543. Cfr. con la edición inglesa de Crick, pp. 425 y ss.

13 *Discorsi*, Libro Segundo, XXIX, p. 481.

14 *Discorsi*, Libro Segundo, I y XIII, pp. 371 y 372 y 415 a 417.

ción racional, Maquiavelo aconseja a su lector el proceder *"secondo ti sforza la natura"*, y nuestro traductor lo vierte como "aprovechando las circunstancias". A nivel psicológico, el consejo es el de sincronizar el mismo carácter del actor y las modalidades favorables de su tiempo, elegir aquellos *tempi* más convenientes a su manera de operar y de ser, como en el caso del Fabio que es capaz de manejarse ante Aníbal *"per natura e non per elezione"*. A nivel histórico, las narraciones muestran "que los hombres pueden secundar a la fortuna y *no oponérsele* (nuestro traductor acude al tajante "no contrarrestarla"); *pueden tejer sus hilos pero no romperlos*".[15] Lo que los hombres jamás deben hacer es abandonarse a ella: puesto que desconocen sus designios y éstos se mueven *"per vie traverse ed incognite"*, admítase aquí, al lado y adentro de una zona de incertidumbre, una zona de *freedom of choice* en la que se dibuja y desdibuja al mismo tiempo la modernidad de Maquiavelo.

La modernidad se prefigura, no obstante, sin sedimentos cuando Maquiavelo empotra la dimensión individual del albedrío en la de la toma de decisiones colectivas y advierte sobre los riesgos de rigidez que presenta la dictadura o el gobierno de uno solo para *variare co'tempi volendo sempre avere buona fortuna.* Piero Soderini, gonfaloniero de 1502 a 1512, ilustra cómo Florencia sólo prospera cuando *"i tempi furono conformi al modo del procedere suo"*; cuando la sincronía se rompe, la elasticidad se pierde por más que el rector individual procure cambiar. Padre inflexible, el tiempo que hace variar a la fortuna y a la verdad vuelve asincrónicos a los que mandan, los condena a repetir una y otra vez sus modos viejos de gobernar y entender hasta que ellos o el Estado peligran y se arruinan. Dentro del más estricto pragmatismo, la flexibilidad *democrática* aparece *como* la *opción* más plausible. El que *"una republica ha maggiore vita,*

15 *Discorsi*, Libro Segundo, XXIX, esp. p. 482. El subrayado en español es mío.

ed ha più lungamente buona fortuna, che uno principato" se explica por *"la diversità de'cittadini che sono in quella"* y, analógicamente, por la pluralidad de los intereses que mantienen sus fueros *"con impeto e con furia"*. Aunque, más por inferencia que explícitamente, Maquiavelo introduzca allí elementos intrínsecamente disturbantes, el cálculo de los *tempi* y los *modi* de la estabilidad lo aproxima a la arquetípica política burguesa, así legitime un utilitario *"accomodarsi (meglio) alla diversità de'temporali"*.[16]

2. La razón del Estado y la razón del dinero

¿Por qué el discurso democrático del eternamente encasillado "consejero de príncipes"? ¿Hay aquí una síntesis (inadmisible) de la dialéctica de la *fortuna* y la *virtù* que en *El Príncipe* invoca la dictadura? Síntesis, ninguna: en medio de las discordancias entre las formas de gobierno y los *tempi* de la historia, entre la certidumbre de la disciplina y la organización y la incertidumbre de la Fortuna, Maquiavelo bosqueja la visión burguesa más sobria, tensa y pragmática sobre la funcionalidad de la democracia. Con ella no se trata solamente de mostrar el deterioro y el trabamiento a mediano y largo plazo de la dictadura, o de alojar en términos liberales una teoría de la opción racional colectiva; se trata de ordenar y encauzar bajo una legitimidad política menos estrecha socialmente al tumultuoso universo económico que desata en las ciudades-estados italianas el primer capitalismo comercial. En lo político, en lo financiero o en lo militar, el dinero conspira contra el amor a la patria: Florencia, Venecia o Milán, todas convierten a Italia "en sierva de los extranjeros", la dejan en manos de un ejército de "aventureros sin patria". Ante ese paisaje se yergue el único absolutismo maquiavélico, el de que la patria debe ser

16 *Discorsi*, Libro Tercero, IX, pp. 543 a 545.

siempre defendida, "sea con ignominia, sea con gloria", *"in qualunque modo"*.

Dando las pinceladas mayores al retrato histórico de sí mismo, Maquiavelo se antoja ahora intransigente, "maquiavélico": *"dove si delibera al tutto della salute della patria, non vi debbe cadere alcuna considerazione né di giusto né d'ingiusto, né di piatoso né di crudele, né di laudabile né d'ignominioso"*; postergando toda otra estimativa, se impone categóricamente *"seguire al tutto quel partito che le salvi la vita e manteghile la libertá"*.[17] La patria "ante todo y sobre todo": véase a los franceses que observan ese principio en los dichos y en los hechos al defender "la maestá del loro re e la potenza del loro regno". Pragmáticamente incluso, el Estado-Nación que Maquiavelo contempla favorece la estabilidad *"o in buona o in avversa fortuna"*. Concuerda con los principios de la hacienda pública, la protección a los particulares y la economía de la guerra; a él es asimilable la prudencia romana que enriquecía tanto a la patria como a los países conquistados, cuya estrategia fiscal-militar consistía en gastar lo menos posible en guerras diseñadas para ser "cortas y en grande", cuidadosa del cálculo tributario para emprenderlas y de no empeñarse en guerras prolongadas. A ese Estado-Nación corresponde igualmente defender de cualquier ofensa *"fatta contro al publico o contro al privato" (either to the Public or to a Private Person*, traduce la versión inglesa), y de cuidarse de hacerlo *"contra ius gentium"*.[18]

Pero la mecánica del Estado-Nación y la acumulación y protección de la riqueza no enreda a Maquiavelo en una suerte de mercantilismo contabilista o privatista o cosa similar. Su axioma de que "el dinero no es el nervio de la guerra" opone a ello su otra personalidad intelectual, la del artista moderno de la estrategia militar. Buen

17 *Discorsi*, Libro Tercero, XLI, p. 630.

18 *Discorsi*, Libro Segundo, XXVIII, pp. 476 y 477.

sociólogo, Maquiavelo sabe allí que ni el oro ni las defensas naturales reemplazan a un ejército fiel, disciplinado, y que los príncipes que confían sólo en el dinero "carecen de la prudencia necesaria". Buen táctico, sabe que la preferencia de la caballería sobre la infantería no es sino un factor combativo exaltado por los *condottieri* para asegurar su imprescindibilidad; buen estratega, sabe de los peligros que aguardan a los príncipes y las repúblicas que, más allá de las tropas mercenarias, se valen de tropas auxiliares sobre las cuales no ejercen "ninguna autoridad". Buen diplomático, Maquiavelo sabe también que a los aliados se les adquiere mediante el valor y la reputación, no se les compra como lo hacen Florencia y Venecia –*"le cose che si acquistano con l'oro, non si sanno difendere con il ferro".*[19] Buen pragmático, Maquiavelo sabe desde antes que el Estado que asocie a su plebe *a alcuna cosa gloriosa* no debe establecer distinciones entre sus ciudadanos si quiere *fare quel che fe'Roma".*[20]

¿Declaración de fe popular, igualitaria? De nuevo, el léxico maquiavélico debe contextuarse en el catálogo de los antídotos colectivos de la Fortuna. Si previamente la democracia resulta funcional en tanto mecanismo más elástico de acomodo a la diversidad de las circunstancias, ahora, en el plano de la empresa estatal-militar, la democracia plebeya vale en tanto compactada por "todo el vigor y la disciplina" de la "organización antigua", incluso en tanto parte de la dialéctica espartana del Estado rico y el ciudadano pobre. Lo cual, desde luego, está lejos de convertir a Maquiavelo en el teórico del Estado-Guarnición. Como, al otro lado, tampoco lo convierte en el apologista de la democracia como la protectora de "no sin razón se compara *la voce d'un popolo a quella di Dio".*[21] Apartadísimo de *un popolo licenzioso e tumul-*

19 *Discorsi*, Libro Segundo, XX y XXX, pp. 446 a 448 y 483 a 485.

20 *Discorsi*, Libro Primero, LX, p. 364.

tuario, el *popolo* maquiavélico es uno que se interesa en la estabilidad a largo plazo que representan los contratos y las alianzas, y que por ello es "desde la antiguedad" los virajes de la historia. La continuidad política y diplomática que la democracia ofrece ante la inconsistencia, la ingratitud y la imprudencia de un príncipe alienta a Maquiavelo a contradecir a Tito Livio y a afirmar que más fiel a los tratados que los príncipes. De aquí que ni la continuidad, ni la flexibilidad para adaptarse a *i tempi* ni el igualitarismo virtuoso del espíritu marcial y republicano encajen en Maquiavelo en la idea de democracia. Encajan mucho más en la del *amore alla libertá.* Más que de pueblos democráticos, su modernidad le dicta escribir de *popoli liberi,* de *popoli liberissimi,* subsumir en suma la democracia en la *libertá.*

¿Y qué entender por libertad en el Maquiavelo pre-liberal? En principio, nada cualitativamente distinto de lo que entenderá el mundo burgués. Militarmente, el efecto de la libertad se transparenta en la *virtú* alegre de un ejército *che combatte per la gloria sua,* que considera "la causa como propia". Económicamente, el amor a la libertad enlaza a la fisiocracía y la geopolítica. Qué fácil es entonces comprender de dónde nace la afección de los pueblos al *vivere libero:* la experiencia convence de que la expansión y la riqueza jamás se dan a los ciudadanos *"se non mentre sono state in libertá".* La libertad como *veramente maravigliosa cosa: "Perché tutte le terre e le provincie che vivono libere in ogni parte, come di sopra dissi, fanno profitti grandissimi".*[22] Geopolíticamente, la liberalidad permite compatibilizar la expansión territorial y la iniciativa nacional de los pueblos asimilados, diseñar una metodología del engrandecimiento en la cual, ante los costos de un imperialismo formal y rígido, los romanos ilustran acerca de las ventajas del

21 *Discorsi,* Libro Primero, LVIII, pp. 358 y 359.

22 *Discorsi,* Libro Primero XLIII, y Libro Segundo, II, pp. 319 y 377 y 382.

federalismo y las alianzas hegemónicas. Del primero, Maquiavelo calcula la tensión entre la elasticidad confederativa y la falta de centralización ejecutiva (de *sedia*) y admite allí una resistencia, "a lo más", de doce o catorce estados. De las segundas, anota cómo el exigir *la sedia dello imperio* y el *titolo del comandare*, permite conservar a Roma la iniciativa militar y lograr que sus aliados contribuyan "sin saberlo, con su trabajo y con su sangre a sojuzgarse a sí mismos *(soggiogar se stessi)*".[23]

Más allá de las trampas de las coaliciones imperial-liberales, Maquiavelo habrá de definir "liberalmente" su *libertá*. En un laxo juego pragmático entre el Estado Absolutista y el Estado Liberal, allí ocurre la confrontación entre los *popoli liberi* y su multiplicación alborozada de intereses y la unilateralidad utilitaria del régimen monárquico. Allí, Maquiavelo constata que, por más ánimo y por más *virtù* militar que despliegue un "*tiranno virtuoso", non ne risulterebbe alcuna utilitá a quella republica, ma a lui proprio"*. De frente a la figura del monarca, Maquiavelo puede declarar que "*non il bene particulare, ma il bene comune é quello che fa grandi le cittá*". Riqueza y república, riqueza y libertad: "*Al contrario interviene quando vi é uno principe; dove il piú delle volte quello che fa per lui offende la cittá, e quello che fa per la cittá offende lui*". Ahora que, cuando la *tirannide* substituye *a uno vivere libero*, las cosas económicas han de replantearse, al igual que, con Jenofonte, las cosas políticas acerquen al tiranicidio. En lo que toca a aquéllas, el mal menor que la tiranía acarrea al Estado es el estancamiento, el no *crescere piú in potenza o in ricchezze;* con todo, la mayoría de las veces, si no siempre, la tiranía inicia el retroceso, la decadencia (el *tornare indietro)*.[24]

Pero si Maquiavelo sabe de la antieconomicidad de la

23 *Discorsi*, Libro Segundo, IV, pp. 386 y ss., esp. p. 388.

24 *Discorsi*, Libro Segundo, II, pp. 378 y 379.

tiranía, sabe también, al lado opuesto, de la antieconomicidad de la *libertá*, sobre todo cuando ésta linda con la democracia. El que los *popoli liberi* abriguen dos pasiones contradictorias, la de engrandecerse y la de conservar, engrandeciéndose, la libertad, genera no sólo los riesgos de *rovina particulare d'cittadini*, sino la entretejedura de las ofensas y las sospechas que trastoca las intenciones y los resultados, los fines y los medios. Ello conduce a que *"il popolo molte volte, ingannato da una falsa immagine di bene, disidera la rovina sua"*. Tensiones propias del liberalismo imperial, las que Maquiavelo apunta evidencian la alogicidad a la que se somete la conducta adquisitiva al intersectarse en las zonas de democracia donde difícilmente se dan buenas decisiones, donde *i buoni partiti* no logran discernirse. "Y cuando en las cosas que se presentan ante el pueblo se deja ver la ganancia *(il guadagno)*", sentencia Maquiavelo, éste consiente "aunque en el fondo se encubra la pérdida *(la perdita)*". Dialéctica de la apariencia y el engaño, del engaño y la ruina, *sempre sará facile persuaderlo alla moltitudine* ofreciéndole ganancias y, al revés, siempre será difícil convencerle de adoptar aquel partido donde aparezca una pérdida inmediata aunque ésta conduzca a la *salute e guadagno* del Estado.[25]

Popolo, moltitudine, espacios de la decisión agitable, trastocable. En ese pluriverso paródico donde opera la convertibilidad cuasi-dialéctica de la libertad y la opresión, la sucesión convulsa de una ambición a otra, la ambivalencia o la multivalencia de un mismo suceso, la maldad que procede de las mejores causas; ¿cómo escoger un punto de optimalidad, un islote de racionalidad? Unas cuantas páginas atrás en el Libro Primero, Maquiavelo anticipa una respuesta al hablarnos de que los hombres, en conjunto, se engañan en los asuntos generales *(nelle cose generali)* pero no se engañan (tanto) en los particulares *(nelle particulari)*. Con ella, Maquiavelo bo-

25 *Discorsi*, Libro Primero, LIII, pp. 340 y 341.

ceta una teoría de la opción particular/individual cuyo gran presupuesto implícito es el del interés, el del *desiderio ragionevole.* Para *aprire gli occhi a'popoli* ante la engañosidad que presenta todo juicio global o generalizante, ella insta a que la decisión colectiva descienda *a'particulari,* a lo pragmáticamente asible.[26] Queda, desde luego, preguntarse a quién confiere Maquiavelo la titularidad de ese *aprire gli occhi* al pueblo, del someter la pasión a la ley y la política a la administración. Por allí asoma una *nobilitá* que adopta *una via del mezzo* y contenta por igual a sí misma y a la plebe; por allá un *uomo prudente* que no desestima *il giudicio populare* al distribuir particularmente el poder político. En cualquiera de los casos, el conflicto esencial que se dirime es el de los *uomini grandi* (ilustrables por los *magnates* romanos) y los *uomini popolari.*

"Digo", declara un Maquiavelo acaso pre o neoliberal, "que quienes condenan a los conflictos *(i tumulti)* entre *i nobili e la plebe,* reprueban a los factores *che furono prima causa del tenere libera Roma".* Elogiador de la conflictividad elitista-democrática, Maquiavelo pondera los *buoni effetti* del que en toda república existan *"due umori* (tendencias) *diversi, quello del popolo e quello de 'grandi' "* y apunta cómo *"tutte le leggi che si fanno in favore della libertá"* proceden *"dalla disunione loro".*[27] Prudente para comprometerse con una u otra tendencia, nos hace luego asomarnos a las dos caras de la libertad política, a que el lector examine las razones de los hombres *"che gli fanno desiderare d'essere liberi".* Y encontrará, asienta a renglón seguido, *"che una piccola parte di loro desidera di essere libera per comandare; ma tutti gli altri, che sono infiniti, desiderano la libertá per vivere sicuri".* Postulado cuantitativo y cualitativo, Maquiavelo concluye aquí que *"in tutte le republiche, in qualunque modo ordinate, ai gradi del comandare non aggiungono*

26 *Discorsi,* Libro Pirmero, XLVII, pp. 326 y 327 y 330.

27 *Discorsi,* Libro Primero, IV y V, pp. 207 a 210.

mai (no llegan jamás) *quaranta o cinquanta cittadini"*.[28]

Si la elemental aritmética política de Maquiavelo acaba por verterse a veces en una sociología de las élites de corte burgués, es justamente lo burgués lo que en Maquiavelo desestabiliza la creatividad dialéctica de la desigualdad y el conflicto sociales. Venecia, es cierto, le mueve a visiones y a relativas convicciones en torno a la *libertá* económica. Allí, lo nobiliario se perfila en un sentido moderno, mercantil: "sus riquezas proceden del comercio (están *grandi fondate in sulla mercanzia e cose mobili*)". Por ello, ningún *gentiluomo* veneciano *"tiene castella o ha alcuna iurisdizione sopra gli uomini"*; su nobleza *"é nome di degnitá e di riputazione"*. Por ello, la división social veneciana entre *gentiluomini* y *popolari*, aunque genere la exclusión de éstos de *tutti gli onori*, no ocasiona *disordine in quella terra*. Ahora que, al fincar la simetría y la perdurabilidad de las repúblicas o en una *grande equalitá* o en una *grande inequalitá*, las armazones políticas capitalistas no dejan de ser vulnerables. Aún descontando la inoperatividad nacional de Venecia, el persistente ejemplo de Roma muestra a Maquiavelo la inestabilidad de todo equilibrio entre el patriciado y el pueblo, la rigidez política misma que asume la nobleza comercial al ver amenazados sus bienes.[29]

Lo que a la óptica de la opción racional se ven como poderosas razones para preferir al elitismo sobre el plebeyismo, las del deseo de adquirir y las del temor de perder que establecen *una qualitá di autoritá dagli animi inquieti della plebe*, se cuestionaba ya en la panorámica romana del desatamiento del *furore* distributivo de la plebe y la *disperazione* reaccionaria de la nobleza que hacían dudar a Maquiavelo sobre *quale umore di uomini sia piú nocivo in una republica, o quello che desidera mantenere l'onore giá acquistato o quel che desidera ac-*

28 *Discorsi*, Libro Primero, XVI, p. 254.

29 *Discorsi*, Libro Primero, LV, esp. pp. 350 y 351.

quistare quello che non ha.[30] Dilema en torno a las expectativas y las eventuales "sobrecargas" y la vigilancia de la *libertá*, remítasele históricamente al cuadro clásico de los Gracos y la puesta en vigencia retroactiva y *contro a una consuetudine antica della cittá* de la vieja *legge agraria*. En él, y a través de las pinceladas turbias de la ambición y del interés, Maquiavelo ilustra tanto el "*isfogare l'appetito suo*" de la ambición plebeya como la psicología nobiliaria que muestra "*quanto gli stimano piú la roba* (los bienes) *che gli onori*". Si pragmáticamente el sincronizarse a *i tempi* de la historia impone que la *libertá* contemporice, el deterioro irreversible de las cosas que se mueven por *l'ambizione de grandi*, y cuyos males se aceleran por la precipitación y la imprudencia de las masas, acaba dramáticamente por arruinar "*al tutto la libertá romana*". César, "*primo tiranno in Roma*", triunfa en el escenario de las *guerre civili*: "*talché mai fu poi libera quella cittá*".[31]

3. La gramática de la dictadura

La razón dramática, como suele suceder en Maquiavelo, se transfigura en razón pragmática. Metaeconómico, ¿metaliberal?, sabe que el punto de "equilibrio de los asuntos públicos" que mantiene "la verdadera paz interior y exterior" no se alcanza en la dialéctica social espontánea; que las crisis imponen el recurso al "hombre de gran entendimiento y grandísima autoridad". Metajurídico, sabe que si las leyes no bastan para promover la "perfecta igualdad" ni para frenar la *materia corrotta* que dejan la codicia y el dinero, se vuelve preciso intensificar la fuerza de *una mano regia* "*che con la potenza assoluta ed eccessiva ponga freno alla eccessiva ambizione e corruttela de 'potenti'* ".[32] Historiador, psicólogo y

30 *Discorsi*, Libro Primero, V, p. 211.

31 *Discorsi*, Libro Primero, XXXVII, pp. 303 y 304.

32 *Discorsi*, Libro Primero, LV, p. 349.

mitólogo, sabe que por la mayor inclinación de los hombres "al mal que al bien" y por la irracionalidad misma de la conducta colectiva, los fundadores de repúblicas —de Moisés a Rómulo, pasando por Licurgo y Solón— hubieron de ser *uno solo* al momento de establecer y al de reformar una república.[33] Pragmático, sabe por último que cuando las dificultades doblegan al Estado, la contemporización de la misma *libertá* autoriza, ante la alternativa de alterar el orden jurídico que la favorece, a conferir la *autoritá dittatoria* a un ciudadano que estructure un *nuevo ordine* capaz no solamente de superar los peligros inminentes *(i soprastanti pericoli)* sino de evitar institucionalmente los *infiniti mali* en los que incurriría la república en condiciones de crisis.[34]

Pero la buena conciencia burguesa de Maquiavelo se rehusa a conceder a la *dittatura* una lógica propia. Si parafraseamos a Clausewitz, Maquiavelo le otorga sólo, como aquél a la guerra, una gramática o, tal vez mejor, una adjetivación republicana, consensual, legal incluso. Ante la racionalidad calculadora del burgués, sin engullírsela, la racionalidad ejecutiva y orientada *al bene comune* del *dittatore.* Racionalidades complementarias, ambas deben por ello contextuarse republicanamente: y es que únicamente *le republiche bene ordinate* propician *"infiniti principi virtuosissimi che sono l'uno dell'altro successori",* como la estirpe macedonia de Filipo y Alejandro, y es que esas dinastías continuadas *di principi virtuosi sono sufficienti ad acquistare il mondo".*[35] ¿Monarquía constitucional? No: a excepción de sujetarle a la ley y al imperio, la figura del *dittatore* maquiavélico responde más a un criterio de *funcionalidad* y hasta de *popularidad* que a uno de *hereditariedad* o de *permanencia* ilusoria en medio de la corrosión de los *tempi.* En primer lugar, la legitimidad de la *dittatura* proviene más directamente

33 *Discorsi,* Libro Primero, IX, pp 277 y ss.

34 *Discorsi,* Libro Primero, XXXIII, p. 293.

35 *Discorsi,* Libro Primero, XX, pp. 265 y 266.

de la plebe que de las élites y los *potenti* a quienes refrena. Ahora que, devaluado lo popular desde la perspectiva de la decisión racional, lo popular aparece (relativamente) ambivalente desde la perspectiva de la ejecutividad política y militar: "no existe cosa alguna, por un lado, *piú formidabile che una moltitudine sciolta* (desenfrenada) *e sanza capo;* por el otro, *non é cosa piú debole".* La cuestión estriba en que, dinamizándose en su dialéctica colectiva, la multitud expuesta al peligro forje de inmediato *dentro de ella misma (infra se medesima) uno capo che la corregga, tenghila unita e pensi alla sua difesa".*[36]

Aunque una ojeada a la teoría maquiavélica de la *dittatura* sugiera un retorno a la temática de *El Príncipe,* jamás hay en ella la adhesión a las simbiosis místicas que preparan al absolutismo europeo. A lo largo del texto admitirá, es verdad, la superioridad ejecutiva de las monarquías francesa y española ante las fórmulas hegemónicas italianas, si bien ninguna de aquéllas se acerca al modelo ideal de *dittatura* fincado en el imperativo de la correlación con la *virtú* ciudadana. Simplemente, a diferencia de Italia, el hecho de que allá no ocurran "*tanti disordini*" deriva "*non tanto dalla bontá de'popoli, la quale in buona parte é mancata; quanto dallo avere uno re che gli mantiene uniti, non solamente per la virtú sua, ma per l'ordine di quegli regni, che ancora non sono guasti* (que aún no están desgastados)".[37] No obstante, allí consta la institucionalización de lo que el modelo dictatorial maquiavélico se rehusa a institucionalizar, la "perpetuación en el poder" y, con ella, la substracción a la elección y el consenso que hicieran de la *dittatura* romana "el gran bien de la república". Al lado de la *virtú* del pueblo y sus resortes institucionales, la conciliación en Roma de la *libertá* y la ejecutividad vuelve funcional-

36 *Discorsi,* Libro Primero, LVII, p. 354.

37 *Discorsi,* Libro Primero, LV, p. 347.

mente indispensable a la *dittatura: "E peró le republiche debbano intra loro ordini avere uno simile modo".*

"Intra loro ordini": la *dittatura* con adjetivos subsume su gramática en un orden constitucional más amplio. Y es que cuando en una república falta *uno simile modo* resulta inevitable el que, observando *gli ordini,* la república se arruine, o el que, para no arruinarse, rompa esos órdenes y acuda a la arbitrariedad de los *modi straordinari.* La relación del *modo* político con el *ordine* jurídico permite rodear a la dictadura de un clausulado legal, sociológico y temporal que impide la perpetuación y el abuso. "De suerte que", asienta Maquiavelo, "conjuntando *il breve tempo* de la dictadura y sus *autoritá limitate* y el *popolo romano non corrotto* era imposible que se saliese de sus límites establecidos *(de'termini suoi)* y perjudicase a la ciudad —al contrario: por experiencia se ve que siempre le produjo beneficio". Constitucionalmente, *"il dittatore era fatto a tempo e non in perpetuo",* sus facultades ejecutivas y discrecionales se circunscribían al *urgente pericolo* y jamás implicaban la subversión del orden constituído: *"non poteva fare cosa che fussi in diminuzione dello stato".* De aquí que las contraclaúsulas a la *dittatura* sean meticulosas en Maquiavelo: entre ellas inclúyanse *"i modi del dare l'autoritá e il tempo per che la si dá"* y cuídese de conceder una *autoritá libera* de cuya indefinición temporal *("uno anno o piú)* puedan desprenderse gravísimos peligros para la república.[38]

¿Anacronía o utopía dictatorial? Ni la una ni la otra. La rivalidad entre los nuevos Estados-naciones y los *stati deboli,* muestran a Maquiavelo la irracionalidad y la lentitud de las decisiones populares y la ambición y la envidia con las que la nobleza comercial estorba y enturbia las determinaciones republicanas. De buena gana, testimonia sobre las numerosas ocasiones en que presenciara

38 *Discorsi,* Libro Primero, XXXIV y XXV, pp. 294 y 295 y 297.

cómo la *ambiguitá* perjudica *"alle publiche azioni, con danno e con vergogna della republica nostra".* Si la *foga popolare* es perniciosa, aun ella resulta preferible a la intriga y la duda de los *uomini deboli.*[39] Ante ambas, la *management* republicana de Maquiavelo centra en el *dittatore* las virtudes de la fuerza, la disciplina y la presteza para vérselas con la fortuna adversa. Aunque en el Libro Tercero admita en Roma una decisión colegiada o compartida en la iniciativa de nuevas empresas, en el Libro Segundo anota ya la *grandissima autoritá* ejecutiva y militar de los *consoli, dittatori ed altri capitani degli eserciti.* Circunscrito el Senado a *l'autoritá di muovere nuove guerre e di confirmare le paci,* las demás facultades quedan *nello arbitrio e potestá del consolo.* Senado juicioso ese que se inhibe de aconsejar algo *che non se ne poteva intendere,* que, aunque formado por expertos militares, al desconocer los *infiniti particulari che sono necessari sapere,* se apartaba del incurrir en *infiniti errori:* y qué diferencia esa con la de los *capitani, provveditori o commessari* venecianos y florentinos contemporáneos a Maquiavelo que en todo buscan entrometerse y aconsejar, y que han conducido a Venecia y Florencia " *'ne' termini che al presente si truovano".*[40]

Excluir de la guerra, sin hacerlo de la iniciativa empresarial, a los beneficiarios económicos y políticos de la guerra. La cuestión no se reduce sólo al plano sobrio de la toma de decisiones. Ya allí, Tito Livio ilustraba acerca de *il disordine che fanno nella guerra i piú comandatori;* modernamente, Maquiavelo lo confirma en la experiencia militar e imperial de sus días, en cuyas expediciones *uno oumo solo di comunale prudenzia* resulta más eficiente que un mando dual o plural de *valentissimi uomini* y en cuyas ocupaciones territoriales, *per amministrargli meglio,* se envían *piú d'uno commessario e piú d'uno ca-*

39 *Discorsi,* Libro Segundo, XV, p. 420.

40 *Discorsi,* Libro Segundo, XXXIII, pp. 493 a 495.

po con la consecuente *inestimabile confusione.*[41] La cuestión tampoco se reduce a dar a los *oumini grandi* el sentido de la gloria personal: se extiende a depurar el temple ciudadano para evitar que, al cambio de la fortuna, se desate la mecánica de los *uomini deboli* que se *invaniscono ed inebriano nella buona fortuna* y que, con *la subita variazione della sorte,* pasan de un exceso al otro *e diventano vili ed abietti.* Al final, universalizar lo militar y su lógica de le ejecutividad y la fidelidad, constituye el preámbulo de la propia nacionalidad. "Como en otras veces", Maquiavelo reitera el *dictum* de que "*il fondamento di tutti gli stati é la buona milizia*"; y, como en otras veces, repite al príncipe-lector la indicación de que no puede haber buena milicia "*se non la é esercitata; e come la non si puó esercitare, se non la é composta di tuoi sudditi*".[42]

Consolidación nacional y expansión territorial: la moderna metodología del poder requiere pues a quien logre ensamblar el *furore* y el *ordine* de los romanos, y evite y corrija las limitaciones de aquellos ejércitos que, como los galos, posean *furore e non ordine.* Justamente a la temática de la organización y el valor dedicará Maquiavelo largos pasajes de los Libros Segundo y Tercero. Por ellos transitan las lecciones tácticas sobre si desplegar parcial o totalmente la potencia militar, sobre cómo inducir y forzar las decisiones rápidas, sobre cómo premiar y castigar, sobre el no contentarse con vigilar los desfiladeros, sobre si llevar la guerra a tierra enemiga o esperarla en la propia, sobre los usos de la artillería, sobre los asedios ("sigilosos y nocturnos") a las plazas fuertes y las murallas, sobre el prepararse para nuevas estratagemas y ante voces inesperadas, sobre el inspirar confianza y el engañar al enemigo y, finalmente, la enorme lección de la disciplina no tanto "*per potere ordinatamente com-*

41 *Discorsi*, Libro Tercero, XV, pp. 563 y 564.

42 *Discorsi*, Libro Tercero, XXI, pp. 602 y 605.

battere, quanto perché ogni minimo accidente non ti disordini".[43] Tragedia maquiavélica: la de constatar en medio de su ardorosa preceptiva el que, a diferencia de romanos o franceses, *gli eserciti nostri italiani de nostri tempi* no poseen *"né furore naturale né ordine accidentale"*, que son, militarmente, *"al tutto inutili".*[44]

¿Cómo confiar en esa fuerza de *latrocinii modo, caeca et fortuita?* La respuesta maquiavélica debe contextuarse de nuevo en la gramática de la *dittatura* y sus vigorosas articulaciones populares. Más que al Príncipe dinástico, Maquiavelo llama al Nuevo Príncipe capaz de convocar la energía nacional y popular italiana. La fórmula del *fare la guerra* y del *ampliare* imperialista precisa en toda su amplitud del concurso y la disciplina de las masas. Aunque Maquiavelo afirme que las *moltitudini popolari sono disutili per la guerra,* la política de colonización de los romanos le muestra las ventajas de un corrimiento territorial confiado a las masas y bajo una *distribuzione parca.* De allí el diseño de un imperialismo democrático o, mejor aún, republicano: un imperialismo que correlaciona la *libertá* y la disciplina, y se administra por un Príncipe que debe, al ocupar una cittá o *uno stato, fare ogni cosa nuova* para asegurar su predominio. ¿Príncipe revolucionario? Lo parece cuando Maquiavelo le asigna el *fare nuovi governi con nuovi nomi, con nuove autoritá, con nuovi uomini* e, incluso, el *fare i ricchi poveri, i poveri ricchi.*[45] Lo parece en el imperativo maquiavélico de que no ha de *lasciare cosa niuna intatta* en las provincias que ocupe, en su sagacidad diplomática para asociar o destruir a los países conquistados, para sacar ventajas de la paz y los acuerdos internaciona-

43 *Discorsi*, Libro Tercero, XIV, p. 560.

44 *Discorsi*, Libro Tercero, XXXVI, pp. 618 a 620.

45 *Discorsi*, Libro Primero, XXVI, pp. 274 y 275.

46 *Discorsi*, Libro Segundo, XXVII, p. 473.

les y calcular y evitar *non solamente errare nel dire, ma ancora nello operare.*[46]

Pero si en el plano de la tecnología política, el Nuevo Príncipe maquiavélico se inscribe en lo moderno —si no es que en lo revolucionario—, ese Príncipe que ante todo mira por su hegemonía es profunda y deliberadamente conservador en el plano que el marxismo ubica en lo supraestructural, consensual, o creencial. Si nada suple en lo militar el estar *armato ed ordinato bene,* lo fundamental es convencer al ejército de que *creda dovere in ogni modo vincere.* Por ello la necesidad de añadir al mando militar un conjunto de *cose piccole* que mantengan *uniti e confidenti i soldati,* sin desestimar entre ellas ni a los augures ni a sus auspicios sobre los vuelcos de la Fortuna. Por ello que Maquiavelo se incline, incluso, a declarar mejores al amor de los súbditos y a los buenos ejércitos que a la artillería o las fortalezas: inanimadas y sin intencionalidad, éstas pueden ciertamente volverse contra sus poseedores. Antimaterialista ahora, Maquiavelo rompe el determinismo psicológico y el pesimismo antropológico al deambular por las zonas del cáracter nacional. Aunque reafirme que *tutte le cose del mondo, in ogni tempo, hanno il proprio riscontro con gli antichi tempi,* y que los hombres *hanno ed ebbono sempre le medesime passioni,* realza la especifidad nacional cuando habla de las variaciones que la *virtú* ofrece geográficamente y *secondo la forma della educazione nella quale quegli popoli hanno preso il modo del vivere loro.*[47]

Desde luego que la pragmática maquiavélica no renuncia a conocer aún en esa dimensión *le cose future per le passate,* a estudiar a cada nación desde la perspectiva de la inherencia de un carácter y unas costumbres que revelan una naturaleza *o continovamente avara o continovamente fraudolente* o descubren *alcuno altro simile vizio o virtú.* Internacionalmente, el príncipe sabe así a qué

47 *Discorsi,* Libro Tercero, esp. XXXIII y XLIII, pp. 608 y 609 y 632 a 634.

atenerse de los vecinos, *e per questo facilmente si puó conietturare quanto i principi si possono fidare di loro;* internamente, el cálculo de la virtud y la corrupción del pueblo sirve al príncipe para determinar el peso de las leyes y el valor de los antiguos usos y costumbres. De aquí el cuidado para diseñar aquellas normas que, aunque no resuelvan la corrupción, contribuyan de una manera u otra a canalizar la inconformidad sin asaltar el poder, a *sfogarsi ordinariamente* sin lanzarse a los recursos extraordinarios *che fanno rovinare tutta una repu-blica.* "Nada contribuye tanto a que una república sea *stabile e ferma",* concluye nuestro arquitecto de consensos, *"quanto ordinare quella in modo che l'alterazione di quegli omori che l'agitano abbia una via da sfogarsi ordinata dalle leggi".*[48]

Evidentemente, los montajes del conflicto consentido y sus válvulas de escape no se entrampan en Maquiavelo en la simple milagrería jurídica. Conoce a no dudarlo el valor consensual del derecho, y así lo vea frágil y quebradizo aconseja al que reforma *in una cittá libera* que deje *al menos la sombra (l'ombra almanco)* de los *modi antichi.* Aplicable al *dittatore* (que no al tirano que *debbe rinnovare ogni cosa),* el consejo vale también para el republicano que busca *uno vivere nuovo e libero* y debe conservar cuidadosamente hasta el nombre de lo antiguo en previsión al sacudimiento que *le cose nuove* producen en *le menti degli uomini*[49] Mantener ceremoniales y sacrificios, no alterar las apariencias porque el común *(lo universale)* de los hombres se contenta *cosí di quel che pare come di quello che é:* al momento de enlazar lo ilusorio y lo teocrático aflora el eje maquiavélico por excelencia del consenso, la religión. Que Maquiavélo sancione aquí y allá la anuencia titoliviana al espíritu religioso de las masas, no impide que sus referencias a la religión

48 *Discorsi*, Libro Primero, VII, pp. 219 y 220.

49 *Discorsi*, Libro Primero, XXV, pp. 273 y 274.

del capítulo XI al XV del Primer Libro, adquieran connotaciones sucesivamente disciplinarias, amedrantadoras, ejecutivas, de razón de Estado, tergiversadoras, organizativas, militares, represivas, mesuradoras y contraloras. Virtual potencia imperecedera, la religión ofrece la continuidad que no ofrece *uno principe che prudentemente governi mentre vive;* salvar a la república es incorporarla orgánica y ordenadamente para que, al morir el príncipe, *la si mantenga.*[50]

¿Otra incursión de Maquiavelo en los dominios de la anacronía? Como en veces anteriores, lo pragmático (y lo moderno) no tiene por qué reñir con las supervivencias y los sedimentos (funcionales) del pasado. Manipulativamente, Maquiavelo sabe del servicio que la religón presta *a comandare gli eserciti, a animire la plebe, a mantenere gli oumini buoni, a fare vergognare i rei.* Conserven por lo tanto los príncipes *i fondamenti della religione* que sostienen *la loro republica religiosa, e, per conseguente, buona e unita.* Alienten y acrecienten, incluso, todo aquello que favorezca a la religión por falso que pueda juzgársele, *e tanto piú lo debbono fare, quanto piú prudenti sono, e quanto piú conoscitori delle cose naturali* (de las constantes psicologicas). Ideológicamente, es cierto, Maquiavelo no representa ni anticipa al ateísmo humanista e ilustrado. Sabe por el contrario que las líneas geométricas de lo intelectual y lo laico distorsionan el proyecto nacional. Las invectivas de Girolamo Savonarola contra los *save del mondo* le documentan, por un lado, la impertinencia política del cuestionamiento sapiente y, por el otro, que la religión no es un mero artificio para canalizar la rudeza y la ignorancia, que alcanza *agli uomini civili, e che presumono non essere rozzi* (zafios). *"Al popolo di Firenze non pare essere né ignorante né rozzo",* asienta un Maquiavelo que se abstiene de juicios de verdad o falsedad: *"nondimeno da*

50 *Discorsi,* Libro Primero, XI, esp. p. 238.

frate Girolamo Savonarola fu persuaso che parlava con Dio".[51]

De aquí que el pragmatismo maquiavélico aconseje que las rupturas y los ajustes modernos del consenso capitalista y nacional ocurran dentro de los parámetros mismos de la religión. Al ángulo de la unidad nacional, el capítulo XII del Libro Primero la emprende contra una *chiesa romana* visualizada como la causa mayor de la decadencia moral y política de Italia, de la pérdida de *ogni divozione e ogni religione* y sus consecuentes *infiniti inconvenienti e infiniti disordini.* De una parte, los italianos han de agradecer a la Iglesia romana el haber *diventati sanza religione e cattivi;* de la otra, aún más importante y razón *della rovina nostra,* el que *la Chiesa ha tenuto e tiene questa provincia divisa.* Puesto que jamás puede darse una nación *(provincia) unita o felice, se la non viene tutta alla ubbidienza d'una republica o d'uno principe, come é avvenuto alla Francia ed alla Spagna,* nada políticamente bueno presagia para Maquiavelo una Iglesia que no ha llegado a ser ni tan poderosa *né di tanta virtú* que pueda alcanzar la hegemonía *(occupare la tirannide)* de Italia *e farsene principe* y que, a su vez, no arriesga el dominio *delle sue cose temporali* y acude en un momento y en otro a *uno potente che la difenda contro a quello che in Italia fusse diventato troppo potente.* De la *paura* y la intromisión perpetua de la Iglesia deriva el que Italia no logre *venire sotto uno capo;* de ella deriva el que nazca *tanta disunione e tanta debolezza* que le conducen a ser la presa *non solamente de'barbari potenti, ma di qualunque l'assalta.*[52]

Pero si la perversa mecánica política vaticana basta para corromper las estructuras disciplinarias y religiosas de las repúblicas más virtuosas, en el punto de la *libertá* específicamente capitalista, Maquiavelo reflexiona ya en

51 *Cfr. Ibid.*, pp. 237 y 239 y el capítulo XXX del Libro Tercero, pp. 600 y 601.

52 *Discorsi*, Libro Primero, XII, pp. 239 a 243.

los términos de la modernidad obstruída culturalmente por *la nostra religione.* Prerreformista (¿prenietzscheano? ¿preweberiano?), medita allí sobre las razones por las cuales los pueblos de los tiempos antiguos fueron *più amatori della libertá che in questi.* Y las encuentra en una religión que, a pesar de proporcionar *la veritá e la vera via, ci fa stimare meno l'onore del mondo. "La nostra religione ha glorificato più gli uomini umili e contemplativi che gli attivi",* acusa el pragmatismo maquiavélico. "Además, pone el bien supremo *(il sommo bene) nella umiltá, abiezione, e nel dispregio delle cose umane";* mientras la religión antigua ponía el énfasis *nella grandezza dello animo, nella fortezza del corpo, ed in tutte le altre cose atte a fare gli uomini fortissimi,* la religión católica ha *renduto il mondo debole, e datolo in preda agli uomini scelerati.* ¿Embestida a la religión? Sólo a sus deformaciones que llevan a la impotencia, sea física, económica o política: porque Maquiavelo no abriga la menor duda de que la culpa de que *si sia effeminato il mondo e disarmato il Cielo* recae sobre *la viltá degli uomini che hanno interpretato la nostra religione secondo l'ozio e non secondo la virtù.*[53]

Impulsar un viraje religioso de la humildad, y la abyección *a la esaltazione e la difesa della patria,* de la contemplatividad y la inacción al *amore alla libertá* de los tiempos antiguos entraña empero ambivalencias y riesgos. Y es que las proyecciones y retrospecciones de la antigüedad sacudirán en el nombre de las nuevas y desconocidos fuerzas al más pétreo de los órdenes históricos conocidos y precipitarán a la *nostra natura* en la desbocada aventura de la modernidad capitalista. ¿Hasta donde la condición humana ambiciosa e ingrata será positivada y hasta dónde se acelerarán los *tempi* de su destructividad natural en los *modi ed ordini nuovi* a punto de dominar la escena? Veladamente, en claroscuro, Maquiàvelo apunta ahora la respuesta del pragmatismo trágico.

53 *Discorsi,* Libro Segundo, II, pp. 380 y 381.

4. El pragmatismo trágico de Maquiavelo

Si en el Libro Segundo de los *Discorsi* aparece nítida la idea de sincronizar la energía religiosa al nuevo *tempo* político, los seis primeros capítulos del Tercer Libro insinúan una teoría de la revolución en el tratamiento de las transformaciones violentas de los *modi ed ordini* del Estado. La imagen del ascenso (nunca dialéctico) de la esfera individual y civil a la esfera estatal y nacional deja no obstante la impresión contradictoria de una *renovatio* de los tiempos políticos que ocurre en medio de la *similitudo* de las condiciones naturales y psicológicas. Precisamente porque Maquiavelo no dimensiona modernamente al Príncipe, ni proyecta teleológicamente su hegemonía, el subtítulo inglés de los primeros cinco capítulos –*"Reform, Security, and the Elimination of Rivals"*– parece reducirlos a una suerte de dinámica-estática de las conjuras y las anticonjuras, a una simple técnica del golpe de Estado o, según la perspectiva, de la seguridad del Estado. Pero una cosa es que Maquiavelo aconseje allí sobre cómo evitarse *l'universale odio,* sobre cómo calcular y dosificar las ofensas o sobre cómo anticiparse a la venganza del ofendido *(chi é morto non puó pensare alla vendetta)* y otra cosa es que se le limite a ofertar un catálogo históricamente intemporal y clasistamente neutro de los medios políticos para adquirir y retener el poder. Sin enarbolar una teoría del desarrollo económico, sin comprometerse con una clase social predestinada a imponerse, el texto y el contexto de la obra de Maquiavelo develan nerviosamente una dirección azarosa de la historia y una clase política que ya navega en sus aguas turbulentas.

"Agentes históricos? Los actores maquiavélicos de las conspiraciones colectivas *(intra i piú)* no podrán ser otros que los *uomini grandi o familiarissimi del principe:* cancelando la iniciativa histórica de las masas (por no hablar de su papel transformador), los actores políticos no son los *uomini deboli,* los de baja condición, los que no po-

seen ni influencia ni poder y por ello carecen de las expectivativas y *di tutte quelle commoditá* requeridas para ejecutar una conjura.[54] La ausencia empírica de las masas y las permanencia de las élites en el juego real del poder conduce así en Maquiavelo desde el análisis de costo-beneficio hasta el de los medios militares, tecnológicos y químicos (el envenenamiento) utilizados a lo largo de los *tempi* de las conjuras (el *prima, el in su'l fatto* y el *e poi*). En cada momento, las providencias para que las empresas resulten *felici* fluctúan. En el primero, cuidarse del autoengaño, de confiar aún en los íntimos, de dar nombres, de dejar pruebas, de la antiética delatoria en suma; en el intermedio, prepararse para las contingencias del golpismo, templarse, experimentarse para operar en condiciones de incertidumbre, de accidentes y de cambio de planes, para evaluar las falsas alarmas, evitar la teatralidad y aguzar la ejecutividad; en el final, saberse cuidar del afecto del pueblo al príncipe asesinado, suprimir a los sobrevivientes vengadores. A su vez, el breviario maquiavélico sabe de la vulnerabilidad misma que ofrecen las repúblicas y del atrevimiento que despiertan entre los *potenti* y de cómo éstas adoptan menos precauciones y son más lentas y menos cautas: "*le repubbliche sono piú tarde che uno principe, dubitano* (temen) *meno, e per questo sono manco* (menos) *caute*".[55]

Una vez más, Maquiavelo reflexiona sobre la debilidad intrínseca de los órdenes republicanos. Aunque niegue la iniciativa política e histórica de las masas, su civilismo (que no democratismo) identifica a la patria con la república o, tal vez más axiológicamente, con la república *non corrotta* donde no hay lugar para *nessuno principio cattivo.* Pero si allí consta un espacio ideal maquiavélico (valga la contradicción) vedado a la conjuración de los ciudadanos, la dialéctica de la economía y la política, de

54 *Discorsi*, Libro Tercero, VI, pp. 511 a 515.

55 *Ibid.* esp. p. 533.

lo público y lo privado deforma y socava en la realidad concreta las mejores armazones de cualquier república. La dialéctica (o, quizás más gráficamente, la antinomia) de lo público y lo privado advierte a Maquiavelo cómo la riqueza, la fama, la reputación y los honores de los ciudadanos pueden convertirse en causas *della tirannide delle republiche*. Si los servicios prestados *in beneficio comune* han de premiarse, los privilegios que se obtienen *per vie private* resultan *pericolosissime ed in tutto nocive*. Tres siglos antes que Hegel, Maquiavelo se percata bien de cómo *le vie private*, al beneficiar a *questo ed a quello altro privato*, al envolver el dinero, los favores o la substracción a la autoridad, alientan a sus beneficiarios a *corrompere il publico e sforzare le leggi*. De aquí entonces la tragedia política de la sociedad civil, la de que las acciones que parecen piadosas y, *ragionevolmente*, sin posibilidad de causar daño, *diventono crudeli, e per una republica sono pericolosissime, quando le non siano a buona ora corrette.*[56]

Corregir, y hacerlo a buena hora. De nuevo en la línea de la razón de Estado, Maquiavelo redibuja a finales del Libro Tercero los principios del control social y, nada lejos de ellos, los de la represión democrática. Si inicialmente el asunto de los privilegios y los honores puede regularse mediante un orden público que permita que la *riputazione* de los ciudadanos favorezca y no perjudique *alla cittá ed alla libertá di quella*, esto es, si el *principio di tirannide* de la economía puede encausarse institucionalmente, lo cierto en última instancia es que todo equilibrio entre lo público y lo privado, como todo equilibrio entre fuerza y consenso, resulta irrealizable: "*E tenere la via del mezzo non si puó appunto perché la nostra natura non ce lo consente*".[57] Si el capítulo XXVIII del Libro Tercero establece un principio de vigi-

56 *Discorsi*, Libro Tercero, XXVIII, pp. 595 y 506.

57 *Discorsi*, Libro Tercero, XXI, p. 577.

lancia (de *strict watch,* en la versión inglesa), los grandes márgenes del totalitarismo civilista de Maquiavelo se abren con los *nuovi provvedimenti* que prescribe para *mantenere libera* una república. Preorwelliano, enuncia ahora cómo la acumulación de las dolencias de la ciudad vuelve imperativo al médico social, *e secondo che gl'importano piú, conviene trovare il medico piú savio.*[58] Al concluir el texto, la figura autoritaria del *medico* maquiavélico se nos diluye en el perfil del *censore* romano y de una Roma cuya grandeza y libertad imponen jamás dudar en castigar los *peccati* civiles y militares de la conjura, la negligencia o la derrota a través del diezmamiento, el destierro y la muerte.

La grandeza y la libertad como grandes pretextos totalitarios. Al ponerse ambas en riesgo, se esvanece el Maquiavelo que, ante la severidad de Tácito, buscase armonizar en la *eccezionale virtú* del caudillo a la violencia y la humanidad. Extremándose la antinomia entre economía y política, se valida el juicio que Tito Livio pone *in bocca* de Camilo según el cual los romanos *ne'giudizi di stato,* prescindieron siempre de *la via del mezzo* y acudieron *agli estremi. "Perché uno governo",* redondea Maquiavelo, *"non é altro che tenere in modo i sudditi che non ti possano o debbano offendere".*[59] Si con Camilo se alude a la obediencia gozosa de los imperios firmísimos, la dura psicología de la historia política maquiavélica cierra el círculo de las cosas humanas hablando del curar y reprimir los *peccati* que pone en riesgo al Estado. Arte médico del orden y la fuerza, el de Maquiavelo sabe e impone saber que los *morbi* de la subversión producen *cattivi effetti* sobre una república; con todo, el médico ha de saber que *non sono a morte* porque *sempre quasi si ha*

58 *Discorsi,* Libro Tercero, XLIX, p. 641.

59 *Discorsi,* Libro Segundo, XXIII, pp. 455 y 456.

60 *Discorsi,* Libro Tercero, XLIX, p. 642.

tempo a correggergli. Sin embargo, cuando se amenaza el tejido de *lo stato,* el *tempo* para remediar y reprimir es menor: de no corregírsele *da uno prudente,* sobrevendrá la ruina de aquél.[60]

Pero el catálogo de los recursos punitivos, de astucia y de fragmentación de nuevos conglomerados sociales no agota la pragmática maquiavélica de la defensa de las repúblicas y los Estados libres y grandes. A tono con su filosofía de la historia y su intrumentalismo religioso, las propuestas de defensa del Estado se apegan a una lógica cíclica y hasta mística que permite la regeneración del cuerpo social restableciendo y restaurando su condición original, alterando los componentes políticos y sociales *(sétte)* a manera de redirigirlos *inverso i principii loro.* Mecanismo de *rinnovazione,* el que Maquiavelo propone parece invocar en principio un dispositivo progresista para que los órdenes institucionales *si possono spesso rinnovare* y para que hagan de la renovación la base de una *piú lunga vita.* No obstante, más que tratarse de una mecánica progresiva, la de Maquiavelo es una regresiva: *"Il modo del rinnovargli é, come é detto, ridurgli verso e principii suoi".* Frente al *processo del tempo* que corrompe a la *bontá* política, la medicina maquiavélica exige recuperar *la prima riputazione ed il primo augumento* de las repúblicas, una *riduzione verso il principio* que no entraña sino la gran ilusión reaccionaria de la vuelta a la pureza generadora de la grandeza. Al modo del restauracionismo metternicheano o de los *revivals* religiosos norteamericanos, aplicándola incluso a la renovación indispensable *della nostra religione,* la moción maquiavélica es justamente la de reconstituir los resortes de permanencia y legitimidad traducidos en unidad y estabilidad. Si en el caso de la religión se reconstituye en principio de vigilancia y obediencia corroído por *la disonestá de'prelati e de'capi della religione,* en el caso de la política se trata de ingeniárselas para que no sea la de-

61 *Discorsi,* Libro Tercero, I, pp. 497, 498 y 502 y 503.

rrota externa la que imponga peligrosamente una restauración sino para que ésta quede a cargo de *gli ordini buoni o i buoni uomini.*[61]

Con todo, lo trágico y lo *verissimo* de que *tutte le cose del mondo hanno il termine della vita loro* limita objetivamente ese recurso voluntarista de la vuelta (reaccionaria) a los orígenes. Recuérdese la insalvable paradoja maquiavélica del dinero y la unidad política, su desconfianza de los *tempi facili* de la prosperidad económica de fianza de los *tempi facili* de la prosperidad económica que opacan la *verá virtú* y hunden a los virtuosos en la mediocridad de *quegli che per ricchezze o per parentado hanno piú grazia.*[62] En extraña convergencia entre las virtudes espartanas, las del cristianismo primitivo y las del socialismo prerrousseauniano, un Maquiavelo que se aparta de la burguesía bosqueja fragmentariamente los *rimedi* para contener la corrosión política nacional del dinero. Si ya antes en el plano religioso captaba Maquiavelo que la credibilidad *nelle confessioni con i popoli e nelle predicazioni* derivaba del vivir *poveramente*, en el plano político se reitera *come la piú utile cosa che si ordini in uno vivere libero é che si mantenghino i cittadini poveri.* Lo cual no indica un principio de pobreza general como condición de *virtú* republicana. Teóricamente simple, el axioma que Maquiavelo enuncia desde el capítulo XXVI del Primer Libro parece lógico: "*. . . le repúbliche bene ordinate hanno a tenere ricco il publico e gli loro cittadini poveri*". Históricamente, con Valerio Máximo, Plutarco o Jenofonte, Maquiavelo se abstiene de un *lungo parlare* que muestre una vez más "*quanto migliori frutti produca la povertá che la ricchezza, e come l'una ha onorato le cittá, le provincie, le sétte, e l'altra le ha rovinate*".[63] Pragmáticamente, puesta en tensión por el elitismo y el libertarismo maquiavélicos, la dialéctica de

62 *Discorsi*, Libro Tercero, XVI, p. 564.

63 *Discorsi*, Libro Tercero, XXV, pp. 588 a 590.

la riqueza pública y la pobreza privada resulta irreconciliable, por más que se ideen propuestas para impedir la corrupción de *le ricchezze sanza virtú.*

Pasa que la antropología maquiavélica de la ambición y la *libertá* no solamente invalida de entrada el alegato de la pobreza ciudadana como dique de la decadencia y la corrupción; vuelve igualmente inoperativo (si bien a mayor plazo) el otro gran antídoto contra la declinación histórica, el *di ordinarsi in modo alla guerra che sempre si potesse fare guerra.* El propio principio dictatorial de la guerra –el de requerir siempre el mando de los *cittadini riputati*– genera, sin un Cincinato a la mano, la rigidización del poder. Al lado de los conflictos desatados por el radicalismo agrario, el juego plebeyo-nobiliario de *la prolungazione degl'imperii,* de la prorrogación de los mandos militares sin que los cónsules o los tribunos sean *savi e buoni* acarrea consigo la ruina de la república. Primero, porque ello limita el número de los que se ejercitan para el mando y circunscribe *la riputazione in pochi;* segundo, porque ello provoca el partidarismo caudillista del ejército que *col tempo dimenticava il senato e riconosceva quello capo.*[64] La causación social y política se ciñe así a la circularidad inexorable del desgaste de las cosas humanas: si el dinero corrompe las instituciones públicas y la unidad política, la dictadura impide la flexibilidad, la alternalidad y la innovación de una *libertá* que deviene *servitú.*

Y es que desde los inicios del Libro Segundo de los *Discursos,* y tal vez en el capítulo más sombrío del texto, el postaristotelismo y el premalthusianismo de Maquiavelo hacían constar, más allá de la historia escrita y depurada por los conquistadores religiosos y políticos, las *cause che vengono dal cielo* y que, al margen de la voluntad y la *virtú,* resultaban capaces de destruir *la umana generazione.* Haciéndolo *o per peste o per fame o per*

64 *Discorsi,* Libro Tercero, XXIV, pp. 586 a 588.

una inondazione d'acque, aquellas causas desfiguradas o desvirtuadas por las historias de los vencedores reaparecen en el naturalismo maquiavélico ilustrando los dispositivos de *purgazione* que posee *la natura* para librarse, al igual que los cuerpos simples, de la *materia superflua* que obstruye la *salute* y el vigor de la vida. Ahora que aunque las causas cósmicas expresen un cierto finalismo profiláctico que permite que, al volverse los hombres *pochi e battuti,* vivan *piú comodamente e diventino migliori,* Maquiavelo asienta aquí un catastrofismo naturalista que al entreverarse con la Fortuna acaba complicándolo todo. Se trata de una fuerza incluso moral en tanto actúa no sólo ante la sobrepoblación y la plenitud de los espacios *occupati e ripieni* sino *quando la astuzia e la malignitá umana* alcanzan el nivel más alto posible.[65]

A la desacoplada mecánica de las cosas humanas agréguese ahora otro factor desestabilizador entre cósmico y justiciero. ¿Adición fatalista marginal a la lógica del discurso maquiavélico? Quizás la ubicación y la (relativa) solución de continuidad en el texto lo sugieran. Con todo, al conjuntarse con los ciclos económico-políticos de la libertad y la corrupción, o de la *dittatura* y la servidumbre, las antinomias naturales del crecimiento y el cercenamiento no hacen sino afligir todavía más el universo contradictorio, plural y aleatorio en el que habrá de moverse la *pragma* burguesa hasta nuestros días.

65 *Discorsi,* Libro Segundo, V. pp. 392 a 394.

II
Gaetano Mosca y el dibujo elitista de la ciencia

1. Nota introductoria

Una superficial incursión en los ámbitos bibliográficos castellanos sobre ciencias sociales basta para constatar la ausencia de Gaetano Mosca en nuestra problemática sociológica y política. Personalidad de interesantes tonos, es paradójico que la de Mosca siga despertando la polémica y la crítica en gran parte fuera del círculo natural de pertenencia. Si precisamente ha sido en los países anglosajones donde se desenvuelve esa actitud de examen no siempre benévolo en derredor de Mosca, estimamos que ello no obedece a circunstancias fortuitas. Cierto que su positivismo, más ligado sin duda al enfoque globalizador y legalista del siglo XIX que a las modernas tendencias analíticas y relativistas, ofrece una base controvertible para la ciencia política contemporánea. Y sin embargo hay algo en sus perspectivas de estudio que, a cerca de medio siglo de la muerte de Mosca, continúa convirtiendo sus escritos en un manantial de sugerencias y de hipótesis en el plano de la estructura política de las sociedades modernas. Discutibles en muchos casos, inadmisibles en otros, los puntos de dudosa consistencia en que se articula la obra de Mosca representan la prosecución de una tradición realista en política tan cara a la mentalidad italiana desde el Renacimiento hasta nues-

tros días. De ahí el atractivo intelectual que ha suscitado tanto entre los defensores como entre los impugnadores de la gran mitología democrática de nuestro tiempo y, en medida no menor, entre quienes aún se empeñan en independizar la reflexión política de las ataduras formalistas tendidas por los cultores de un juspublicismo disociado de las profundas presiones que obran en su raíz.

Aceptando con reservas que los dos ángulos actuales desde los cuales se enfoca el fenómeno político sean el "institucional", derivado de la Teoría del Estado y del Derecho Constitucional, y el "conductista", emergido de las tendencias nominalistas y psicologistas del positivismo actual, creemos que la obra de Mosca significa un intento más o menos consciente de mediación. Así, a los primeros opone la introducción de una metodología que rebasa con mucho los límites de lo jurídico e incursiona a lo largo de una realidad mucho más rica y compleja; a los segundos el hilo conductor del conocimiento histórico como un orden dado de los fenómenos sociales al que la fragmentación analítica no responde. Pero es conveniente no precipitarse en juicios valorativos. Antes de enunciarlos será necesario adentrarnos en las peculiaridades vitales y en los requerimientos colectivos que rodearon la obra de Mosca y a los cuales ésta hubo de conformarse con prioridad a cualquier lineamiento intelectualista.

Nacido en Palermo en 1858, la infancia y la juventud de Mosca transcurren, según su propia confesión, en el centro de aquella "pequeña biblioteca paterna" donde prefiere aislarse "todo ese tiempo que no pasaba en la escuela"[1] Voluntad dispuesta a la tenacidad, la de Mosca le empuja desde sus tempranos años al estudio interminable de la historia cuyos frutos habrán más tarde de palparse en su tesis de 1882 sobre *"Los factores de la naciona-*

1 Mosca, Gaetano, Proemio a "Teorica dei Governi e Governo Parlamentare" (1884), en *Ció che la Storia Potrebbe Insegnare. Scritti di Scienza Politica,* Dott. A. Giuffré-Editore. Milano, 1958, p. 17.

lidad". Dos años después publicará su *Sobre la teórica de los gobiernos y sobre el gobierno parlamentario,* precoz documento en el que pergeña los orígenes de la crisis del liberalismo popular italiano y anticipa ya la solución aristocrática que habrá luego de presidir los textos mosqueanos. No obstante, ni la erudicción evidenciada por el joven Mosca, ni el acogimiento relativamente amplio de su obra podrán traducirse en una más favorable situación académica. Por ésto abandona su ciudad natal para ocupar el cargo de catedrático sin salario en la Universidad de Roma. Consagrado ahí a una mayor actividad política y al estudio del constitucionalismo europeo ante el cual adopta una postura heterodoxa, no será hasta su nuevo traslado a la Universidad de Turín en 1896 cuando Mosca publica su obra de mayor relieve, los *Elementos de ciencia política,* en la que esboza con gran profusión de contenidos históricos el concepto clave de sus trabajos anteriores y futuros, el de "clase política".

Premisa de marcado relieve anti-democrático, el enunciado de Mosca sobre el permanente dominio de una minoría organizada sobre la mayoría desorganizada del pueblo encuentra sus raíces en la *Teórica* y, más allá y admitido en ésta, en la lectura de los "estupendos volúmenes sobre los orígenes de la Francia Contemporánea" de Hipólito Taine. Metódicamente desenvuelta en los "Elementos", la tesis en cuestión imprime a la militancia liberal de Mosca un matiz compartido con el de la corriente de los filósofos liberales no democráticos, especialmente Gentile y Croce.[2] Bajo esa bandera ideológica habrá Mosca de convertirse en diputado desde 1909 a 1919, sub-secretario de Colonias bajo el gobierno de Salandra y, por último, en Senador del Reino a partir de 1919 hasta su ruptura con el fascismo y su retiro a la cátedra a fines de 1925. Abrumado por esa actividad po-

2 Sobre Croce y Gentile, y en general sobre el ambiente liberal italiano, remitimos a nuestro "State and Liberty in Italian Hegelianism", University of Texas, El Paso, 1969.

drá Mosca no obstante publicar, desarrollando viejos principios, adicionando otros nuevos, corrigiendo y respondiendo a la crítica, la segunda y última parte de sus "Elementos".

Vinculado su reclamo por la expurgación de los rasgos democráticos del liberalismo a las líneas rectoras del fascismo italiano, Mosca podrá responder entonces a esta simplificación al intervenir públicamente como opositor, en nombre del desenvolvimiento espontáneo de las fuerzas sociales, a la pretensión de prerrogativas legales casi absolutas requerida por el nuevo jefe de gobierno. Retirado de la vida política activa, concentrado en la cátedra hasta su jubilación en 1933, los afanes intelectuales de Mosca no cesarán hasta su muerte en 1941. En el curso de esos años aparecen sus *Lecciones de historia de las instituciones y de las doctrinas políticas* y la tercera edición de su "testamento científico", los *Elementos*, verá la luz en el significativo año de 1939. El resto de sus trabajos menores, incluyendo la *Téorica*, serán editados después de la guerra bajo los títulos *Partidos y sindicatos en la crisis del régimen parlamentario* y *Lo que la historia podría enseñar, Escritos de ciencia política.*

Guiándose por el anhelo de "exponer las grandes leyes que regulan la organización de los gobiernos", el trabajo de Mosca choca con el nuevo curso del Positivismo encabezado por Vilfredo Pareto; su epistemología y metodología, de evidentes matices decimonónicos, su constante recurrir a la historia y la fuerte implicación valorativa que preside sus escritos le apartan así de las evoluciones más recientes de su propia fuente científica. De otra parte, el conservadurismo y aristocratismo de Mosca le colocarán en antagonismo con las corrientes más firmes del marxismo italiano, principalmente aquella que, a partir de Gramsci, no cejará en censurarle su indiscriminado manejo de las categorías clasistas. Por último, aún en quienes Mosca encuentra afinidad en cuanto a su postura liberal y un elogio a su notable dosis de "buen sentido", como Croce, aparece vertida una reprensión a

su parvedad en "profundidad filosófica". Así, en palabras de Renzo Sereno, "persona non grata" entre los medios académicos, "persona non gratissima" entre los círculos políticos,[3] Mosca defiende su verdad hasta la muerte. Quizá ese rasgo de honestidad bastara por sí mismo para poner de relieve su obra, si no fuesen otros los méritos intrínsecos a ella. Es a ambos a los que haremos mención en las cuartillas que siguen.

2. El positivismo historicista

Desde las páginas que inician el Capítulo I de su *"Teórica"* lamenta Mosca la posición que, en el contexto general de las ciencias, ocupa una disciplina positiva sobre lo social. Entreverados sus principios con el juicio vulgar y los cánones de la experiencia sin sistema, indistintos en su cultivo los científicos y los dilettantes, la ciencia social en sentido lato carece de los distintivos de precisión obtenidos en el dominio mensurable de lo natural a través de la reproducción a voluntad y del análisis relativamente elemental sus fenómenos. Empero, esa actitud previa de Mosca no constituye un llamamiento al desaliento metódico. Todo lo contrario. Avisorando escollos y asentando debilidades en la construcción sociológica Mosca emprende lo que en su ánimo será simpre la erección de una ciencia cuyos confines aparecen primeramente ambigüos, luego más definidos y concretos. De esa desconfianza hacia lo meramente especulativo y de esa cautela hacia la aplicación indiscriminada de toda premisa cercana al naturalismo arrancará una epistemología positivista que, al exigir que el método de las ciencias sociales se finque en un diverso género de empirismo, obligadamente conduce a un pausado transitar en las

3 Sereno, Renzo, *The Rulers. The Theory of the ruling class.* Harper & Row, Publishers, Harper Colophon Books, New York, Evanston and London, 1968.

veredas del conocimiento, única garantía para la obtención de resultados seguros.

A la vehemencia por mantener fidelidad a ese presupuesto obedece el que Mosca deje pronto atrás los terrenos de una indistinción metodológica no del todo ajena a la gran mayoría de los teóricos sociales de la segunda mitad del siglo XIX. Así, el camino que va desde la amplitud del estudio sociológico hasta la concreción de la consideración política habrá de cruzarse, en forma que diríamos inevitable, con el Derecho Constitucional. En un trabajo de escasa repercusión académica, *"Estudios auxiliares del Derecho Constitucional"*, se dibuja ya en Mosca una clara tendencia por convertir al Derecho Constitucional en ciencia política, "entendido en el sentido no ya de un comentario del Estatuto Italiano o de la Carta Francesa, sino en aquél más amplio y más propio de ciencia que escruta las leyes reguladoras del ordenamiento político de las varias sociedades humanas".[4] Con ello la metodología positivista hace de lado la estructuración jurídica postulando la exigencia de considerar el fenómeno político desde la perspectiva de los hechos sociales y de las doctrinas en que éstos se plasman antes de adquirir expresión legal.

Ese acercamiento al constitucionalismo apartará el interés de Mosca del enfoque sociológico predominante en sus días, centrado en la ilusión positivista de reducir la estructura y funcionamiento de las entidades colectivas a un esquema causal-naturalista. Desconfiando ante toda deducción mecanicista o biológica, Mosca rechaza igualmente el concepto de determinación climática que cree advertir nítidamente en Montesquieu y las teorías radicales sobre la superioridad racial. Pero ello no implica en manera alguna un retorno al racionalismo político cuyo extremo encuentra en la "mentalidad atrofiada por la paradoja" de Rousseau. Desde su tesis para la libre

4 Mosca, Gaetano. "Studi Ausiliari del Diritto Constituzionale" (1886), en *Ció che. . . Op. cit.*, p. 594 y ss.

docencia en Derecho Constitucional, presentada en 1885, Mosca demostrará con claridad su repugnancia por todo apriorismo; nuevamente contra Montesquieu, el joven publicista habrá de afirmar frente a la dogmática jurídica prevaleciente en los medios italianos la necesidad de objetar en el plano de la realidad la abstracta teoría de la división de poderes por ser ésta "una sutileza jurídica y, más aún, una creación metafísica antes que una verdad sociológica". De esta forma, concebido el Derecho Constitucional como una "ciencia eminentemente y exclusivamente social", cuyo objeto no es otro sino los hechos sociales, el "método positivo" de Mosca demanda la vinculación de éste con las nuevas ciencias auxiliares de la política, especialmente la historia, como punto de exclusión del apriorismo racionalista.

Advertido entonces que la política como consideración de las tendencias que regulan la ordenación de ciertas fuerzas sociales en derredor del poder reclama un método de carácter objetivo y universal, descartando el teológico y el filosófico en su sentido logicista, Mosca formulará los lineamientos de su método histórico como equivalente al experimental en las ciencias naturales y mediante el cual el material empírico presentado como una masa de hechos contingentes aparece dispuesto de acuerdo a una legalidad abstracta, científica. Unico método idóneo para brindar cohesión al conjunto de los hechos dados en el tiempo y el espacio sin apartarse de ellos, otorgándoles una expresión extraña a sí mismo, el histórico corresponde a los requisitos elaborados en la previa definición de ciencia expuesta por Mosca en sus *Elementos* y según la cual ésta "resulta siempre de un sistema de observaciones hechas sobre un determinado orden de fenómenos con especial cuidado, con métodos apropiados y coordinados a manera de alcanzar el descubrimiento de verdades indiscutibles que permanecen ignoradas para la observación vulgar y común".[5]

5 Mosca, Gaetano *Elementi di Scienza Politicà*. Dos volúmenes,

Empero, será necesario no detenerse en las aspiraciones un tanto declamatorias de la metodología mosqueana y delimitar en consecuencia las líneas guías de su peculiar historicismo. Heredero más del legado clásico sobre el conocimiento histórico recogido en la Italia renacentista por Maquiavelo y Guicciardini, Mosca mantiene no obstante esa confianza ya reseñada en el ideal científico del primer positivismo. Así, en relación a Maquiavelo indicará que a pesar de las "intuiciones felicísimas" que saturan su obra no es posible considerarle como el creador de la ciencia política por el hecho de que, aún no gestadas la crítica y la indagación histórica científica, hubo de acudir a fuentes secundarias cuya fidelidad a los acontecimientos sería dudosa conforme a éstas. Orientado por Salustio, Tito Livio y Tácito, no logró Maquiavelo sino trazar "algunas líneas del edificio" de la ciencia futura, lo que no impide aventurar al Mosca sentimental que si el florentino hubiese nacido cuatro siglos después "habría podido alzar alguno de sus muros maestros".[6] Además, y advertible en ambos renacentistas, el predominio de un enfoque personalista, muchas ocasiones biográfico y anecdótico, hace a juicio de Mosca que sus deducciones pierdan una certeza que sólo se alcanza por medio del esclarecimiento de las instituciones, ideas y obras que transmiten las grandes civilizaciones.

En esta forma, y a pesar de una observación de Croce en sentido contrario, la perspectiva de Mosca parece no lejana a la vieja noción de la "sabiduría de la especie" enunciada por Vico. Deplorando que, como sus precursores, el pensador napolitano careciese de un material histórico suficiente, Mosca simpatiza con su afirmación de la historia como el método más seguro para conocer

Gius. Laterza & Figli, Biblioteca di Cultura Moderna, Bari, 1953, Tomo I, III, p. 11.

6 Mosca, Gaetano. "Il Principe di Machiavelli quatro secoli dopo la morte del suo autore" (1927), en *Ció che . . . Op. Cit., p. 710.*

las leyes que regulan la vida política y cultural de los pueblos. Pero, por lo demás, está prevenido contra su generalización sobre el movimiento ascendente, uniforme y continuo según su endeble interpretación sobre Vico, de la civilización humana. Esa actitud ya vista frente a la "mentalidad abstracta, iluminista y reformadora del Siglo XVIII" habrá también de extenderse en Mosca hasta el positivismo de sus días. Reconviniendo el progesivismo de Comte y el evolucionismo de Spencer dirá ante el primero que "un mediocre conocimiento de la historia del mundo es suficiente para demostrar lo infundado de sus afirmaciones" y, frente al segundo, denunciará lo impropio de un método comparativo que, deduciendo las leyes que rigen las sociedades complejas modernas de la descripción de las costumbres e instituciones de los pueblos salvajes o bárbaros, ignora precisamente los rasgos esenciales de las primeras en su objetivo simplificador.[7]

Esa evasiva actitud adoptada por Mosca frente a la filosofía de la historia del iluminismo y el positivismo mueve a ciertas consideraciones sobre el historicismo de Mosca. Es evidente que, como ha afirmado recientemente el profesor Bobbio, entre la "micro-historia" y la "macro-historia" Mosca se inclina por la última en su búsqueda de "tendencias generales o leyes".[8] Sin embargo, el mismo estudioso advierte que Mosca tuvo una clara conciencia de las "miles de combinaciones diversas" en que se presentan los hechos sociales. Superficialmente, esa ruptura con la idea decimonónica de la historia aproxima a Mosca con el relativismo de fin de siglo. Ello sólo en parte. En realidad, el postulado viqueano sobre la "naturaleza común de las naciones", convertido

7 Mosca, Gaetano. *Storia delle dottrine politiche* (1937), Gius. Laterza & Figli, Universale Laterza, Bari, 1966, pp. 245 a 248.

8 Bobbio, Norberto. *Saggi sulla Scienza Politica in Italia*, Editori Laterza, Sociologia e Politica, Bari, 1969, p. 184.

por Mosca en la afirmación de que es posible hablar de una naturaleza humana "en cierto modo constante entre los pueblos arribados a un cierto grado de civilización", permite por lo menos un hilo conductor firme en la exploración. Cierto que "las circunstancias en las que las tendencias constantes de la humanidad ejercen su acción es variabilísima y la apreciación segura de las consecuencias de su variación es sumamente difícil";[9] pero ello no significa en última instancia la quiebra con la noción sobre el sentido de la historia, sino el necesario abandono de cualquier monismo explicativo.

Ese reconocimiento permite a la vez, frente a la objeción al método histórico formulada por las nuevas corrientes del positivismo con base en la imposibilidad de la reconstrucción histórica y por tanto del conocimiento exacto derivado de ella, precisar que si bien una historiografía descriptiva completamente fiel sería irrealizable, el método histórico podrá ilustrarnos con la presentación del "mundo psicológico y social" en el que determinadas ideas, sentimientos y necesidades se combinan en el espacio y en el tiempo dando lugar a ciertas directrices políticas. Abandonada toda pretensión racionalista, el método histórico podrá entonces ofrecer el descubrimiento de esas tendencias constantes o leyes que determinan o condicionan el comportamiento de las grandes masas y, consecuentemente, regulan la estructuración de la autoridad política. Desde ese punto de vista, la ciencia política habrá de fincarse sobre "las grandes leyes psicológicas que se manifiestan en la vida de las mismas naciones"[10] discernibles en sus vicisitudes históricas.

Pero esta postura no deberá traducirse en la conversión de la ciencia política en una especie de psicología social. Lejano de la postura analítica de Stuart Mill o de Pareto, Mosca sabe que los fenómenos sociales son "el producto

9 Mosca, Gaetano. "Ció che la Storia potrebbe insegnare" (1936), en *Ció che. . . Op. Cit.*, pp. 5 a 10.

10 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. cit.*, Tomo I, pp. 69 a 71.

de coeficientes o factores múltiples",[11] inasibles a un simple psicologismo de matriz individualista. Además, la circunstancia de que el hombre sea un "animal muy complejo, pleno de contradicciones y no siempre preocupado por ser lógico y coherente" determina obviamente que la "psicología del hombre" deba aparecer entrelazada con una serie de datos ajenos a ésta, comprensibles sólo a condición de que se articulen en tendencias propiamente históricas. Desechado el monismo psicológico, la construcción de una "verdadera y propia ciencia social" impone la utilización de las perspectivas derivadas de las entonces disciplinas novicias de lo social, la arqueología, la prehistoria, la etnografía y la filología comparada. De esta manera, la tarea cifrada en el descubrimiento de "verdades indiscutibles" conmina a refrenar toda prisa del investigador, a exigirle que no sea impaciente "ni infatuado para cambiar sus deseos y sus prejuicios propios con la realidad".

Bajo esos presupuestos, la metodología historicista rompe de un lado con los abstractos conceptos de causación unilateral elaborados por la filosofía social del siglo XIX y, del otro, con la fragmentación e incluso la eliminación de la historia provocada por el positivismo relativista y analítico. El método histórico de Mosca se dirige así, excluídas las ideas sistemáticas, los pre-conceptos y las creencias vulgares, al examen de aquellos vínculos "constantísimos y generales" que subyacen al fondo de los acontecimientos particulares. De idéntica forma como la zoología prescinde en sus clasificaciones de referencias secundarias como el color del pelo o el peso corporal asentando los caracteres substanciales de los fenómenos sometidos a observación, la ciencia social ha de afirmarse en la síntesis de una larga cadena de eventos, "tanto históricos como contemporáneos", obtenida a través del más riguroso proceso abstractivo. Controlados

11 Mosca, Gaetano. "Un nuevo sistema di Sociologia" (1898), en *Ció che... Op. Cit.*, pp. 633 y ss.

por los hechos, los principios enunciados suprimirán criterios superficiales de clasificación en la organización social de los pueblos al poner de relieve sus tendencias preeminentes.

A esa premisa obedece la crítica de Mosca a las tradicionales clasificaciones sobre las formas de gobierno, principalmente las de Aristóteles y Montesquieu, concebidas ambas desde la apreciación de "un solo momento" en la historia de los organismos políticos. Inesenciales y superficiales por ello, las tipologías políticas adolecerán de un defecto de base cuya corrección únicamente puede lograrse adoptando la perspectiva más amplia de la historia universal. Planteada desde la *Teórica*, la exigencia por esa gran dimensión del conocimiento social lleva a la consideración muy discutible de las formas históricas de organización política a partir del mundo hebreo. Advirtiendo las objeciones posibles a su punto de partida, refutando éstas al señalar la facilidad del estudio de aquella sociedad con base en un gran número de documentos existentes, el autor habrá de articular en su obra la estructura política de los egipcios, la de las antiguas ciudades greco-itálicas, la del helenismo, la de la Roma republicana e imperial, la de Europa feudal, la del Antiguo Régimen y, concluyendo, la de las "nuevas fórmulas políticas" del Estado Moderno en que quedará centrada su atención preferente.

Será el análisis de la estructura moderna del poder el que conduce a Mosca en su radical rechazo del constitucionalismo cuya raíz encuentra en Montesquieu. Anticipada por Marsilio de Padua y por Locke, la teoría del balance de los tres poderes queda según Mosca restringida a Inglaterra y a ciertas condiciones ideales de sus factores de dirección política; así, su aplicabilidad resulta más que dudosa en relación a la complejidad y variedad organizativa de los Estados modernos en cuyo seno opera una enorme multiplicidad de fuerzas extra-jurídicas, burocráticas o militares, totalmente extrañas a esa ima-

gen social inglesa del siglo XVIII.[12] Reparando así en que la doctrina de Montesquieu no resulta "del todo conforme con la realidad de los hechos" postula Mosca la necesidad de rechazarla y suplirla "por otra más extensa" según la cual en cada Estado se da un centro político y, desde él, un gran número de órganos, tanto más complejos "cuanto mayor es la civilización y el progreso político del mismo".[13]

Sin embargo no es esta concepción más bien autoritaria del Estado moderno el patrón utilizable en la descripción de su forma más contemporánea y de hecho más vulnerable. Frente al Gobierno Parlamentario, confundido muchas veces, distinguido en otras del Estado democrático, la metodología de Mosca abandonará el simple elemento descriptivo para incursionar en los ángulos críticos que después examinaremos. Asumiendo una forma eliminativa el análisis de Mosca rompe su propio principio de generalidad histórica y, dejando de lado tanto el Parlamentarismo insular como el continental europeos, se centra casi exclusivamente en Italia por estimar que ésta "resume muy bien las condiciones todas de Europa". Afirmación en sí misma discutible, no cabe duda que ésta limitará las perspectivas del estudio mosqueano. El mismo Mosca asentará con franqueza que su selección ha sido guiada por la circunstancia de ser Italia "nuestra patria, el país que mejor conocemos, que con preferencia a cualquier otro hemos estudiado y al que más que a todos amamos".[14]

A pesar de la prevención de Mosca ante un deductivismo científicamente impropio, es evidente que el trans-

12 La misma crítica podrá observarse casi a todo lo largo de las obras de Mosca. Ver especialmente su "Lo Stato Citá Antico lo Stato rappresentativo moderno", en Partiti e Sindacati nella crisi del Regime Parlamentare, Gius. Laterza & Figli, Biblioteca di cultura Moderna, Bari, 1969, pp. 633 y ss.

13 Mosca, Gaetano. "Rapporti fra Parlamento e Potere Giudiziario" (1885, en *Ció che. . . Op. Cit.*, p. 399

14 Mosca, Gaetano, "Teórica. . . *Op. Cit.*, p. 170

fondo italiano de su obra acaba por imponerse en ésta. No obstante, válido a su juicio en relación al Parlamentarismo europeo de los años que precedieron la Primera Guerra, el esquema de Mosca no querrá sino ilustrar con una amplia profusión de datos de primera mano un momento de la historia universal. De esta forma, el conocimiento profundo de una realidad determinada no anula la demostración de una tendencia general sino, por el contrario, actúa como su soporte empírico. Igualmente, ello tampoco implica la eliminación del estudio de todos aquellos hechos históricos, por lejanos que parezcan, que han preparado la organización política contemporánea.

Cabe una postrera consideración en torno a la metodología de nuestro autor. Adversario de la generalización a priori, Mosca revela sin embargo una falla de base en lo concerniente a la estructura total de su obra. Porque es obvio que el principio general que preside ésta, aquel centrado en la preeminencia política de las minorías organizadas sobre las mayorías sin organización, aparece como premisa y no como conclusión de sus observaciones. Basta observar su enunciación desde el Capítulo preliminar de la *Teórica* para percatarnos de que la línea directriz de toda una vida intelectual está firmemente trazada desde aquel trabajo juvenil. Cierto que Mosca indicará de inmediato que sus aserciones irán proseguidas por "una larga exposición analítica de hechos histórico-sociales, en los cuales veremos la aplicación constante de esos principios que nosotros hemos dado en general".[15] Y cierto también que en el plano general de los *Elementos* el concepto de "clase política" surge enriquecido con nuevos contenidos inductivamente logrados en más de una década de experiencias personales y doctrinales. Pero todo ello no conmueve el punto de partida esbozado previamente al análisis histórico.

En alguna medida Mosca puede justificarse invocando

15 *Idem.*, p. 55

la autoridad de Taine y de quienes con él otorgaron una forma teórica a una concepción asible para el hombre común y corriente. Puesto que el problema central de la ciencia política reside en determinar en manos de quién se encuentra el poder, esa hipótesis puede auxiliar la indagación e incluso conducirla a condición de ser manejada dentro del cauce de la objetividad. Sólo tal llamamiento a la objetividad podrá entonces evitar la transformación de un principio en sí empíricamente demostrable en un simple prejuicio. Sin denegar el influjo ejercido sobre su labor entera por los lineamientos afirmados en su juventud, observable por lo demás en la obra de cualquier pensador más o menos coherente y sistemático, Mosca mirará más bien por dirigir su atención a la corroboración cada vez más sólida de su vieja tesis que a una larga disquisición epistemológica. Esta será a su parecer la única prueba demostrativa de esa hipótesis que al paso de los años se convierte en convicción terminante.

Postura quizá científicamente discutible de acuerdo a los cánones inductivistas de la ciencia social de nuestros días, quizá humanamente inevitable como lo confirma una larga tradición sociológica, la de Mosca no cesará de alegar frente a la crítica la lenta y desapasionada erección de sus columnas, "serenamente objetiva". Al suponer cercano el final del camino, en el Prefacio a la segunda edición de los *Elementos,* repite Mosca esa profesión de fe en la imparcialidad. "He querido firmemente exponer, dice ahí, sin odios, sin cólera, sin entusiasmo, con la serenidad que sólo la edad avanzada concede, todo lo que el estudio de los eventos y del carácter humano ha podido enseñarme".[16] A salvo de las "inhibiciones metodológicas" señaladas por C. Wright Mills en torno a la complejidad técnica del empirismo moderno, podrá entonces Mosca guardar la convicción de haberse apegado a la más elemental de las normas científicas. De ese res-

16 Mosca, Gaetano. Prefazione a *Elementi. . .* Op. Cit., Diciembre de 1922.

peto a la objetividad, y aquí asentamos sin conceder, arranca la construcción de la primera gran estructura teórica de la ciencia política en sentido estrictamente contemporáneo.

3. La teoría de la clase política

Toca ahora el desarrollo de aquel principio originalmente enunciado en la "Teórica" y según el cual "los gobernantes, o sea quienes detentan en su manos y ejercen los poderes públicos, constituyen siempre una minoría debajo de la que se encuentra una clase numerosa de personas, las cuales, no participando nunca *realmente* en forma alguna en el Gobierno, no hacen sino soportarlo".[17] Puesto que la edificación de la ciencia social vislumbrada por Mosca debe fundamentarse en el hecho universal de que la autoridad ejercida bajo cualquier nombre esconde en el fondo la hegemonía de una minoría dirigente, ese cimiento que repara en la organización asumida históricamente por los grupos dominantes como la parte medular del estudio político aparece como el punto de sostén de una "clasificación verdaderamente científica" de los gobiernos.

Considerado el Gobierno como "la organización de una minoría coordinada con todas sus fuerzas sobre los individuos aislados y disgregados"[18] es nítido el margen que se abre para las deducciones fáciles. Por ello será menester no dejarnos sorprender por una mera analogía biologicista y figurarnos en adelante una versión centrada en la fuerza o la violencia como elementos decisivos de dominio. En realidad, lo que Mosca plantea anticipando varias líneas de la teoría política es el hecho de que el poder social, único factor del cual puede emerger la fuerza propiamente dicha, presenta tales grados de dis-

17 Mosca, Gaetano. "Teorica. . . *Op. Cit.*, p. 31.

18 *Ibid.*, pp. 35 a 39

persión que siempre es susceptible de ser canalizada y aprovechado por una organización definida. Sobre esa circunstancia, la dispersión permite absorber los recursos económicos y las fuerzas materiales de los individuos aislados en un centro coordinador cuya acción se torna "potente e irresistible". En consecuencia el nivel de organización de esa maquinaria absorbente determina la adquisición de una cantidad de fuerza, material e intelectual, a partir de la cual se emprende una acción descendente y disciplinadora de las acciones individuales que sirvieron de base.

A pesar de que ésto podría conducirnos a primera vista a una imagen mecánica en la que la cohesión de los gobernantes y la dispersión de los gobernados aparecerían dispuestas como en un sistema de fuerzas interactivas, la teoría de la integración y formación de la denominada "clase política" por Mosca se encuentra lejos del simplismo anti-histórico de los "físicos sociales". Se trata entonces de esbozar un complejo influjo recíproco de factores colectivos cuya explicación trasciende tanto los cuadros del mecanicismo como las tesis voluntaristas del "super-hombre" nietzcheano o del "héroe" de Carlyle. Incluso en un plano meramente teórico, esa complejidad obstaculiza la creación de un núcleo conceptual congruente ante lo inasequible de una definición absoluta y universal de los diversos contenidos empíricos asumidos por la "clase política". En un intento de evitar la correspondencia primero con la noción marxista de clase explotadora, luego con el elitismo paretiano, prescindiendo o minimizando los asideros económico y psicológico de uno y otro, el contorno clasista de ese concepto clave deviene escurridizo y brumoso al verse referido a una serie heterogénea de autores que va desde Balzac hasta Gumplowicz, cruzando estratégicamente por Taine.

Indeterminado muchas veces, vulnerable en las más, ese centro metodológico y ontológico de la obra de Mosca no pierde jamás la esencia en el hecho de la imposición minoritaria que se opera como una tendencia constante

en los organismos políticos a partir de las sociedades medianamente desarrolladas. Trazados los dos polos de la vida pública, minorías rectoras y mayorías dirigidas, la demostración de su universalidad sólo puede pretenderse por una descripción histórica cuyos ámbitos van más allá del mundo clásico y se extienden en una perspectiva humana totalizadora. Solamente ésta nos permitirá ilustrar la inicial y decisiva interrogante sobre los reclamos y las necesidades sociales a los cuales se adecúa forzosamente el dominio de un grupo sobre el resto de los demás hombres en una colectividad dada. A ese estudio compete entonces, tras una consideración estructural de los factores materiales e intelectuales implicados en cada sociedad histórica, determinar qué cualidad o situación meritoria no compartida por la totalidad de los miembros de aquélla actúa como calificación de hegemonía.

Ejemplificando, Mosca hallará la importancia que los valores militar y sacerdotal revisten en las sociedades primitivas a través de un análisis en el que, entreverada con juicios sobre otras civilizaciones, aparece una consideración de gran superficialidad sobre la organización política de la clase guerrera azteca.[19] Objetables a los ojos del especialista, las profusas descripciones de Mosca sólo adquieren una relativa seguridad al ceñirse a los límites de las culturas clásicas; no obstante, aún en ellos puede advertirse el sello positivista de la primera clasificación antropológica asentada escuetamente en un dualismo cuyos extremos serán las sociedades primitivas y las adelantadas. Con todo, nos parece que la vaguedad erudita del estudio mosqueano sobre las primeras se diluye a medida que cobran firmeza los trazos teóricos dibujados en derredor de las segundas. Fincados sin duda en el intelectualismo sociológico de Saint-Simón e incluso de Comte

19 Las referencias a la primitiva organización política de México aparecen frecuentemente en los textos mosqueanos. En particular ver sus *Elementi. . .* Op. Cit., pp. 84 a 95

y de Spencer, esos trazos habrán de romper, de una parte, el esquematismo original, de la otra, el optimismo de los precursores.

Como en el caso anterior, la interrogante sobre los factores de dominio permanece como punto de convergencia. Alterados la estructura y los requerimientos de las viejas sociedades teocráticas y militares, los elementos distintivos de los grupos dominantes se ciñen en las grandes colectividades modernas a la disposición de nuevas fuerzas económicas y tecnológicas. Aceptando en consecuencia al valor riqueza como el punto de sostén de la adquisición y perpetuación del poder político a través de los instrumentos legales surgidos en torno a él, la postura de Mosca modificará esa simple aserción más o menos marxista al invocar, siguiendo la conocida afirmación de Saint-Simón sobre los productores como elementos insubstituibles en la "dirección social", la progresiva influencia de los sectores intelectuales sobre los grupos detentadores de los bienes materiales. A reserva de un examen más detallado, la imagen aquí pergeñada tiende a destacar, por encima de la supervivencia de los valores sacerdotal y religioso en las sociedades actuales, la necesaria hegemonía de aquellos individuos en quienes recae espontáneamente un valor históricamente condicionado y, por tanto, inevitable.

La aserción es bien clara desde la *Téorica*. "El dinero y la instrucción, dice aquí Mosca, son los dos elementos que se imponen en la edad moderna y que dirigen al mundo; donde no van acompañados, la revolución y la anarquía están vecinas".[20] Si bien levemente afectada por la ulterior consideración de los factores del poder en la que el militarismo y el nacionalismo asumen tonos relevantes, la insistencia en esa dual estructura valorativa y políticamente selectiva de la sociedad europea contemporánea se mantiene con matices diversos. Así, en el trabajo que cierra la obra mosqueana volverá a recalcarse,

20 Mosca, Gaetano. "Teorica..." *Op. Cit.*, p. 257

frente a la indefinición y la unilateralidad del marxismo, el mérito de un Saint-Simón percatado años antes de la relación necesaria entre las "condiciones intelectuales, morales y materiales de una sociedad y la formación de su clase dirigente, la cual ha de ser de tal naturaleza que corresponda a los requerimientos de los tiempos".[21]

Una vez establecido el carácter dispar de los factores de predominio político se plantea como primera exigencia científica el desentrañar las tendencias más constantes, ilustrables históricamente, prevalecientes en la formación de toda clase dirigente. Ese enfoque deja ver inicialmente una tendencia cerrada, propicia a la cristalización de los grupos en el poder y que, denominada "aristocrática" por Mosca, se vale de instrumentos de hecho o de derecho para convertir en hereditarios los elementos de legitimidad peculiares a una clase política e impedir con ello todo cambio aunque sea parcial entre sus integrantes. Tendencia contraria, útil como correctivo siempre y cuando su realización se logre dentro de cauces sociales definidos, la "democrática" actúa en el esquema mosqueano como elemento renovador, complementario. Abierta a las nuevas fuerzas colectivas mediante mecanismos electivos que determinan el recambio de aquellos elementos dominantes no funcionales en una realidad específica, esa tendencia presenta en la simpatía de Mosca una pieza teórica cuidadosamente empleada y a la cual la adhesión se condiciona siempre a la adecuación con los valores liberales mantenidos por el autor.

Vinculado al anterior, el segundo gran problema de la ciencia política de Mosca se finca en derredor de la organización de los grupos detentadores de la autoridad y cubre el conjunto de procedimientos adoptados por éstos para propiciar su propia cohesión y ejercitar bajo su establecimiento un dominio aceptado, institucional diríamos. Sin guardar una correspondencia exacta con las tendencias sociológicas arriba descritas, los principios de

21 Mosca, Gaetano. *Storia delle. . . Op. Cit.*, p. 221

organización representan puntos convergentes de legitimidad, la segunda gran fase del proceso político general. En este respecto, Mosca reconoce en primer término al principio "autocrático", señalado por el hecho de que en él "la autoridad viene transmitida desde lo alto de la escala política a los funcionarios inferiores". Base de la organización de los primeros agregados humanos, incluídos los de México antiguo, el principio se adapta a la formación política de entidades sociales numéricamente significativas en las que históricamente aparece un reducido estrato dirigente sobre una masa de miembros sin capacidad de decisión. Su adopción en esa circunstancia va más allá de cualquier criterio preferencial en razón de que la posibilidad directiva por fuerza se acrecienta con un mando uniforme e incontrastable.

El segundo gran principio de organización en el ejercicio del poder, que en Platón aparece original e imprecisamente como "democrático", es enunciado como principio "liberal" por Mosca en su afán por eliminar la suposición en el sentido de que, antitético del anterior, éste pudiera implicar el juicio común según el cual el poder aparece transmitido desde los niveles inferiores a los superiores. La democracia como régimen político en el que todos los integrantes de la sociedad concurren igualmente en la articulación de los poderes soberanos se excluye entonces como principio real de organización a la luz de la experiencia histórica; la misma noción del "demos" griego no hizo mención sino de una restringida aristocracia virtualmente separada de los no ciudadanos. Concluyendo, Mosca asienta a Mario Calderoni: "todos los Estados son, según yo, aristocracias, comprendiendo aquellos que Aristóteles denomina democracias y comprendiendo aquellos que los modernos suponen como tales".[22]

Correlacionando los "principios" organizativos expuestos con las "tendencias" formativas de la clase política

22 Calderoni, Mario, "Aristocrazie e Democrazie", (Coloquio con Gaetano Mosca, 1904), en *Partiti e. . . Op. Cit.*, p. 333

advierte aquí Mosca que "existe una cierta simpatía entre la autocracia y la aristocracia por una parte y el liberalismo y la democracia por la otra; *pero*, será ésta una de aquellas reglas que están sujetas a muchísimas excepciones".[23] En primer término conviene recordar la insistencia mosqueana apenas formulada arriba por mantener libre de contaminación democrática la acepción del principio liberal; en segundo, el hecho histórico de que las estructuras de poder se concretan casi siempre en la fusión de ambos principios o en el predominio relativo del uno sobre el otro. Esa clarificación en la que todo enunciado abstracto pierde carácter absoluto nos conduce a encontrar en un terreno factual una serie múltiple de combinaciones intermedias entre los nexos aristocrático-autocrático y democrático-liberal. Al examinar en el plano empírico las organizaciones políticas particulares podremos hallar la substitución dinámica de una tendencia por la otra o de un principio por el otro; ello permite hacer concordar en muchos casos la tendencia aristocrática con el principio liberal o la tendencia democrática con el principio autocrático y hace factible el desentrañamiento político de instituciones como la Iglesia Católica o el régimen representativo moderno.

El problema al que se dirige ahora la atención de Mosca es a la construcción de una teoría sistemática del Estado fundamentada en esos principios institucionales y tendencias políticas. A pesar de que ésta constituye consecuencia lógica en el montaje de la obra mosqueana, nos parece evidente una marcada ruptura entre el apartado previo y el consiguiente. Si bien es cierto el esfuerzo por vincular principios y tendencias con su cristalización histórica en la armazón del Estado, ese esfuerzo no alcanza a ensamblarlos dentro del nuevo dualismo entre Estado Feudal y Estado Burocrático, ejes para una tipología que abraza en coincidencia no muy severa los fenómenos

23 Mosca, Gaetano. *Elementi. . .* Op. Cit., Tomo II, p. 98

políticos de la Ciudad-Estado y del Estado parlamentario al que luego volveremos.

Ejemplificando en las organizaciones políticas del medioevo europeo, de Egipto y del Perú, el Estado Feudal es descrito por Mosca como "aquel tipo de organización política en el que todas las funciones directivas de la sociedad, como serían las económicas, las jurídico-admistrativas y las militares, son ejecutadas acumulativamente por los mismos individuos y, al mismo tiempo, el Estado se compone de pequeños agregados sociales, cada uno de los cuales posee todos los órganos necesarios para bastarse a si mismo".[24] Ante la eventualidad siempre latente de fragmentación, la existencia del Estado Feudal depende en inmensa medida de una "gran unidad moral"; faltante esa garantía de preservación, la estructura general queda desvertebrada y la cohesión entra en colapso.

Sin proponer su rígida centralización como rasgo fundamental, Mosca opone al precedente un Estado Burocrático caracterizado por el hecho de que el poder central "obtiene (en él) por vía de impuestos una porción notable de la riqueza social que sirve ante todo al mantenimiento de la organización militar y después a proveer un número más o menos grande de funciones civiles. De manera que una sociedad es tanto más burocrática cuanto mayor sea la cantidad de funcionarios que desempeñan oficios públicos y viven percibiendo un salario del Gobierno central o de los cuerpos locales". Conforme a ésto, más que la centralización de la autoridad la nota distintiva del Estado Burocrático radica en lo que Mosca apunta sutilmente como "especialización de las funciones directivas". Puesto en práctica por "aquel gran burocratizador" que fuera Napoleón I, el sistema ofrece mayor seguridad y permanencia; no obstante, ello no descarta la posibilidad de las exageradas pretensiones tributarias de las clases burocráticas y militares sobre los sectores productores de la riqueza con la resultante mengua de la

24 Mosca, Gaetano. *Ibid.*, T. I, p. 124

producción e incluso, como aconteció en Egipto y Roma, la emigración.[25]

De lo consignado hasta ahora puede colegirse una especie de construcción en abstracto de las categorías políticas mosqueanas, una elaboración al margen de las referencias sociales en las que esas categorías actúan. Pero nada está más lejano a la intención del autor. Realmente, Mosca reafirma a cada renglón que la estructuración política no es sino la expresión institucional de ese elemento que, denotado en su obra como "tipo social", interviene como el resorte final de la idoneidad política de las clases dominantes y de la contextura de su hegemonía. Bajo ese rubro se engloban de manera no consistente aquellos grupos que, dotados de un elemento común de fraternidad, difieren de otros en virtud de sus creencias, sentimientos, hábitos e intereses especiales. Basamento concreto de la organización política, el "tipo social" alude nuevamente sin exactitud rígida a la conjugación de los variados factores de nacionalidad en formaciones colectivas definidas. Eludiendo toda connotación racial, como el "singenismo" de Gumplowicz, Mosca pudo advertir desde su tesis de 1882 la riqueza de matices concurrentes en la solidaridad nacional, derivados de la comunidad de lengua, religión, intereses o situación geográfica; de ese sentido de pertenencia, de esos hábitos morales e intelectuales compartidos habrá de partir para otorgar solidez sociológica a sus lineamientos políticos.

Después, su suspicacia ante la acepción corriente de la idea de Estado-Nación le lleva a romper con los moldes clásicos de la doctrina moderna según la cual históricamente se da la coincidencia entre ambas entidades. Si bien aparece cierto para Mosca que los tipos sociales tienden a cristalizarse en organismos políticos, éste sabe que en el plano de la realidad puede encontrarse la coexistencia de diversos tipos sociales dentro de un único orga-

25 Mosca, Gaetano, *Ibid.*, pp. 127 a 132

nismo político. En tal caso, la adecuación o no adecuación de los elementos sociales integrantes significa una mayor o menor unidad moral, un factor dinámico de fuerza o de debilitamiento. Así, los contornos del concepto de fuerza social trascienden el ámbito puramente nacional y se expanden hacia contenidos clasistas. Por ello no es extraña la afirmación de Mosca en relación a la tendencia desintegrativa que ejerce el tipo social sobre la organización política, como en el caso del aislamiento psicológico y moral de la plebe respecto de la clase rectora.[26] Planteo de una amplia problemática centrada luego en el análisis de las fuerzas políticas contemporáneas, esa falta de correspondencia entre estratos dominantes y dominados podría resolverse en la premisa mosqueana según la cual el factor de organización de las clases superiores garantiza supremacía con cierta independencia de la estructura social básica.

No obstante, y sin abandonar ese sobrio esquema del poder político, la respuesta de Mosca mira a conciliar su tesis original con las implicaciones desprendidas de su noción de tipo social. Punto clave del que emergen las tendencias sociales más tarde substancializadas en principios de organización y modelos estatales, el tipo social podría equipararse a una infraestructura del fenómeno político. Pero extremar esa similitud afirmando la existencia de un nexo causal que se desliza desde aquél en un ascenso unilateral hacia las formas institucionales más elaboradas no resultaría sino un bosquejo simplista del proceso social general. En realidad, tanto el tipo social como sus expresiones políticas concretas revelan una tensión irregular efectuada de abajo hacia arriba e inversamente. Si de lo anterior se infiere el reemplazo de la idea de los grupos dominantes como informadores arbitrarios de la sociedad en la cual ejercitan su poder por otra en la que esa sociedad demanda el ajuste de esos grupos dominantes a su perfil material e intelectual, ello

26 Mosca, Gaetano. *Ibid.*, pp. 140 a 154

será por una suerte de dialéctica socio-política subrepticiamente introducida en el positivismo mosqueano. A pesar de su organización y eficacia, se desprende entonces que la clase política no surge de la nada social imponiéndose al antojo sobre su radio de dominanción; precisa de fincarse y adaptarse a esa realidad propia que condiciona sus modalidades. Peldaño decisivo en esa adecuación lo constituye la "fórmula política".

4. La fôrmula política

A partir de los primeros escritos se observa en la obra de Mosca el señalamiento de ciertos principios abstractos que, provenientes sea de creencias y sentimientos, sea de racionalizaciones sobre la vida pública, fincan una esfera de legitimidad para quienes logran imponerse en la escena política; arraigadas en el "tipo social" de pertenencia, tales "fórmulas" difícilmente resultan idénticas en diversas sociedades y de ahí que sólo ofrezcan una "semejanza fundamental" cuando las formas de civilización que les dan margen sean las mismas. Factor de enlace espiritual entre la clase dirigente y el núcleo dirigido, el concepto de "fórmula política" ofrece en Mosca una explicación sobre cómo todo predominio aparece plegado en sus manifestaciones históricas al tipo social que obra como su condicionante moral y material. Por expresar en el nivel de una elaboración intelectual más definida el sentido propio que la hegemonía reviste en una determinada colectividad, esa noción deberá servirnos para esclarecer desde sus ángulos más abstractos aquellos elementos concretos que desde la mente del dominado apuntalan el poder y a los cuales queda éste normalmente imposibilitado para substraerse.

Argumento luego repetido y sistematizado en los *Elementos,* la textura de tales focos simbólicos del dominio se hilvana sobre creencias sobrenaturales o sobre concepciones "que, si no son positivas, o sea erigidas sobre la realidad de los hechos, se presentan al menos como racionales". Reducidas en estas dos grandes categorías, en-

cerrando en ambas una gran cantidad de insensatez al lado de un débil monto de verdad verificable, esas "fórmulas políticas" poseen no obstante un dispar influjo y una diversa capacidad de imposición sobre la conciencia de los hombres. En su *Teórica* pudo Mosca percatarse de que las "fórmulas" sustentadas en creencias sobrenaturales asumen una mayor disposición para infundir respeto y mantenerlo que aquellas cuya base es al menos aparentemente racional porque en éstas una estructura formada de "alegatos terrestres" es susceptible de demostrarse falsa por los hechos mismos. Sin embargo, es preciso reconocer que estas últimas, al llegar a convertirse en "verdades sacrosantas", son capaces de lograr que quienes las admiten y afirman abdiquen en parte o totalmente de la propia razón, aun cuando el elemento sobrenatural sea desplazado.

Años más tarde, prescindiendo de algunas agudezas sociológicas vertidas en los escritos iniciales, el afán metódico de Mosca le lleva a establecer un cuestionable paralelismo entre esa "fórmula política" y a la armazón constitucional del poder público. Sin prescindir de las referencias a la *Teórica*, el texto de los *Elementos* de Mosca hace mayor hincapié en el elemento jurídico como codificador de una situación dada de poder; de aquí que la "fórmula política" aparezca identificada con aquello que "los filósofos del Derecho denominan generalmente como principio de Soberanía.[27] Pero lo anterior no significa que la "fórmula" haya quedado circunscrita al mero ámbito de la reflexión jurídica. Sólo unos párrafos median entre la identificación presentada arriba y su definición como la "base jurídica y moral sobre la cual en cada sociedad se apoya el poder de la clase política". Con ello, los contenidos morales, sociales en su acepción más amplia, se salvan de ser engullidos por un patrón formalista, rescatan en cierta forma su variedad de matices y combinaciones.

27 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. Cit.*, T. I, p. 109

Evitado el sentido de "fórmula política" como un simple "obstáculo" que a través de la ley interponen los grupos dominantes a cualquier opositor eventual, aparece sin embargo el problema de determinar las modalidades efectivas que ésta adquiere en el pensamiento de Mosca. Habiendo ya constatado la vehemencia con que el autor insiste en torno a la conexión entre la fórmula política y el tipo social, se impone ahora evaluar la congruencia de su demostración. Si admitimos que la cohesión social es apuntalada tanto por una determinada dirección de las condiciones materiales y por una disposición de principios morales, nos parece lógico que en el ejercicio de la autoridad deban las clases dirigentes sujetarse a ese juego de fuerzas a riesgo de actuar en el vacío. Así, la justificación y racionalización que se desprende de toda fórmula habrá de tomar de la realidad aquellos elementos de ventaja o de conveniencia para el dominio otorgándoles una forma concisa; la fórmula deriva entonces como una "consecuencia necesaria" de las doctrinas y creencias comúnmente reconocidas y aceptadas en el seno de la sociedad a la que se encamina.

Precisamente ese tono más o menos efectivo que Mosca imprime a la acción de los dirigentes, esa suerte de capacidad para seleccionar los elementos convenientes para el predominio, ha despertado en la crítica una actitud tendiente a asimilar la noción mosqueana de "fórmula política" dentro de una categoría general a la que pertenecerían la "ideología" de Marx, el "mito" de Sorel o la "derivación" de Pareto. Inadmisible la comparación en cuanto al peculiar revolucionarismo de Sorel, escasamente aceptable en referencia al psicologismo de Pareto, ese cotejo adquiere a nuestro juicio mayores visos de verdad al relacionar el concepto de Mosca con aquel de Marx. Pero si bien en ambas nociones va asociada una manifiesta intencionalidad de dominio por parte de los sectores superiores de la sociedad, una especie de consolidación espiritual del poder, basta una ojeada sobre el núcleo y el contexto en los que Marx y Mosca desenvuelven sus

categorías para resaltar lo endeble de su punto de contacto.

Asumiendo una postura cauta ante el parangón arriba esbozado, Mosca dejará claramente asentado desde la *Teórica* que el concepto de "fórmula política" deja de lado, por su artificialidad, aquella interpretación según la cual la urdimbre de creencias colectivas sobre las que se sustenta la autoridad ejercida por un grupo sobre un conglomerado social entero no sea sino una "pura y simple mistificación" de las relaciones de poder, obediente al arbitrio legitimatorio de los dirigentes. Al contrario, dirá entonces Mosca, ésta "corresponde a una verdadera necesidad de la naturaleza humana".[28] Ciertamente, repetirá luego, ni en el caso de la invocación a principios sobrenaturales ni en el de la referencia a criterios aparentemente racionales esas "fórmulas" representan verdades científicas; mas ello no debe movernos a interpretarlas como "vulgares charlatanerías inventadas a propósito para engañar la obediencia de las masas" puesto que, engendradas por la naturaleza social del hombre, se externan como un imperativo universalmente sentido de gobernar y saberse gobernado no sólo sobre la simple base de la fuerza material e intelectual sino también, y en mayor parte, sobre un principio de moralidad. Por ésto insistirá Mosca que esas "grandes supersticiones" en las que se nutre de significado toda autoridad conforman "una fuerza social, que sirve potentemente al cimiento de la unidad y la organización política de un pueblo y de una civilización entera".[29]

Así, partiendo del hecho dado por incontrastable de que el carácter humano exhibe en su índole elemental la obediencia más a un principio abstracto y pretendidamente permanente que a un ser contingente que domina de modo temporal, la noción de "fórmula política" habrá desde luego de incluir toda una serie de procedimientos

28 Mosca, Gaetano. "*Teorica. . .*" Op. Cit., *p. 53*

29 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. Cit.*, Tomo I, pp. 110 y 111

encaminados a brindar coherencia al poder de la clase política. En cierta manera, esos procedimientos constituyen una "técnica consensual" que legitima el poder refiriéndolo a los valores supremos compartidos por una determinada sociedad. Al apartarse con ello de la versión marxista para la cual las ideas dominantes en una sociedad son las ideas de la clase dominante, emergerá en Mosca una postura sociológica en la que la "fórmula política" aparece "necesariamente adaptada al grado de madurez intelectual y a los sentimientos en dada época y en dado pueblo". Esta aserción permitirá explicar, por ejemplo, el que una religión monoteísta como sustento de la autoridad pueda fácilmente imponerse cuando el conocimiento ha progresado hasta el punto de adscribir todos los fenómenos naturales a una causa, reconociendo que es sólo una la fuerza reguladora del universo. Por otra parte, el racionalismo podrá ser empleado como base de una doctrina exitosa sólo cuando la libertad de examen y los logros de las ciencias históricas y naturales han socavado la creencia en las religiones reveladas "y la concepción de un Dios creado a la imagen y semejanza del hombre, que interviene arbitrariamente en los eventos humanos, aparece absurda a la mayor parte de las mentes humanas.[30] Incluso el marxismo, mera expresión de la "falacia democrática", no significa desde esa perspectiva sino la conclusión de un "movimiento intelectual y sentimental" cuya gestación arranca de un siglo

30 Mosca, Gaetano. *Idem.*, p. 255. Conviene confrontar la última parte del párrafo en cuestión con la traducción inglesa de Livingston en la que se lee que esa concepción de Dios "parece absurda a las clases dirigentes". Eliminando el concepto original, según el cual es "la mayor parte de las mentes humanas" la que determina la inadmisibilidad de esa noción religiosa y circunscribiendo esa repulsa a las clases dirigentes, nos parece claro que Livingston otorga margen a una interpretación según la cual la noción de "fórmula política" se asemeja considerablemente a la de "ideología" marxista. Ver, Mosca, Gaetano, *The ruling class (Elementi di Scienza Politica)*, Edited and revised by Arthur Livingston, traslated by Hannah D. Kahn, McGraw-Hill Book Company, New York-Toronto-London, 1939.

atrás, cuando la intervención divina se ve substituida por una "fe en la infabilidad de la ciencia". Solamente así podrá explicarse el que, supuestamente amparado al abrigo de aquélla, pretenda Marx demostrar que el desenvolvimiento del comunismo sea el resultado fatal de la evolución histórica de la sociedad humana.[31]

Naturalmente, lo anterior implica en Mosca la asunción de una teoría de la causalidad histórica que, en términos marxistas, resultaría asimilada a las filosofías idealistas de la historia. Desde los primeros trabajos hasta su postrera *Historia de las Ideas Políticas,* ese rechazo del monismo económico en la interpretación de los acontecimientos sociales condujo a nuestro autor a establecer la acción y relación recíprocas entre "el pensamiento sobre el hecho político y de éste sobre el pensamiento".[32] Si en la última obra ese postulado se convierte en advertencia metodológica sobre la imposibilidad del estudio de las instituciones políticas al margen del elemento doctrinal v viceversa, en las demás permanece mostrando la superfl .dad envuelta en el intento por determinar si las fuerzas morales preponderan sobre las materiales o éstas sobre aquéllas. Evidenciando históricamente el hecho de que toda fuerza material procura justificarse bajo alguna concepción de orden intelectual y moral, resulta de igual manera obligado reconocer que toda fuerza espiritual promueve su consolidación con "los quintos y los soldados" (i soldi ed i soldati); de ahí la paridad e intercambiabilidad de ambos como factor de causalidad social.

Tras partir de la noción de "fórmula política" como el resultante de los ambientes culturales, intelectuales y morales en los que discurre el acaecer histórico, el estudio mosqueano habrá de tornar a la evaluación científica de esa categoría. En derredor de ese propósito, la "fórmula política" aparece como índice no sólo de las transformaciones de los niveles de cultura sino también de las

31 Mosca, Gaetano. *Storia delle. . . Op. Cit.*, p. 270

32 Mosca, Gaetano. *Idem.*, p. 12

condiciones económicas y sociales de un pueblo. Esa perspectiva sociológica permitirá entonces la inferencia política centrada en los cambios que sobrevienen en la constitución o substitución de una clase dominante; con ello, el reflejo abstracto de un mundo variable de circunstancias concretas readquiere justas dimensiones metodológicas trascendiendo los límites de la especulación pura. Pero, y nuevamente la tónica liberal de los escritos de Mosca deja sentir un influjo, asumir de lo anterior que la realidad socio-cultural sea meramente una productora de fórmulas de dominio resultaría una visión miope de las potencialidades propias de esa realidad. Sería en otras palabras ignorar una riqueza de mecanismos de defensa social desenvueltos paralelamente con el desarrollo de aquellas técnicas de legitimación del poder político, incesantemente confrontados a éstas en el devenir humano.

5. *La defensa jurídica*

Si una somera ojeada a la capacidad manipulativa que sobre los instrumentos de persuación material e intelectual poseen las clases dominantes parece inclinar el orden de las ideas mosqueanas a presentar una sociedad inerme ante el poder público ejercido por aquéllas, el sentido histórico evidenciado en la caracterización de la fórmula política habrá de contener esa conclusión apresurada. Hemos consignado en el apartado anterior la manera cómo la organización del poder resulta del equilibrio siempre relativo entre las fuerzas materiales, intelectuales y morales actuantes en una colectividad específica; estudiadas ya las dos primeras, Mosca habrá de abordar en este apartado la correlación necesaria entre éstas y el sentido moral prevaleciente en un agregado humano, entendido aquí como una fuerza difusa pero efectiva dirigida al control político. Entidad sociológica rodeada de ambigüedad, la definición de esa fuerza como "defensa jurídica" arranca de los tempranos contactos de Mosca con el Derecho Constitucional.

Aliado según Meisel con la gran tradición del pensa-

miento político que va desde Aristóteles, Polibio y Cicerón hasta Locke y Montesquieu, el Mosca de 1885 no deja de reconocer en su connotación de los ángulos defensivos del gobernado la "mucha verdad" contenida en la teoría de la división de poderes.[33] Sin embargo, y anotado ya en anteriores páginas, el tono más metafísico que sociológico del principio lleva a Mosca en esos mismos escritos a pronunciarse contra el formalismo implícito en su formación. Cierto, dirá entonces, que el poder legislativo "representa todas las ideas y las aspiraciones y es el verdadero centro político" y que el poder judicial, apreciado por él como una función especial del organismo del Estado, "comprende no obstante una parte selectísima de la inteligencia nacional"; pero basta una estimación superficial de su naturaleza e influjo para apreciar que el requisito de igualdad entre los tres poderes no se cumple efectivamente y por tanto que un balance del poder es poco menos que imposible.

De otra parte, la idea cada vez más madura acerca de la inevitabilidad de la imposición de las minorías sobre las mayorías, sea en forma directa, sea a través de combinaciones en las esferas legislativas, moverá obviamente a Mosca a dudar que el propio poder público pueda ser contralor de sí mismo, que las clases dirigentes puedan moderar los excesos de las propias clases dirigentes. Esa desconfianza hacia los "meros mecanismos de gobierno" normará la próxima tarea de Mosca tendiente a desligar la noción de defensa social frente al aparato político de las notas institucionales de la juricidad, manteniendo empero la denominación original. De esta manera, la aceptación de que la "fórmula política" constituye la expresión intelectual-autoritaria de una influencia social sobresaliente, a cuyo abrigo se desenvuelven ciertos grupos dominantes, habrá por fuerza de traducir en su sentido contrario el hecho de que la detentación de los medios de convicción ideológica es relativa, circunscrita en

33 Mosca, Gaetano. "*Rapporti fra. . .*", Op. Cit., p. 380 y ss.

un ámbito de validez al que quedan substraídos sentimientos y actitudes propiamente colectivos y totales.

La invalidación de la "fórmula política" como monopolio absoluto de las creencias generales de una sociedad impone a Mosca la exigencia de caracterizar ese freno espontáneo, ese mecanismo de equilibrio que, al regular el "sentido moral" del todo colectivo, opera como la forma más efectiva de contención al abuso político. Sin recurrir, por lo menos en principio, a una descripción utilitarista, Mosca asentará entonces, con una cierta ruptura de continuidad teórica, que en toda sociedad se nutre "el sentimiento más delicado y mucho menos difuso de la justicia". Noción de contornos indeterminados, la de justicia hace concurrir para Mosca, separada o conjuntamente, los elementos tradicionales y religiosos bullentes en el conglomerado humano. Compartiendo e incluso anticipando la noción de "conciencia colectiva" de Durkheim y los conceptos contemporáneos de "opinión pública", Mosca reconocerá que esa "expresión de la conciencia de la multitud" aparece opuesta a "la disciplina de los sentimientos egoístas" al encerrar en ella "los mecanismos sociales que regulan la disciplina del sentido moral" tendientes a la protección del grupo social de los efectos destructivos de cualquier conducta dañina".[34]

Haciendo un paréntesis, la intromisión de este factor de normatividad moral no deja de ofrecer ángulos interesantes en el juicio sobre la ciencia política de Mosca. En primer término ha de denegar en gran medida el calificativo de "maquiavélico" que rodea al autor. Al englobar bajo ese rubro la obra general de Mosca, como hace Burnham, debemos inicialmente advertir que el planteo de la "problemática maquiavélica", formulado varias ocasiones al margen de los escritos sistemáticos de aquél, dibuja un perfil reprobatorio influenciado por la marcada simpatía hacia los relieves liberales del pensamiento

34 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. Cit.*, p. 157 a 165

de Guicciardini. De ahí que, sin ocultar admiración por la sinceridad del autor de "El Príncipe", la concepción maquiavélica de la política "como el arte de arribar al poder y de permanecer en él lo más largamente posible" suene abstracta y controvertible a los oídos de Mosca. Ciertamente que la práctica moderna de la política parece alejarse de la simple preceptuación moral y que, en palabras de Cósimo de Médicis, los Estados no pueden siempre gobernarse con base en "padrenuestros" o "conforme a las máximas expuestas en el Sermón de la Montaña"; no obstante, e interpretando con cierta ligereza a Maquiavelo, para Mosca resulta evidente que la política no debe ni puede excluir metódicamente las normas de la moral. Así, al no comprender esa necesidad de proporción, al loar la figura de un César Borgia cuya precipitada caída y universal aborrecimiento no pudieron derivar sino de su menosprecio a la moralidad, Maquiavelo quedará privado, según Mosca, "del sentido del límite y la medida que, en todos los tiempos y en todos los lugares, es uno de los requisitos más necesarios para el hombre político".[35]

Pero ese señalamiento no convertirá en manera alguna la obra de Mosca en un mero catálogo de principios morales encaminados a imponer mesura sobre la conducta del gobernantes. Su positivismo, historicismo y sociologismo quedan de tal forma afirmados en su trabajo que le impedirán perder la noción de una moralidad asentada sobre una especie de ley o exigencia psicológica que obliga al hombre al acatamiento del sentido comunal-moral. La mera preferencia de Guicciardini sobre Maquiavelo le conduce a asumir una posición realista, incluso utilitaria, en torno a los mandamientos morales de la sociedad. Apegado a Guicciardini afirmará entonces que del concepto enunciado por éste acerca de la libertad política como "un prevalecer de las leyes y de los órdenes

35 Mosca, Gaetano. "Il 'Principe' di Machiavelli. . ." *Op. Cit., p. 707 y 708*

públicos encima del apetito de los hombres particulares" puede inferirse una "definición rigurosamente científica" que, al presuponer la existencia histórica de ciertos valores comunes, conducirá a un máximo de orden compatible con un máximo de libertad.[36] Ello, para Mosca, no constituye una simple ingenuidad puesto que al lado del amor hacia el bien y la justicia sobre el interés propio o familiar o el temor de la venganza pueden darse socialmente factores que extravían el entendimiento humano. Además, el matiz liberal-individualista de los escritos mosqueanos no debe desestimarse. La postrera evaluación de Guicciardini nos lo muestra claramente. "La verdad es que él deseaba el bien, dice el último Mosca, pero en los límites que consideraba posibles y que, junto al interés público, atendía aquéllo que él llamaba su 'particular', esto es, su interés personal".[37]

Tal fundamentación procura a Mosca una imagen de la vida pública en la que, al par que se expulsan los rasgos amorales del maquiavelismo, aparece relegado el fácil moralismo de los escritores socialistas. Ante la creencia marxista en la supresión del egoísmo universal y el surgimiento de la gran fraternidad universal a través de la instauración de un armónico sistema de economía opondrá Mosca el concepto según el cual "los grandes factores de la historia humana" resultan "tan complejos y entreverados", tan arduos de esclarecer para el mero racionalismo, que cualquier ilusión moralista habrá de hundirse ante ellos. Acentuados los elementos del interés individual y del colectivo, Mosca encontrará entonces asentado el equilibrio social en la necesaria correspondencia entre una fórmula particular de dominio político y el sentido moral prevaleciente en la comunidad en que aquél actúa, sentido y entendido entre los integrantes de ésta a pesar de que no pueda ser circunscrito en una determinada fórmula defensiva.

36 Mosca, Gaetano. *Elementi di. . . Op. Cit.*, p. 171 y ss.

37 Mosca, Gaetano. *Storia delle. . . Op. Cit.*, p. 118

Del paréntesis anterior, en el que se miran sin duda más los aspectos especulativos que los científicos en estricto sentido, emerge una dirección más o menos realista e individualista inconciliable con el formalismo jurídico de Montesquieu y de los seguidores de la teoría del balance del poder político en sí. No obstante, Mosca está advertido de la candidez que supondría el confiar la defensa jurídica de la sociedad en una especie de coordinación afortunada del interés de las partes con el del todo. Como historiador y sociólogo se da cuenta de que ese equilibrio pertenece a una discutible esfera de la realidad. Ciertamente que confía en la acción de elementos psicológicos permanentes tendientes a preservar ese sentido moral del que hemos hablado; pero descansar sólo en él, descontando la presencia de una variedad de fuerzas propiamente sociales contrapuestas entre sí, no resultaría sino la invalidación de un entero y complejo sistema de defensa ante el poder público.

Así, desde su obra sobre las constituciones modernas, editada en Palermo en 1887, Mosca habrá de tener en mente la exigencia de que, para que cualquier sociedad humana ofrezca unidad y organización debe basarse por fuerza en sentimientos afectuosos, creencias religiosas y principios morales compartidos por la mayoría; de ahí la necesidad de que esas fuerzas que mayor o menormente hacen sentir una influencia consciente en un nivel de efectividad que trasciende lo jurídico, deban quedar encuadradas a manera de que ejerzan su real importancia dentro del ordenamiento político.[38] Ese tema de la difusión de las fuerzas sociales, por lo demás consideradas abstracta e incluso contradictoriamente en la labor mosqueana que nos ocupa, conducirá más tarde al Mosca de los *Elementos* a afrontar la problemática de su estructuración política en el círculo de la Teoría del Estado.

Si desde el punto de vista administrativo, dice enton-

38 Mosca, Gaetano, "Le Costituzioni Moderne" (1887), en *Ció che. . . Op. Cit.*, p. 449 y ss.

ces Mosca, el Estado aparece como un ente distinto que, al representar los intereses de la colectividad, puede entrar en conflicto con los particulares, lo inconcuso es que políticamente éste puede ser definido como "la organización de todas las fuerzas sociales que tienen valor político", esto es, como la integración jurídica u oficial de todos aquellos elementos aptos para desempeñar una función política. Aglutinante de esos elementos "valiosamente políticos" encubiertos en la dispersión de las fuerzas sociales, el Estado no podrá hallarse para Mosca en antagonismo con la propia sociedad de la que parte. De esta manera, cuando hablamos de la "acción del Estado" como contrapuesta a la de la "iniciativa privada" no hacemos en verdad sino un parangón entre la obra realizada por la burocracia y aquella que pueden realizar "otros elementos directivos de la sociedad" cuya actividad podría asumir eventualmente un carácter oficial. Rompiendo el esquema formalista del Derecho Constitucional, abriendo el campo para la teoría de los grupos de presión, Mosca afirma aquí que la noción de Estado cubre un radio mayor al de la mera administración y en varias ocasiones aparece centrado en la acción de ciertos sectores que "ciertamente forman parte de las fuerzas directoras de la sociedad y por tanto son verdaderas fuerzas políticas, pero no figuran en el cuadro de la administración pública".[39]

Sin embargo, el bosquejo formulado por Mosca en lo concerniente al carácter y el influjo de las diversas fuerzas sociales sobre el aparato político deja en varios aspectos mucho que desear en cuanto a congruencia. Así, si bien reclama un sentido moral disciplinado en cuya constitución juega un gran papel el aspecto moral-religioso de la sociedad y correlativamente el de los grupos dirigentes, el liberalismo mosqueano exigirá la separación entre el poder secular y el eclesiástico como requisito previo para la libre acción de las fuerzas propiamente

39 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. Cit.*, pp. 211 a 213

políticas. Disculpado ello en amplia medida por el continuo alegato de Mosca en torno a la idea de que una verdadera "unidad social" reclama el relegamiento de cualquier factor potencial o actual de disensión y conflicto, resulta no obstante patente el hecho de que la exclusión de ese elemento social prepotente en la historia italiana representa una omisión más que discutible. Igualmente, el señalamiento de la organización militar como una fuerza social concentrada marca una falla fundamental: implica la inadvertencia por parte del autor acerca de la circunstancia de que esa concentración y esa organización no pueden derivar sino del interés de la clase política oficial por mantener su hegemonía sobre el resto de las fuerzas sociales.

Es precisamente del análisis del mecanismo militar de dónde partirá el tratamiento de las dos fuerzas sociales que, aunque enunciadas en abstracto, se perfilan como los ejes, casi como los polos dialécticos, de la teoría mosqueana del equilibrio social. Criticando en principio la situación de la organización militar en la cual la instrucción como criterio selectivo resulta opacada por el dinero, el enfoque elitista pergeñado desde la *Teórica* contemplará receloso la serie de privilegios desprendidos de la riqueza pecuniaria. Mas el transfondo intelectual y vital de la obra de Mosca le induce a una mediación entre ambos elementos antitéticos o supuestamente antitéticos; el temor a la invasión de los gérmenes caóticos engendrados por la sociedad moderna la reclama como condición de funcionalidad. No obstante, el realismo y las decepciones personales de Mosca le inclinarán más tarde, ante el reconocimiento de "la preponderancia absoluta que da la riqueza entre todas las fuerzas sociales",[40] a propugnar por una organización más firme y congruente de esas "nuevas fuerzas sociales" que "responden enteramente a la conciencia del porvenir", vinculadas al trabajo tanto intelectual como físico.

40 Mosca, Gaetano, "Le Costituzioni. . .", *Op. Cit.*, p. 548.

Contemplando la desigualdad económica como consecuencia de la desigualdad política de siglos pasados y de las doctrinas romanas alrededor del derecho de propiedad absoluta aún imperantes en el derecho privado, el nuevo giro del pensamiento de Mosca se dirige a exaltar aquella fuerza social que, engrendrada en las sociedades humanas con alto grado de civilización, queda representada en "la clase que posee la cultura superior". Al invocar los títulos de primacía de esa *intelligentsia* tan distante de los sectores plutocráticos como de la masa del pueblo, el matiz ideológico, valorativo o clasista de los escritos de Mosca resurge en una nueva dimensión. Antecediendo, sin olvidar precedentes, toda la gama contemporánea de las teorías tecnocráticas, la pretensión de Mosca se fundamenta precisamente en la indispensabilidad moral y económica de esta clase que "escasa en número y en fuerza material, se impone con la inmensa superioridad de su saber, que no posee ni los capitales ni los brazos para crear la riqueza, pero representa la razón y la ciencia entre los intereses y las pasiones de aquellos que la producen y sin la cual sería imposible el funcionamiento de todo el complicado organismo económico y social de la civilización actual".[41]

Sin integrar una formulación teórico-sistemática abierta, el pronunciamiento de Mosca contra los núcleos capitalistas de la sociedad europea se dibuja en los *Elementos* asumiendo una actitud crítica cautelosa y en muchas ocasiones ambigua, expresado en párrafos sueltos de la obra. Así, cuando percibe "la influencia anti-jurídica que ejercen sobre los poderes públicos los directores de Bancos y de grandes compañías por acciones", el autor está lejano de un llamamiento a la "absoluta burocratización" de la Rusia bolchevique. De igual manera al enunciar la necesidad de que la riqueza sea objeto de una distribución social inteligente no habrá en Mosca un criterio preciso de distribución o de intervención es-

41 Mosca, Gaetano. *Ibid.*, p. 454

tatal más allá de la discreción y el buen tino de quienes gobiernan. Por último, reconociendo en el poder judicial un elemento sostenedor de la clase política, Mosca postula lo negativo de la ingerencia de "elementos sociales extraños a la Magistratura", como en el caso de los jurados populares. Todo ello no vierte en última instancia sino el imperativo mosqueano de que la dirección social aparezca confiada a esa "clase especial" de invididuos "intelectual y moralmente preparados", dotados de un "sentido de cuerpo" manifestado por fin en "un sentimiento, diremos casi aristocrático".

Las consideraciones precedentes nos conducen a ensamblar la segunda gran fuerza social que Mosca encuentra en las "aspiraciones, sentimientos que se desenvuelven en las grandes masas populares" dentro del cuadro clasista general del sistema. Noción abstracta y equívoca, ésta habrá de introducir en ese contexto un elemento sociológico-oportunista al correlacionar la integración de la clase política con la conformación dada del pueblo donde aquélla ejerce su poder. Sin especificar, como hace notar Meisel con acierto, si esas fuerzas populares asumen el contorno preciso de corporaciones, partidos, asociaciones económicas o iglesias, la caracterización general del pueblo brinda un extenso margen al subjetivismo de Mosca. Descontando el principio democrático según el cual el pueblo es naturalmente bueno y virtuoso a pesar de que la clase política sea viciosa y corrupta, el autor asentará aquí que si bien es verdadera una relación estrecha entre "las cualidades morales e intelectuales" del jefe supremo del Estado y sus colaboradores con la entera clase política, no debe desestimarse que esa relación es más profunda entre la entera clase política "y la gran masa de los gobernados".[42] De ello puede deducirse que la habilidad técnica para lograr el éxito político y mantener el dominio deba adecuarse a las peculiaridades culturales variables del mismo pueblo.

42 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. Cit.*, T. II, Cap. V, pp. 152 y 153

Conocida esa noción desde el esbozo de la "fórmula política", a ella se debe la calificación de realista, incluso de maquiavélica, que rodea la obra de Mosca. No se antoja que sea otro el motivo para que James Burnham consigne entonces que el sistema mosqueano pertenece a aquella tradición al mantenerse las más de las veces ajeno a toda consideración de valor, reflejando simplemente "la manera como son las cosas".[43] Consecuentemente, prosigue esa línea de ideas sobre Mosca, y en razón de que la estructura dividida de la sociedad moderna es permanente, los únicos juicios que para nuestro autor resultan válidos son aquéllos que hacen referencia a las características concretas de una élite y un pueblo, omitiendo preferencias *a priori.* Sabemos de antemano el error radical de esa tesis. El profesor Bobbio puede fácilmente explicarlo cuando indica que, a diferencia de Pareto, no hay en Mosca la adopción de una postura de indiferencia ética frente al problema de las formas de organización política propio de un positivista.[44] El relieve mismo que Mosca otorga a la fuerza intelectual sobre todas las demás basta y sobra para evidenciarlo.

Con todo, la misma percepción de la relación existente entre la clase política y el pueblo justifica en Mosca el desechamiento del término "élite" como categoría política útil. En su intento, nunca logrado, de objetividad y apartamiento del juicio de valor, Mosca rehusa el empleo de esa noción en la que claramente va implicada la alusión al carácter óptimo de la clase dominante. Por acarrear consigo una larga cadena de menciones metafísicas que parten de Platón, el principio del gobierno de "los mejores" carece de un sentido absoluto al entrar en relación con ideales de justicia variables y jamás compartidos por una totalidad ciudadana. Así, la determinación

43 Burnham, James. *The Machiavellians. Defenders of Freedom.* (1943), Henry Regnery Company, A Gateway Edition, Chicago, 1963, p. 105.

44 Bobbio, Norberto. Introducción a "La classe politica", en *Saggi Sulla Scienza Politica in Italia,* Editori Laterza, Sociologia e Politica, Bari, 1969, p. XII y ss.

de quiénes son los mejores resulta una tarea sujeta a criterios valorativos fluctuantes en la que iguales títulos de predominio podrían invocar los sabios platónicos o los individuos altruistas o moderados. Incluso el mismo criterio de servicio, entendido como una función de utilidad colectiva, reclama tal conjugación de cualidades extraordinarias que precisa de un juicio comparativo con la acción de un Dios omnisciente y omnipotente. De tal manera, relegando la viabilidad de la imposición de su "intelectocracia" a estadios casi utópicos de la civilización, Mosca vuelve a poner los pies en el suelo de la realidad aunque sin renunciar a su pretensión ideológica latente.

En un postrer recurso a la ética-política, sólo queda a Mosca trazar la distinción entre el "hombre de Estado", aquél cuya amplitud de cogniciones y profundidad de visión le lleva a una conciencia clara de las necesidades de la sociedad en que vive, como Cavour o Bismarck, y el "hombre de Gobierno", dotado en un sentido casi maquiavélico de la intuición y del conocimiento imprescindibles para alcanzar los puestos más altos de la jerarquía política y mantenerse en ellos. Si bien lograr conjugar ambos tipos de hombre es "una verdadera fortuna para los pueblos", el realismo nos obliga a reconocer que en la práctica política un índice satisfactorio de idoneidad reside en encontrar "hombres de gobierno cuyo intelecto y cuya moralidad no se halle por debajo de la media de la clase dirigente". Con ello torna a insistir entre la correlación entre una opinión pública madura y la calidad espiritual de la "entera clase gobernante" como presupuesto para producir hombres políticos con sentido de la mesura y el límite morales. Girando entonces hacia el democratismo podrá concluir con el mandamiento según el cual "los hombres de gobierno deben, *más o menos,* conformar su acción al parecer de aquellos que representan *lo mejor* que la inteligencia política de un pueblo sabe y puede producir".[45]

45 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. Cit.,* II, Cap. V, pp. 175 a 181

ensamblado en los ángulos más prácticos e inmediatos

Bajo esa actitud cautamente democrática logra Mosca decir que la "defensa jurídica" simboliza un "consenso popular" que, al poner de manifiesto la superioridad de la sociedad sobre el individuo, nos conduce a integrar un "gobierno honesto", verdaderamente liberal. Haciendo de lado la reflexión clásica sobre el "gobierno de la ley" e indicando en consecuencia que la mera estructura formal de las disposiciones constitucionales y jurídicas en general no constituye garantía suficiente de defensa social, la dinámica del conjunto mosqueano requiere que esa defensa se sustente en la acción combinada y antagónica de esas múltiples tendencias limitantes entre sí. Admitiendo así el valor de aquellas fuerzas que, sin medios para imponerse en una elección popular son capaces de engendrar acciones políticas eficaces, Mosca llega incluso a reconocer como la verdadera garantía moral del gobierno representativo la discusión pública realizada en el marco de una libre competencia política. Al propender espontáneamente a la mutua contención, independientemente de cualquier enclaustramiento en "fórmulas", ese sentido moral obtenido del equilibrio momentáneo de todas las "fuerzas sociales", del entreveramiento de todas las pretensiones e intereses surgidos en un dado estadio del desenvolvimiento cultural, actúa como efectivo garante de una estabilidad relativa de la sociedad.

Por ello es que el absoluto predominio de una única fuerza social no puede sino traducirse en la inclinación egoísta de la clase política y en la emergencia del despotismo. De ahí la impugnación ferviente de Mosca a cualquier "organización simplista" del aparato de gobierno con fundamento en "la aplicación severamente lógica de un solo principio inspirador de todo el derecho político". Siguiendo los lineamientos de ese rechazo a toda pretensión de soberanía absoluta invocada sea en nombre del Derecho Divino como del Pueblo o del Estado, Mosca impone la "desacralización" de las "fórmulas políticas" y con ello su privación de elementos espirituales

coercitivos. Así, el requisito previo para lograr la igualdad potencial de aquellas múltiples fuerzas que pretenden el poder y para la consecución de una adecuada defensa jurídica será para Mosca la separación ya vista entre potestad laica y eclesiástica. Bajo tal criterio específicamente moderno de legitimidad habrá de diluírse el absolutismo metafísico de las viejas fórmulas de dominio e introducirse un relativismo social acorde al desarrollo de la civilización. La advertencia de Mosca es entonces clara: "es menester que el principio en nombre del cual se ejerce la autoridad temporal no tenga nada de sacro y de inmutable".[46]

Todo lo anterior nos conduce por último al dramático problema mosqueano de la libertad. Sin referir el concepto a la tradicional categoría de las "garantías individuales", vinculándolo sí al de "defensa jurídica" porque ésta es el producto del conflicto y la diferencia y no de la unidad y de la armonía, esa imagen dialéctica de Mosca encamina en primer término a contradecir los contenidos quiméricos del iusnaturalismo; aquí, el sentido definitivo otorgado por nuestro autor será el de que "la libertad política no es una cosa natural. Lo que es natural es la violencia, la opresión y la arbitrariedad. La libertad no puede ser sino la conquista de una civilización refinada. Para concebirla, se precisa ser guiado por un ideal moral cuya formación es lenta".[47] En segundo lugar, y puesto que la plena imposición de una fuerza social determina invariablemente la absorción o la supresión de las demás, Mosca habrá de aumentar más y más su desconfianza por la demagogia y el utopismo políticos empeñados en el "triunfo absoluto" de una clase o un partido alegantes de una supuesta representación íntegra de la sociedad. Pero ese enunciado aún abstracto sólo podrá adquirir una significación más concreta al quedar

46 Mosca, Gaetano. *Idem.*, I, pp. 176 a 182

47 Mosca, Gaetano. "Pensieri Postumi", publicados en 1945 e incluidos en *Ció che. . . Op. Cit.*, p. 729

de la obra de Mosca que forman la materia del último apartado.

6. *La crítica del sistema representativo*

Antes de adentrarnos al análisis de la postrera y conclusiva fase del pensamiento de Mosca, conviene dilucidar la manera cómo sus esquemas liberales quedan encuadrados dentro de los matices peculiares que esa línea de ideas asumiese en el más renombrado sector de la inteligencia italiana. Cuando a principios del siglo Gentile y Croce deslindaron el liberalismo en su presentación filosófica, abstracta y permisiva, de sus formas económica y política, esto es, de sus expresiones capitalista y democrática, no cabe dudar que esa separación había sido ya precedida por la obra más desconocida y menos deslumbrante de Mosca. Enfatizando sus tonos práctico-políticos, el liberalismo mosqueano confluirá, aislado tanto de la metodología filosófica como del razonamiento naturalista y matemático de Pareto, en una corriente general que desemboca en el fascismo. Partícipes en un mismo afán defensivo, todos actores impotentes en el drama que sólo aciertan a atribuir al aplastamiento de la clase media italiana mediante la presión proletaria desde abajo y del poder del dinero desde arriba, los pensadores mencionados habrán de enderezar su denuncia a los mitos democráticos y sus consecuencias plutocráticas y demagógicas en un curso irregular e imprevisto.

Respecto de Mosca, su postura política podría sintetizarse en la actitud asumida frente a las "tres mágicas palabras" del liberalismo decimonónico, Libertad, Igualdad y Fraternidad. Considerando realizable la primera en las condiciones expuestas sobre el concurso pluralista de fuerzas sociales eventualmente reducido por el establecimiento de su intelectocracia, la última aparece ante él como la abstracción "más vacua y privada de sentido", como una suerte de cosmopolitismo intangible que rechaza al patriotismo como el "principal factor de cohesión moral e intelectual". No obstante, esa final observación

no envuelve una adhesión hacia el chauvinismo de su época; ante éste, Mosca rehuye las denotaciones frecuentes de un patriotismo convertido en fuente de desconfianza y odio, explotado por los ambiciosos aunque expresado por los idealistas.[48] Pero corresponde al concepto intermedio el atraer con mayor viveza la atención y la invectiva de Mosca.

Al calificar el logro de la igualdad como "mucho más difícil , porque (ésta es) del todo contraria a la naturaleza de las cosas", nuestro autor recurre nuevamente a la explicación elitista sobre los factores de diferenciación social provenientes tanto de la herencia o el patrimonio como de la capacidad intelectual, de la educación y de la cultura. Ello determina que, a partir de la *Teórica,* la denominada "cuestión social" aparezca críticamente apreciada como un mero intento por hacer desaparecer la desigualdad económica a través de reparticiones que a no dudarlo darán margen a una serie de "nuevas reparticiones" sucediéndose continuamente en breves lapsos de tiempo. "La verdad, insiste entonces Mosca, es que la igualdad de las fortunas no puede ser establecida en el mundo como no puede serlo la igualdad política. Ambas chocan contra el mismo escollo: la desigualdad natural de los hombres".[49]

En cierta contraposición no bien clarificada, puede no obstante percibirse ahí, y años más tarde en los *Elementos,* una inclinación más o menos marcada hacia la aceptación del intervencionismo de Estado en el plano económico y el rechazo del liberalismo en esa esfera. Al considerar inadmisible la tesis según la cual el Estado "dentro del campo económico deba renegar de la misión de ser el tutor y guarecedor de los débiles, la cual constituye la más bella de sus atribuciones y casi su razón de ser", Mosca se muestra dispuesto a aceptar el concepto de que, a partir de "arriba", deba procurarse el bienestar

48 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. Cit.*, II, Conclusión, pp. 200 a 223

49 Mosca, Gaetano. "Teorica del. . .", pp. 310 a 314

material de las plebes como condición de equilibrio social. Sin embargo, esa intervención política en la distribución de la riqueza habrá de efectuarse como una "obra calmada, ordenada, pero activa y enérgica".[50] Después vendrá no obstante una reconsideración sobre el intervencionismo de Estado en la que el positivismo de Mosca insta a abandonar la ingerencia de cualquier elemento sobrenatural en la propia definición del Estado, buscando sólo apegarse al "significado práctico y positivo de esta palabra".

Así, ante quienes invocan esa intervención como panacea contra los daños de la concurrencia económica y los excesos del individualismo, el autor aclara que esa invocación parte de la idea del Estado como una entidad abstracta, "el cual, órgano del derecho y del progreso moral, deberá aliviar a los humildes y debilitar a los soberbios; y, puro de todas las preocupaciones vulgares de los intereses personales, habrá de suprimir todas las iniquidades, proveer a todas las necesidades materiales y morales, encaminar a la humanidad sobre los floridos sentimientos de la justicia, de la paz, de la armonía universal".[51] Sostener ingenuamente esa idea equivale a ignorar el simple dato de que siendo el Estado "la organización de una gran parte de los elementos dominadores de una sociedad", al clamar por su "acción" deberemos entender aquel tipo de actividad realizable por personas concretas, llámense ministros, diputados o empleados, "todos bravísima gente que, en cuanto puede ser mejorada y refrenada por el sentimiento de la responsabilidad, de la disciplina y del espíritu de cuerpo, posee todas las facultades y todas las debilidades humanas". Substituyendo la abstracción del Estado, el realismo mosqueano delineará así la trama de las pasiones concretas del orgullo, de la amargura, de la codicia y de la vanidad propios del ser humano, externadas en sim-

50 Mosca, Gaetano. *Ibid.*, pp. 316 a 319

51 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. Cit.*, p. 216

patías y aversiones, en amistades y aspiraciones de elevación en la escala política.[52]

Con todo, el juicio de Mosca ante el intervencionismo de Estado no resulta nítido. Concebido en abstracto, el organismo del Estado en sí no puede renunciar a la tutela de los débiles; juzgado en relieves más prácticos, debe a la vez limitarse "en cuanto sea posible" en su intervención en la producción de la riqueza. Carente de un asidero teórico más congruente en cuanto a su perfil proteccionista, dudoso Mosca de otorgarle beligerancia más allá de su temor al absolutismo y al socialismo, el Estado propugnado por nuestro autor no trasciende los aspectos utópicos de la intelectocracia y de la sociocracia como formas de organización política compatibles entre sí. Sin embargo, en sus ángulos negativos, todo ello entraña una crítica radical al sistema parlamentario de sus días entendidocomo solución desviada e incluso contraria al ideal liberal que le forjase.

Si bien el principio liberal en la organización política presupone el hecho de que la ley se base sobre el consenso de las mayorías y de que existe una garantía de circulación entre los elementos dominantes a través de una temporalidad en el ejercicio del poder, supuestamente sustentada sobre el sistema electivo, lo cierto para Mosca es que este último no excluye que factualmente aparezcan grupos más o menos pequeños compitiendo entre sí y disputándose el favor de las masas mediante la adulación y la promesa. En realidad, afirma Mosca, la tendencia democrática sólo aflora tras una infiltración de elementos procedentes de estratos bajos dentro del mecanismo del poder, prevalenciendo con toda su fuerza durante tiempos de agitación. Sin embargo, una vez asentada la primacía de aquéllos, al darse un factor de legitimación, la estructura política reasume el carácter oligárquico propio de todo el devenir humano.

52 Mosca, Gaetano. *Idem.* Se remite también a: "Inchiesta sul Socialismo" (1902), en *Ció che. . . Op. Cit.*, p. 650

Con el resurgimiento de la imposición de la minoría organizada sobre una mayoría gradualmente despojada del poder, esa tendencia invariable sostenida por Mosca se endereza a desarmar en el terreno de los hechos las tradiciones de la filosofía política democrática y todas aquellas teorías "muy en boga, las cuales, según nosotros, devienen más o menos desacreditadas por las leyes que hemos recordado". Así, entre otro, se invalida el viejo concepto de que "el gobierno libre, igualitario, legítimo, sea exclusivamente aquel basado en la voluntad de la mayoría, la cual con sus sufragios transmite por un tiempo dado sus poderes a los mismos mandatarios". Un somero análisis del mandato político permite ilustrar que, a diferencia del mandato civil en el que el mandante posee mucha más libertad electiva, en el primero el aspecto volitivo aparece reducido a lo irrisorio a la luz de los mecanismos usuales de elección política. De ahí la aserción de Mosca en el sentido de que "cuando se dice que los electores *eligen* su diputado se utiliza una locución muy impropia y, si esta frase pareciese en algún caso demasiado rígida y severa, podremos atemperarla diciendo que son sus amigos quienes *lo hacen* elegir".[53]

Puesto que el proceso electoral evidencia, como cualquier otro proceso político, el hecho de que los individuos que poseen la voluntad "y sobre todo los medios morales, intelectuales y materiales para imponerse sobre los otros (logran sobresalir) sobre estos otros y los mandan", aparece claro que el derecho de opción entre diversos candidatos propuestos sea limitadísimo entre los electores. Además, provoca entre los personajes propuestos por la minoría organizada un afán por halagar y atraer sobre sí la simpatía de las masas exaltando sus pasiones y dando con ello margen a una tiranía peor porque reviste el carácter del anonimato y de la irresponsabilidad.

Basada en el punto precedente, aunque rebasando sus límites, la crítica de Mosca se centra con igual agudeza

53 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. Cit.*, Cap. VI, pp. 203 a 206

en torno a los mecanismos parlamentarios propiamente dichos. Iniciada en la "Teórica", la condena del sistema de diputaciones parte entonces de la percepción de la constante "manipulación de las personas colegiadas" por fuerzas extrañas a cualquier representación social. De esa manera los elementos electores anónimos presionan a la formación de una "tendencia general hacia la creación de una nube de camarillas y pandillas ilegales pero potentísimas, una fuerza oculta pero letal, que quita el vigor de todos los poderes públicos y conduce más bien a la descomposición de la unidad y la compatibilidad del Estado". Ante quienes en el Medioevo pudieron afirmar haber visto señorear la violencia como medio de imposición política, "quien vive en nuestros tiempos, indica Mosca, bien puede afirmar haber visto (imperar) el complot, la astucia, el fraude".[54]

Pero la solución propuesta ahora por Mosca para la desaparición de ese "gobierno incierto, fluctuante, vicioso, en el que vivimos", de esa "élite de mediocres" en cuanto a carácter e intelecto, como antinómicamente la califica Meisel, no hace sino alejarlo más y más de las condiciones pluralistas expuestas en el apartado precedente. Si entonces advertimos que la única fórmula viable de control del poder político no podría sino derivar de una bullente contraposición de fuerzas sociales en equilibrios relativos, la conclusión casi obligada de esa premisa sería la concurrencia cada vez mayor y más intensa de esos influjos en el proceso electoral. Con mucho, la habilidosa selección de fuerzas sociales presentada ya por Mosca como premisa menor es sufiente para invalidarnos esa conclusión. Empero, la labor de complemento a la expulsión del pluralismo hace acto de presencia desde el primer esbozo teorizador de Mosca en el que se aboga, marcadamente, más por el fortalecimiento del poder real del Senado que por la ampliación del número de partidos políticos y la extensión de sufragio. Porque suponer

54 Mosca, Gaetano. "Teórica. . .", *Op. Cit.*, p. 285

una solución en la intervención de los últimos, implica tan sólo dar pábulo a las manipulaciones propias del sistema representativo. Además, equivale a ignorar el hecho fundamentalísimo de que "el número de las personas aptas para tener un parecer y una voluntad propia es siempre el mismo y no se acrecientan extendiendo el derecho al sufragio".[55]

Poco después, en su breve *En Torno al Parlamentarismo* de 1885, Mosca vuelve sobre el tema de la necesidad de cambiar los viejos criterios catedráticos y populares de la democracia cuantitativa. Basado en las concepciones de Scipio Sighele sobre las muchedumbres delincuentes, Mosca intentará demostrar cómo la reunión de individuos en parlamentos o asambleas multitudinarias arroja frutos "siempre menos inteligentes y menos morales que el promedio de cada persona que las constituye". Esa visión inorgánica de las muchedumbres las hace aparecer conclusivamente como los factores de descomposición de un régimen parlamentario "que en sí debe implicar estabilidad y jerarquía, independientemente del calor de la retórica".[56] De esta manera, admitiendo en principio el valor de las instituciones representativas, la crítica mosqueana camina hacia la consideración del sufragio universal como responsable del descenso del nivel cultural medio del representante. Excluyendo de antemano la noción del voto como un derecho natural o innato, éste pasa a ser concebido exclusivamente en función de la "capacidad política", de la capacidad de "comprender" y "sentir" los grandes problemas de interés nacional de quien lo ejerce.

Al margen de los simples planteos especulativos, la oposición general de Mosca al parlamentarismo numérico orienta sus pasos sobre veredas más prácticas. Si bien la premisa teórica de que la carencia de organización de-

55 Mosca, Gaetano. *Idem.*, pp. 287 a 297

56 Mosca, Gaetano. "Intorno al Parlamentarismo" (1885), en "*Ció che. . .*" *Op. Cit.*, p. 331 a 336

termina invariablemente el que la gran mayoría quede "obligada" a conferir sus votos a ciertos personajes previamente electos, la actitud de Mosca en 1898, exigiendo la reducción del número de diputados a un veinte por ciento de la cantidad fijada entonces, revela ya posturas más concretas que habrán de manifestarse en su militancia política. Estas podrán evidenciarse en su enfrentamiento directo, el 7 de Mayo de 1912, ante el burocratismo representativo de Giolitti y las tendencias sufragistas de un Salvemini que a su juicio menosprecia la necesidad de que la mayoría, para gobernar ágilmente, sea fuerte y compacta como aquellas minorías que gobiernan en la realidad.[57] Si, resistiéndose entonces a la idea de otorgar el voto a los analfabetos mayores de treinta años, Mosca terminará en 1919 por aceptar el principio de la representación proporcional, ello no significa una alteración en su juicio sobre el voto popular como un fatal error del que proviene la inestabilidad de cualquier régimen.

Tornando a los niveles teóricos, podemos afirmar que esa será su línea de pensamiento hasta los últimos días. Basta ojear sus postreras páginas para percatarnos de un Mosca que no cesará de repetir que "el mayor peligro que corren las instituciones liberales consiste en la concesión del sufragio a los estratos más incultos de la población".[58] Ese señalamiento de los graves errores que acarrea la aplicación exagerada de un principio en la organización política, y en particular del principio democrático en un régimen representativo que extiende el sufragio a las clases más pobres e ignorantes, llevará a Mosca a concluír, tras la observancia de los avatares y problemas de este régimen en Italia, que sobró razón a Treitschke cuando solía decir "que la lógica (ha) sido la peor enemiga de la democracia".[59]

57 Mosca, Gaetano. "Sulla Riforma Elettorale Politica" (1912), en *Ibidem.*, p. 353 y ss.

58 Mosca, Gaetano. *Storia delle. . ., Op. Cit.*, p. 12

Ante las consecuencias que pudieran deducirse de lo anterior, la crítica del parlamentarismo no constituirá para Mosca una estricta negativa del sistema político engendrado por el mundo liberal sino, por el contrario, un permante afán esbozado desde el inicio de su vida intelectual por corregir las falsedades demagógicas y oportunistas incrustadas en aquél. Con todo, la actitud de solución frente a los vicios derivados del parlamentarismo queda muy atrás en consistencia al ponerse en relación con los aspectos propiamente críticos enunciados arriba. Así, el Mosca más o menos formalista de 1887 invoca una "modificación del régimen parlamentario en régimen constitucional" que trasluce la exigencia de rodear de mayor atribuciones a un Jefe de Estado concebido de acuerdo a los moldes alemán y austríaco.[60] Cuando el Mosca de los *Elementos* repite su propuesta de retorno al sistema constitucional "del cual el gobierno parlamentario no es sino una transformación y, según algunos, una degeneración", resulta evidente que la defensa de las prerrogativas reales cede el paso a un reclamo por la independencia de aquellos poderes políticos aptos para contrarrestar el poder del Parlamento.

Esa advocación a una "descentralización amplia y orgánica" como el mejor factor de crítica al parlamentarismo, concretizada en la transferencia de las atribuciones de la burocracia central a la provincial y de las cámaras del Parlamento nacional a los cuerpos electores locales, parece desmentir en principio la afirmación mosqueana según la cual a pesar de la extensión de la capacidad política las decisiones continuarán perteneciendo al final a un reducido número de personas. Sin embargo, es bien poco lo que ese empeño de descentralización puede aportar a una teoría del ejercicio social del poder. En realidad, esa descentralización sólo busca "confiar gran parte de las funciones que ahora son ejercidas por la burocracia

59 Mosca, Gaetano. "Ció che la Storia potrebbe insegnare", p. 12

60 Mosca, Gaetano. "Le Constituzioni. . .", p. 484

y por los cuerpos electivos a aquella clase de personas que, por su cultura y prosperidad, poseen capacidad, independencia y prestigio social muy superior al de las masas". De esta manera, la debilitación del poder central favorecerá la integración de una clase acomodada idónea para el ejercicio del poder, similar a la *gentry* inglesa, en detrimento de una burocracia incompetente y una representación popular pervertida.[61]

Poco después, no obstante, la exigencia centralista de Mosca habrá de tornar al planteo sobre la substitución del gobierno parlamentario de tipo inglés y latino por ese gobierno constitucional de corte germánico en el cual la cabeza del Estado es al mismo tiempo el jefe efectivo del poder ejecutivo con capacidad para escoger y mantener al gran canciller y los ministros, independientemente de los votos de la Cámara. Enmarcado dentro de esas atribuciones legales, liberado del lastre de las maquinaciones parlamentarias, el ejecutivo podrá en una comparación feliz "desarrollar con oportunas normas higiénicas los músculos del cuerpo para adaptarlos a soportar la coraza impuesta y para aligerar o modificar la coraza donde ésta resulta insoportable".[62]

Conviene recordar aquí que pese a los diversos matices que asume a lo largo de los años la respuesta mosqueana frente a la crisis del parlamentarismo, ésta no abandona en términos generales la vieja línea directriz de la división del poder. Su interpretación práctica del constitucionalismo, su concepción ciertamente aristocrática del poder legislativo, pueden fácilmente anteponerse ante quienes han visto en Mosca al paladín de la supremacía del poder ejecutivo. Alrededor de la última corresponderá al Mosca de 1910 afirmar que "el Senado representa la competencia, el examen desapasionado de las cuestiones más graves, en otras palabras, representa la

61 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. Cit.*, Cap. X, p. 387 y ss

62 Mosca, Gaetano. "Di due possibili modificazioni del Sistema Parlamentare in Italia", en *Ció che. . . Op. Cit.*, pp. 339 a 350

razón; la Cámara electiva representa a su vez los intereses y las pasiones prevalecientes en un momento dado en la nación". Sin proponer en forma alguna la desaparición de la segunda, como jamás lo hizo, Mosca recurre al parangón según el cual, en tanto el Parlamento puede equiparse a la maquina de ferrocarril, el Senado se compara en su función al freno que controla aquélla, función elemental aunque el público común y corriente "creerá siempre que la parte más importante del tren (es) la locomotora que lo hace mover".[63]

Pero la nota definitiva que contradice la apreciación de Mosca como defensor de la preeminencia de un solo poder se dibuja en la aguda oposición formulada por aquél, en 1925, en torno a las elevadas prerrogativas solicitadas en iniciativa de ley por Mussolini como Jefe del gobierno italiano. Aplicando el esquema constitucional de los primeros escritos, la impugnación de Mosca habrá entonces de basarse en la falta de correspondencia entre las atribuciones concedidas al Jefe de Gobierno en relación con las del antiguo Canciller alemán y en consecuencia en el hecho de no darse una verdadera substitución del gobierno parlamentario por un gobierno constitucional. En este punto nos parece necesario advertir que, mantenido si en un nivel formal y teórico, el constitucionalismo mosqueano de los veintes se mueve ya dentro de un ámbito de realidad cualitativamente diferente de aquel decimonónico que propiciara su surgimiento. Ello nos sirve entonces para aclarar el por qué de los tonos más bien huecos interpuestos por Mosca ante las verdades de fuerza de la Italia mussoliniana.

Cercado por esas presiones de hecho, el Mosca jurídico y formalista cederá nuevamente paso a un Mosca preocupado por aclaraciones más profundas, sociológicas e incluso económicas. En Enero del año que nos ocupa, intentando ahondar en las raíces de la pérdida de presti-

63 Mosca, Gaetano. "La Riforma del Senatto" (1910), en *Partiti e. . . Op. Cit.*, p. 267

gio del parlamentarismo más allá de sus simples efectos superficiales, Mosca encontrará como causa de la crisis el golpe sufrido por las clases medias europeas durante la Primera gran guerra. Sin dejar de admitir que el gobierno representativo refleja una situación determinada por la exigencia de la sociedad europea por liberarse de las trabas del Antiguo Régimen, Mosca apunta que ese gobierno sólo cobra sentido y deviene imperativo político *cuando* y *donde* la clase media deviene numerosa y pujante. De esta manera, el parlamentarismo entra en colapso cuando a la hegemonía de los núcleos de cultura elevada se opone la aparición de una plebe miserable y hambrienta que demanda satisfacciones imposibles de cubrir por medio de los meros procedimientos deliberativos.

Desde 1923, en el último tomo de sus *Elementos*, Mosca había descrito como fórmulas de satisfacción frente a las crecientes demandas de las grandes masas europeas una tríada de soluciones cuya aplicación práctica constituía más un hecho que una postulación hipotética. Caracterizadas todas por la adopción de un "absolutismo burocrático" dirigido a aquella finalidad, encabeza la lista una dictadura del proletariado "posiblemente encubierta por una larva de soberanía popular". Sin volver a la crítica de la metafísica utópica del marxismo integrada años atrás por Mosca, esa lista aumenta con el señalamiento de un "socialismo sedicente atemperado" que, si bien podría resultar momentáneamente oportuno, ofrecería gravísimos inconvenientes de convertirse en una solución definitiva. Por último, más tangible y cercana en la vida de Mosca, la "solución sindicalista" despierta en su ánimo el temor hacia aquellos "sindicatos más incultos y más numerosos" imbuídos de una mentalidad más o menos marxista que engendra igualmente el deseo de apropiarse de la dirección del Estado.[64]

Sin presentar una alusión directa al fascismo italiano

64 Mosca, Gaetano. *Elementi. . . Op. Cit.*, Tomo II, pp. 233 a 240

de sus días, refiriéndose aún en abstracto a sus rasgos más definitivos, el examen mosqueano del sindicalismo no alcanza a establecer afinidades más estrechas y concretas con aquél. Apegado a esa preferencia teórica volverá más tarde a indicar que el sindicalismo no significa sino el retorno a un "feudalismo funcional", a una situación política en la que, así "como los más poderosos barones del medioevo trataban de par a par con el Rey, así los jefes de los sindicatos más fuertes, especialmente si están coaligados, tratarán de par a par con aquellos que dirigen los Estados".[65] Con un tono semejante, en su comunicado dirigido en 1925 al Consejo Nacional Liberal, Mosca advierte en la cuestión sindical un peligro para todos los países al envolver ésta la desaparición de la "antigua relación libre de contratación y satisfacción de necesidades" y su substitución por "una relación coactiva y necesaria entre todos los individuos de una sociedad y una clase organizada y organizable que detenta el monopolio de una determinada mercancía o un determinado servicio". Sostenida desde esa perspectiva liberal, incluyendo una asimilación discutible de todas las formas de intervencionismo, la crítica del sindicalismo refleja claramente la firme repulsión de Mosca ante todo sistema en el que el individuo queda supeditado a la coacción de un poder mayor que funge como "soberanía intermedia" entre aquél y el Estado.[66]

Bajo esa misma perspectiva, modificando sólo algunas líneas de la tríada de soluciones absolutistas trazada en el segundo tomo de los "Elementos", señalará luego Mosca a un nivel de discusión internacional que, bien planteadas, las disyuntivas ofrecidas desde el punto de vista radical de las grandes masas obreras europeas ante la crisis del régimen parlamentario son, en primer lugar, un "retorno puro y simple a los antiguos regímenes ab-

65 Mosca, Gaetano. "Stato Liberale e stato Sindicale" (1926), en *Partiti e. . . Op. Cit.*, p. 302 y ss.

66 Mosca, Gaetano. "Il problema Sindicale" (1925), en *Ibidem.*, pp. 318 a 321

solutistas", un absolutismo combinado con el Comunismo o con la extensión del socialismo de Estado y, por último, el Sindicalismo. Justificable solamente en la época del asentamiento nacional europeo, el primero resultaría para Mosca mucho más gravoso en nuestro tiempo por la multiplicación de los medios de dominio y por la amplitud de la actividad propia del Estado. De otra parte, la segunda solución tendría resultados peores porque los gobernantes estarían en disposición de acumular tanto el poder político como la dirección económica del Estado disponiendo en consecuencia de la suerte de toda persona. Sin embargo, "el peligro más real" emerge en la tercera disyuntiva planteada. Negador de las libres relaciones individuales, portador de una relación coactiva y monopolística de base clasista, la homogeneidad feudal del sindicalismo vuelve a evocar para Mosca el perfil más antitético a su concepción liberal.[67]

Pero el reconomiento abrumador de las modernas realidades políticas apenas ha de perturbar la simetría aristocrática del edificio mosqueano. Así, frente a la agresiva faz colectivista de la "democracia social", esa "enfermedad intelectual de nuestro siglo" gestada por el ambiente moral de rencor, ambición y voracidad de la democracia parlamentaria, antepone Mosca como primera y última solución el valor de una aristocracia política capaz de evitar la caída en una "excesiva materialización del concepto de felicidad humana y por tanto de justicia social". Como si el lapso de más de cuarenta años agobiados por el peso de la historia de Europa jamás hubiese transcurrido, el Mosca del período de entre guerras torna a invocar "esa pequeña aristocracia moral e intelectual que impide a la humanidad pudrirse en el fango de los egoís-

67 Mosca, Gaetano. "Cause e Rimedi della Crisi del Regime Parlamentare" (1928), en *Ibidem.*, pp. 90 a 110. De: *L'evolutión actuelle du regime représentatif. Cina* qéponses *á une enquéte de l'Unión Interparlamentaire*, por H. J. Laski; C. H. Borgeaude; F. Larnande; G. Mosca; M. J. Boun., Lausanne-Genéve, Payot, 1928, pp. 69-87.

mos y de los apetitos materiales", a exigir la circulación y el ascenso de esa especie de casta platónica que, privada hasta el momento del acceso a los puestos más eminentes de la jerarquía política, obra con mayor eficacia al plasmar la mentalidad y al orientar los sentimientos de sus contemporáneos.

Bosquejeada años atrás como respuesta ante la crisis del parlamentarismo, adecuada ahora como contrapunto del absolutismo burocrático-social, la solución más permanente y radical pergeñada por Mosca en defensa de su liberalismo será entonces "una verdadera y real renovación de la clase política". Si el autor la mantiene invariable es porque desde sus iniciales afanes de sistematización científica cifró en ella la consecución de los dos grandes fines que políticamente pueden considerarse como "la síntesis de toda la civilización moderna", esto es, "la formación de la clase dirigente sobre la base del mérito personal y de la capacidad técnica, y el recíproco control entre todos sus miembros; de tal manera que sea eludida, en cuanto es humanamente posible, la acción arbitraria e irresponsable de un solo individuo o de un grupo de individuos".[68]

A pesar de un relativo abandono del cientificismo saint-simoniano de la *Teórica*, es incuestionable que el Mosca de los años treintas jamás podrá captar el tono político de sus días. Complemento de su posición intelectocrática, sus viejas objeciones frente aun sacudimiento revolucionario del orden establecido, frente a toda violenta ruptura de los reductos del poder, nos suenan extrañas, anacrónicas diríamos. Sin que los sucesos logren empañar la imagen romántica del constitucionalismo liberal, se mantiene así la insistencia mosqueana de que "del estudio objetivo de la historia puede quizá recabarse la consecuencia de que los mejores regímenes o sea aquellos que han tenido mayor duración y que por largo tiempo han sabido evitar aquellas crisis violentas que de cuando en

68 Mosca, Gaetano. "Teórica del. . .", *Op. Cit.*, p. 327

cuando, como aviene a la caída del imperio romano, han empujado a la humanidad hacia la barbarie, son aquellos mixtos, donde no prevalece en forma absoluta ni el sistema autocrático ni el liberal y en los que la tendencia aristocrática viene atemperada por una renovación lenta pero continua de la clase dirigente".

Pertenecientes al último período en Roma, esos párrafos no dejan entrever sino ligerísimas resquebrajaduras en el molde teórico de la primera época. Al combinar nuevamente los principios liberal y aristocrático, el constitucionalismo de Mosca apenas si se conmueve con la prevención de que la permanencia de ese régimen mixto depende de un "complejo de circunstancias que la sabiduría de ningún legislador puede crear improvisadamente". Junto a ese breve señalamiento de la impotencia meramente legislativa, por lo demás tantas veces repetido, el presupuesto para la estabilidad de ese régimen ideal proseguirá fincado en la lenta difusión de la educación y de la experiencia política. Solamente esa condición permitirá que "las armas no queden exclusivamente en mano de una fracción de la sociedad, separada y distinta de todas las demás" y, lo que será más importante, que "la cultura y la preparación técnica constituyan los requisitos que abran el acceso a la clase dirigente".[69]

Si esa gradual renovación de la clase dirigente fincada en la extensión de la educación y de la experiencia política parecen traernos a la mente la visión de un régimen político asentado en una "sociedad abierta", conviene recordar los signos nostálgicos del anti-democratismo que preside la obra de Mosca. Conviene entonces recordar su conclusión tajante, vertida en el punto medio de su vida intelectual, en la entrevista de 1904 con Mario Calderoni, acerca de que "el error fundamental de la democracia consiste en aspirar al gobierno efectivo del mayor número, cosa que considero no tanto indeseable cuanto francamente imposible. Tal error es análogo a aquel con-

69 Mosca, Gaetano. *Storia delle. . ., Op. Cit., p. 305*

trario de los absolutistas de creer que pueda darse un gobierno ejercido por uno solo".[70] Clave del entero pensamiento mosqueano, esa aserción invalida cualquier conjetura sobre un último abandono del aristocratismo y apunta, más que a un imperativo por hacer partícipes de la decisión política a todos los miembros de la sociedad, a una advertencia sobre la flexibilidad que los sectores superiores deberán adoptar para absorver nuevos elementos humanos idóneos para la función gubernamental. Así, una postura sintética nos hablaría más de selección que de difusión, más de la permanencia dinámica de los sectores dirigentes organizados que de la desintegración de éstos.

La última consideración que se impone será determinar la viabilidad del presupuesto anterior como fórmula mediadora, si así pudiéramos denominarlo, entre el parlamentarismo democrático y el autoritarismo invocado como protector de la colectividad. Enemigo de las pretensiones de "justicia absoluta" proclamadas tanto por la democracia rousseauniana como por la democracia social de su tiempo, el liberalismo de Mosca ha retenido el prototipo de un Estado único pero separado en sus decisiones públicas por una multiplicidad de fuerzas sociales contrastadas entre sí, sabiamente armonizadas por una aristocracia intelectual y moral. Sin embargo, Mosca está muy lejos de vislumbrar en sus días la aparición del germen alentador de esa ilusión política; es más, sus condiciones se desvanecen perdiendo toda posibilidad práctica. De ahí que su conciencia, inmersa en dos siglos antitéticos ya, tenga que optar entre las únicas vías que se dibujan como disyuntivas concretas si no quiere ver convertido el esfuerzo científico en mera especulación. Y de ahí que, temeroso ante el autocratismo que exige a la caída del sistema representativo el triunfo de una sola fuerza social que avasalla a las demás, Mosca prefiere

70 Calderoni, Mario. "Aristocrazie e Democrazie". . . *Op. Cit.*, pp. 332 a 335

vincularse al destino del régimen que él mismo considerase primer motivo crítico de su obra.

Abrumado por el peso de lo que Delle Piane denominase "la dramática contradicción del anti-parlamentarismo liberal", congruente no obstante con su vieja ideología constitucionalista, el Mosca que en 1925 enfrenta a un Senado desconcertado y agónico tiene frente a sí una triste alternativa moral y científica. Al amargo reconocimiento de asistir "a las exequias de una forma de gobierno", contrapone entonces el orgullo y la soledad de sentirse "el único en hacer el elogio fúnebre del régimen parlamentario".[71] Cuando Mosca se inclina hacia el sistema que impugnase rechazando las atrocidades que vislumbra en su substitutivo, su mirada al pasado ha terminado mostrándole el servicio prestado por la doctrina democrática a la defensa jurídica de la sociedad a través del régimen de libertades modernas y de la división funcional del poder. Admisión quizá tardía, pero necesaria en cuanto su aristocratismo, confiado en los mecanismos de la racionalidad humana a la manera del positivismo y universalismo decímonónicos, se mantuvo siempre distante de la solución autocrática. Mosca representa así, más que nada, el sacudimiento del optimismo de una tradición científica e historicista derrotada por los hechos. Derrotada, no aniquilada, capaz todavía de hacer soportable la tragedia de una vida intelectual con íntima certeza de haber arrojado más que un breve resplandor sobre las cosas de su mundo.

7. *Nota final*

No responde al propósito introductorio de estas notas el adentrarse en una evaluación pretendidamente definitiva sobre la obra general de Mosca. Sin embargo, la selección y la ordenación del material presente y el mismo desarro-

71 Mosca, Gaetano. "Prerogative del Capo del Governo" (1925), en *Ibidem.*, p. 282

llo temático del trabajo reclaman de una consideración última sobre aquellos ángulos del pensamiento mosqueano que ofrecen relieves de actualidad e incluso de universalidad. En lo particular, estimamos que una apreciación sobre cualquier teórico social no puede ni debe ser ajena a la determinación de hasta qué punto sus ideas quedan referidas a los marcos intelectuales de lo filosófico, lo ideológico y lo propiamente científico. Sin intentar delinear aquí criterios separativos sobre esas modalidades discursivas y, mucho menos, presuponer a éstas encasilladas en sitios incomunicados, creemos no obstante últil una especificación de us influjos irregulares en las combinaciones que singularmente adquieren en cada mentalidad.

Esa consideración nos lleva entonces a relacionar el sistema de Mosca con la primera gran perspectiva racionalista y totalizadora que emerge de la filosofía. Confrontado con la tradición política del pensamiento occidental moderno, es evidente que aquél, si bien se desliza en la superficie, va más allá del realismo maquiavélico que Burnham hace compartir a nuestro autor con Sorel, Pareto y Michels. Independientemente del contraste entre el profundo personalismo del florentino y el impersonalismo cientificista de los "maquiavélicos", de los tonos valorativos que rodean en el primero su culto al poder y del carácter descriptivo que éste asume como regla variable en los últimos, hay un rasgo de fondo que deja sobre todo distanciar a Mosca de Maquiavelo. Si resulta cierto que las realidades de fuerza, objeto por lo demás indiscutido de la reflexión política, no se eluden en ambos, es indudable no obstante que entre ellos median dos imágenes del mundo completamente diversas, si no antagónicas.

Así, frente al Maquiavelo antropológicamente pesimista, cercado por un universo tumultuoso y abigarrado de hechos históricos, tenemos al Mosca positivista al estilo del siglo pasado, partícipe de la fe en el hombre y en la ciencia que deriva de la visión dinámico-estática, com-

teana, de la historia. Ni que decir que hay tras el último una prevención constante a dejarse sorprender por el esquematismo y el optimismo, acentuado en los años de madurez; pero al lado de su respeto a lo tradicional, de su amor al conocimiento histórico y de su repudio a lo utópico habrá de mantenerse firme la confianza en la racionalidad humana. A la privación de ese contexto se debe la fácil interpretación del "maquiavelismo" de Mosca, puesto en indebido paralelismo con el de Pareto, como una búsqueda por "la correcta estrategia para la preservación del poder" en la que se concede amplio valor instrumental a "la tradición y las fuerzas no racionales de la vida social".[72] Visto ya el valor moral que aquella confianza otorgase a la medida y al límite en la vida política, quedan ahora por ver los rasgos que el racionalismo de Mosca imprime sobre su ciencia social en oposición a esa imagen maquiavélica.

En este punto, la antítesis entre Mosca y Pareto nos resulta de mayor utilidad, si entendemos al maquiavelismo en ese sentido contemporáneo tan alejado del propio Maquiavelo. Si ambos, Mosca y Pareto, han sido indiscriminadamente incluídos en una sola línea de ideas por su rechazo común a la mitología y la metafísica políticas, el parangón no tiene visos de licitud al traspasar esa coincidencia. Cuando Pareto formula la distinción entre "verdad experimental" y "utilidad social" es clara su tendencia a marcar el abismo entre lo racional, la ciencia, y lo irracional, la conducta del hombre en sociedad. Obediente a elementos psicológicos invariables, la conducta alógica se convierte en objeto distante, descriptible pero no modificable, de una ciencia que así podrá legitimar su relativismo e indiferentismo moral. Es aquí donde la "política científica" de Mosca, basada en "reformas racionales", contrasta en su propensión heroico-iluminista por unir verdad y utilidad, conocimiento y sociedad.

72 Ver entre la literatura reciente: Keller, Suzanne. *Beyond the Ruling Class.* A Random House Book, New York, 1963, p. 11

Pero no a la manera ingenua y simplista del viejo pensamiento ilustrado, porque Mosca es consciente del largo camino de prejuicio y violencia y dogmatismo que aguarda a su consumación.

Será la convicción universalista de que "actualmente la ciencia y su enseñanza no es monopolio de ninguna escuela o doctrina política o religiosa"[73] la que inclina el mismo racionalismo de Mosca a desechar la democracia moderna como una consecuencia incorrecta de la metafísica igualitaria que rodease a la matriz racionalista en los Siglos XVIII y XIX. Corresponde a Croce resumir esa postura cuando, en torno a los *Elementos*, opina que éste "es un libro de ciencia y de crítica y, como tal, ni verdaderamente anti-democrático ni aristocrático en sentido exclusivo".[74] Omitiendo las sutilezas tejidas por Croce sobre el rechazo mosqueano de lo democrático como "política" y su aceptación como "tendencia", su forzada explicación dialéctica sobre la aristocracia y la democracia como momentos negativo y positivo desenvueltos e implicados en la vida pública, la verdad es que el rigor científico de Mosca resiste, al menos a nivel formal, una impugnación seria sobre la parcialidad de su armazón crítica.

Pero si en referencia a sus premisas formales la obra de Mosca no pierde contacto con el sentido de la ciencia social, son varios los aspectos de la teoría de la clase política que no pueden substraerse a un examen extracientífico. Considerada el núcleo ideológico del pensamiento mosqueano, esa teoría nace no obstante del afán descriptivo que busca esclarecer las formas de organización, dirección y dominación de los grupos políticamente relevantes en la historia humana. Basta ésto para consi-

73 Mosca, Gaetano. "Il Programa dei Liberali in materia di Politica Ecclesiastica" (1897), en *Partiti e. . . Op. Cit.*, p. 83

74 Croce, Benedetto, Premessa a *Elementi. . . Op. Cit.*, p. XI, originalmente publicado en la *Critica*, XXI (1923), f. VI (Noviembre), pp. 374-78

derar a Mosca como uno de los precursores más importantes de una teoría sociológica del poder político centrada en los problemas de su integración y de su ejercicio en lo colectivo. Desde ese ángulo, sus tonalidades normativas, y en particular su invocación a los "hombres de pensamiento", serían irrelevantes si Mosca no hubiese actuado como el eslabón entre el viejo elitismo filosófico y las modernas concepciones tecnocráticas. En esta dirección, un análisis ideológico de los escritos de Mosca comprometería el de toda una corriente de ideas contemporáneas sin dejar de advertir, obviamente, las hondas discrepancias entre el intelectualismo e individualismo mosqueanos y la complejidad del tecnocratismo que en nuestros días se sustenta en un fundamento múltiple, administrativo, industrial y burocrático.

En un segundo lugar, más fácil al blanco, la calificación ideológica es indiscutible en conexión con la misión que Mosca impone a la Ciencia Política del futuro. Ciencia social aplicada, de síntesis, la de la Política atiende al objetivo positivista de conciliar la permanencia y el cambio históricos, de señalar la directriz para que los pueblos y las civilizaciones sean prácticamente "inmortales" al descubrir cómo "transformarse continuamente sin jamás disolverse". En virtud de ese "conocimiento exacto de las leyes que regulan la naturaleza social del hombre", la Ciencia Política podrá evitar las crisis duraderas y violentas que provocan la disolución de los organismos sociales aprovechando los intentos generosos y las buenas voluntades que alejados de sus pautas se desperdiciarían improductivamente. Elevada a ese pedestal, la ciencia idealizada de Mosca no elude los moldes ingenuamente sublimes de la ilustración positivista, cautamente conservadora y progresista, burguesa en la significación peyorativa de la palabra. Sin embargo, apartando las connotaciones deformativas en las que por fuerza queda inmerso el pensamiento individual, cabe preguntarse quién en el lugar de Mosca habría podido resistir la seducción de los vislumbres anticipados en la develación de un mundo

nuevo de formulaciones teóricas.

Pretender presentar la obra de Mosca depurada de los errores lógicos y epistemológicos, de los prejuicios racionalistas y de los extravíos empíricos, no es empresa que corresponda a quienes saben que el camino de la ciencia de lo humano está sembrado de obstáculos situacionales, personales e históricos, de predilecciones clasistas e intelectuales. Pero más que como un espectáculo de desviaciones especulativas e interesadas, la tarea emprendida por Mosca debe contemplarse como un empeño honesto por enmarcar el fenómeno decisivo del poder dentro del ámbito de una estructura social que elabora sus mecanismos propios de control y selección. En definitiva, sólo la articulación imparcial de ambos elementos, el deformativo y el constructivo, constituye condición previa para mostrar aquí el valor permanente, universal, contenido en el legado del maestro precursor de la Ciencia Política de nuestro tiempo.

III
El joven Gentile
y los prolegómenos del fascismo

1. El asunto

Remitirnos a Giovanni Gentile se antojaría lamentable incursión nostálgica de no ir por medio de cuestionamientos no del todo trasnochados. Apóstol Mussoliniano ayer, Santón hoy del neofascismo, su opacamiento ante Croce en la crítica gramsciana y su virtual omisión global en la literatura marxista son más que debatibles. Tras la pesada arquetípica fascista de los años maduros, las matrices juveniles de su pensamiento muestran los puntos comunes de partida en las quiebras de la trabazón liberal del capitalismo. Ello, claro, a condición de no olvidarse de la dialéctica de las ideas y la realidad. Juzgar a Gentile orfebre de los lineamientos espiritualistas y voluntaristas en los que cuajan la teoría y la pragma fascistas envuelve darle credencial taumatúrgica, hagiográfica, martirológica —léase lo de su *morte sanguinosa* en Pozzo.[1] Conceder a su "reacción moral" ante la crisis italiana un rango causal y explicatorio igual al de las demás "interpretaciones clásicas" del fascismo anteriores a 1945 —la de la lucha de clases entre otras— entraña a su vez perderse en

1 **Credencial extendida a lo largo del Número Doble Especial de la *Rivista di Studi Corporativi* (Anno V, n. 4-5, Luglio-Ottobre 1975) dedicado al Centenario del Nacimiento de Gentile.**

las pérfidas neutralidades del multicausalismo académico.[2] Ahora que, a la inversa, ubicar a Gentile en los Capítulos de la juglarezca del fascismo, verle como simple legitimante *a posteriori* del *diktat* del Duce o como el *philosopher-in-residence* (Tannenbaum) de una dictadura anhelante por adscribirse respetabilidad intelectual obstruye captar los desarrollos y matices que toma la filosofía burguesa de vuelcos de siglo y deja sin dilucidar hasta nuestros días.

Las escaramuzas de la juventud de Gentile sólo se explican a la óptica genérico-irracional del deslastramiento iluminista y los acomodamientos metropolitanos preparatorios a la Gran Guerra. Su "liberalismo" y su anti-marxismo se esclarecen al contextuárseles en el compás de expansión y exasperación capitalista abierto geográficamente de uno al otro lado nórdicos del Atlántico. Centrándonos, los bosquejos iniciales de Gentile han de referirse al ánimo de una burguesía italiana que vive los deslumbres e intrepideces del despegue industrial de la década de los noventas al trasluz traumático del expansionismo austriaco, del descalabro africano de Adua (1896) o los tropiezos del *anno terribile* (1898, año norteamericano feliz). Dialéctica pues de los atolladeros imperiales y los desafíos proletarios en la que se gestan los ángulos sinuosos de un discurso liberal que si con Croce corre más o menos paralelo al pragmatismo, con Gentile acude a lo intuitivo, lo mítico y lo voluntarista y los sostiene en la ortopedia filosófica prusiana. En ninguno la disyuntiva se reduce a percepciones personales de crisis y despejamientos. Al contrario, en ambos evidencia la coexistencia y alternalidad de los dispositivos de elasticización y rigidización de la práctica política burguesa. Múltiples cosas imponen mirarlos en complemento y tensión: los recursos a la fórmula del Hacer-Pensar de Vico —fórmula que Gentile emboveda en el Estado Etico-Canónico-Positivo

2 Ver, encabezador, el Capítulo 2 de Gregor, A. James, *Interpretations of Fascism*. General Learning Press, Morristown, New Jersey, 1974, esp. pp. 38 a 40.

y Croce diluye en la retórica permisiva de disímbolos reformismos–, el hilo rector del elitismo, el anti-socialismo, la empresa convergente del deshistoricizar a Vico, desrracionalizar a Kant, deseconomizar a Hegel, Chauvinizar la filosofía europea.

Correcto Gramsci cuando afirma que "un *Anti-Croce* debe ser también un *Anti-Gentile"*; debatible al añadir que "el actualismo gentileano dará, necesarios para un mayor relieve, los efectos de clarobscuro en el cuadro".[3] Y es que la primacía del análisis sobre Croce, indudable "Papa Laico" de la clase dominante italiana, relega a Gentile a simple *filósofo matizante*, apendicular a la *economicitá* croceana y sus conciliaciones entre "idealidad libre" y "determinismo factual". Los calificativos de aberrante o regresivo valen quizá en relación al Gentile hegelianamente repetitivo del ya bien entrado Siglo XX: allí sí la lucidez patricia del Croce en discreta incontaminación opaca en vuelo y estilo las miserias positivistas del espiritualismo gentileano. Lo erróneo sería extender el juicio al período articulador e integrador de las dos versiones post-liberales. Aquí Gentile resulta tan o más ilustrante que Croce de los nexos y entrecruzamientos del liberalismo, el revisionismo y el fascismo en la cultura política burguesa. Más joven que Croce, filosóficamente iniciado antes que él, su bosquejamiento doctoral de la historia intelectual italiana aloja las conexiones, las intrusiones y la continuidad dramática del reencuentro de la filosofía e Italia, vía Hegel. Designio el de Gentile que viabiliza culturalmente el tránsito del cosmopolitismo ilustrado al nacionalismo pedagógico y guerrero.

Lo que es más: es Gentile quien despeja los accesos al marxismo para un academismo aristocrático a la deriva en la derecha. Si, camaleónico, Croce se anuncia triunviro en la "Santísima Trinidad" de un marxismo que beatifi-

3 A. Gramsci. *Il Materialismo Storico e la Filosofia de Benedetto Croce* (copyright 1948), Quaderni del Carcere I., Giulio Einaudi Editore, 1966, p. 200

ca a su lado a Labriola y Sorel, ello en parte por el dilettantismo y grupusculismo legados por el revisionista Merlino una vez ida la "edad de oro" que representase en Italia la publicación por Turati de la *Crítica Sociale*. Circunstancia que no debe obscurecer cómo los propios pasos de Croce se mueven sobre terreno explorado por Gentile. Lo reconoce él al adjetivar de egregias la exposición y la crítica gentileanas de "la juvenil concepción metafísica" de Marx. Sucede que, mientras el "Marx joven" que Gentile "devela" sirve en Croce de pretexto para aventuras infiltrantes, en el alegado descubridor gira del desdén a la obsesión amputante de coágulos enfermizos en el desarrollo universal del pensamiento. Croce contemporiza: lo suyo será caballo de Troya en el campo enemigo; Gentile expurga: lo suyo presagia la irreconcialibilidad insalvable. Aquél busca aún espacios a lo liberal, éste lo tritura en la dialéctica organicista y corporativista que condena la indefensión intrínseca del pensamiento y la imaginación. Quédese el mundo burgués con los saltos y las andanzas de Croce. Delante y al final de cuentas estará siempre el callejón autoritario sin salida de Gentile.

2. *A la búsqueda de los espíritus tutelares*

Aproximémonos al joven Gentile que desde días de disertación doctoral orienta con Rosmini y Gioberti el sentido de futuras demoliciones racionalistas. Anticipar vapuleos a la "investigación puramente erudita" o a la "tentativa de especulación que no se funde en la historia" es por lo menos aventurado cuando la identidad entre filosofía e historia de la filosofía que reclama que nada sea extrínseco "a la vida general del espíritu" se encapsula en el formalismo y la teogonía nacionalista. El "primer núcleo" de su idealismo actual enfrenta así a Gentile de una parte con el "cartesianismo decadente" que dejase en Italia sólo "una especie de escolástica racionalística"; de la otra le lleva a la contienda antisensualista,

a la "lucha contra la concepción materialista" y a través de ella y rebasando su mecanicismo a la "afirmación de la libertad y substancialidad de la vida del espíritu". Corre por allí la impugnación a una Revolución Francesa que no da a Italia innovación alguna "en los órdenes ideales": procedente de Locke o Newton, no hay en ella sino "un cambio ideológico externo" en el que el reformismo radical se da al medio de "la crítica despreocupada y racionalista". Excelente que el espíritu cuente en su Odisea italiana con los "románticos y antisensualistas o idealistas" cuya *Delenda Carthago* se cifra en la Libertad —Pellico, Confalonieri o Manzoni. Singular empero que en el juego de recuperaciones nacionalistas, antecediéndole es cierto un Gerdil polemista de Locke o Condillac, sea en el encuentro con Kant donde "toma forma y resurge la filosofía italiana". Es que del Gallupi que capta la importancia de la "revolución Kantiana" habremos de pasar al Rosmini y al Gioberti filosofantes al tiempo "de la energía más vivaz de nuestra vida nacional".[4]

Ni siquiera ese curso nacionalista centra a Gentile en los condicionamientos reales y populares de la cultura italiana. Todo allí va preconcebido en la aserción de que "la filosofía es *forma*, no *contenido* mental; y si ella tiene también su contenido —como ciertamente lo tiene— éste es la hipóstasis trascendental de la forma, según un concepto de la forma o categoría Kantiana. . .".[5] Conceder tal contenido a la filosofía desentona con la denuncia paralela al acartonamiento y la esterilización del pensamiento italiano a resultas del racionalismo y el materialismo. El "progreso de la filosofía italiana a través del Rosminianismo" se dimensiona en un abstracto historicismo forjador de una filosofía que se explica a sí

4 G. Gentile. *Rosmini e Gioberti. Saggio Storico sulla Filosofia Italiana del Risorgimento* (1898), Terza edizione accresciuta, Firenze, Sansoni, 1958, pp. 4 a 8, 22 y 53 a 58.

5 Idem., p. XIV.

misma y se auto-confiere una misión articuladora-espiritual. Prefaciando al fascismo, la "superación italiana" de Kant sobreimpone en Gentile el irracionalismo metafísico sobre la teoría del conocimiento para acoplar dogmatismo y escepticismo, intelectualismo e intuicionismo o, más tarde, inmanencia y trascendencia, ciencia y religión. Al reconocer que el intelecto proporciona al dato sensible "una categoría sin la cual no se elevaría al grado de cognición" se pide inversamente que esa categoría se ajuste a la sensación, y no en forma *mecánica* (Spaventa). El *puente de paso* de ambas está entonces en la *unidad originaria del espíritu* que, proveniente de los opuestos, no se destruye en cuanto éstos "no son pura oposición sino síntesis necesaria". Estamos con Rosmini ante "la unidad activa originaria, de la cual deben producirse por desenvolvimiento intrínseco los términos opuestos del conocer, estrechados a su vez en una síntesis necesaria". Toca a esa unidad originaria conciliar, más allá de Kant, las sentencias empíricas e idealistas opuestas: ante un Kantismo viciado lo que Rosmini introduce ahora en la *intuición* es al elemento necesario y universal del conocimiento, al gran *a priori* subjetivo-objetivo que se finca como la condición de todo conocimiento. Revalidada la intuición como "parte integrante y esencial del organismo del conocimiento", ésta sirve para hacer pasar la Idea, "por sí absoluta y objetiva, en el espíritu que la intuye". "Acto misterioso de la mente —acto contradictorio" que se erige en Rosmini como el elemento universal necesario "para salvar al conocimiento de un subjetivismo escéptico".[6]

La segunda carta metafísica gentileana asoma con Gioberti. A pesar de que en éste no haya "una teoría completa del hecho cognoscitivo, como en Rosmini", van en él los enfrentamientos al empirismo inglés y al sensualismo francés o la clara idea de que "el enemigo a la mira" es el falso subjetivismo, "el falso antropometrismo indi-

6 Idem., pp. 170, 185-186, 191 a 196, 204 y 207

vidualista protagórico". Discrepancia: la del diverso valor que Gioberti confiere a la intuición al no bastarle para "salvar la objetividad, esto es, la universalidad y la necesidad de la ciencia". A la intuición debe preceder entonces su función determinante, la reflexión. Y esa misma reflexión psicológica que involucra una operación simple sobre la intuición ha de rebasarse en las operaciones más complejas, dobles, de la reflexión ontológica. Frente a la "reflexión eunuca" de Rosmini lo que salva para Gioberti la realidad del conocimiento es que la intuición termine en el Ser Real Absoluto. Siéndole necesaria una Idea fuera del sujeto humano, la reflexión ontológica "rehace la intuición circunscribiendo de ella el objeto con el dato sensible ofrecido por la palabra". Al influjo de Vico, la teoría giobertiana de la palabra introduce así el principio inteligible que vincula, sin dividirlos nunca, al sujeto y al objeto. El Ontologismo final verá a la mente humana co-creando su objeto en conjunción con la presencia del Ser. Vale concluir gentileanamente que "el subjetivismo (idealismo) rosminiano es vencido por el objetivismo (ontologismo) giobertino no en cuanto éste se le opone sino en cuanto lo desarrolla y le confiere su propio valor".[7] Místicamente, el Idealismo Actual apunta en la compactación del realismo del sujeto a la Rosmini y la ontología de la inteligibilidad a la Gioberti con sus juegos de trascendentalismo lingüístico y sus desplantes elitistas y nacionalistas.

Evidentemente, la magna reconstrucción de las líneas y tutelas del pensamiento italiano debe reforzarse acudiendo, años después y no muy aparte de Croce, al Vico solitario en la "atonía espiritual" de una cultura dieciochesca "impregnada de influjos extranjeros". Tiempos atribulados y tributarios, habrá que subrayar en ellos la "intensa italianidad" de Vico, la "íntima parentela itálica de la mente viqueana". Así y al entrar al primer período del anti-cartesianismo de Vico, neoplatonizante,

7 Idem., pp. 256 a 258, 262-263, 278-279 y 321.

importa destacar cómo "la ecuación entre conocer y hacer permanece punto firme" a lo largo de la tradición platónica italiana. Malo que la fórmula tan sea un lugar común que difícilmente permite establecer conexiones íntimas. Ahora que, de "capital importancia", el neoplatonismo aguijonea a Vico a profundizar en "el concepto agustiniano de la Gracia como mediación de la voluntad humana y la divina, y de allí emana la necesidad primera de la inmanencia de lo divino en la naturaleza y en la historia".[8] Tampoco se omiten en ese Vico las tensiones procedentes del dogmatismo de Spinoza o del escepticismo de Hume. Alegóricamente puede resumirse en torno a ellas que así "como en la filosofía kantiana confluyen la metafísica del racionalismo leibniziano y el escepticismo del empirismo inglés, así en la primera filosofía viqueana el principio kantiano de la síntesis constructiva del saber humano se presenta como el acuerdo de un escepticismo que tiene muchos puntos de contacto con el de David Hume, posterior treinta años, y una metafísica que tiene extrañas semejanzas con la de Leibniz, de la cual es históricamente independiente".[9]

Remontándose sobre las unilateralidades del empirismo inglés y del racionalismo francés y alemán se sigue en Vico una "fase crítico-empiricizante" en la cual su teoría del experimento va "a la par de Bacon y Galileo". Allí y al lado del reconocimiento de la realidad como "externa a la mente" podrá notarse una crítica global "del viejo apriorismo", los apuntes sobre la esterilidad de un método deductivo que "presupone la ciencia, no la constituye".[10] La doctrina viqueana de lo *cierto* se asocia aquí a la inducción y la percepción, incluyendo a ésta y al juicio y al raciocinio como las tres operaciones

8 G. Gentile. *Studi Vichiani* (1914), 3a. edizione riveduta e accresciuta a cura di Vito A. Bellezza, Firenze, Sansoni, 1968, pp. 29-30

9 Idem., p. 113

10 Idem., p. 116

de la mente. Ante el dogmatismo cartesiano a lo estoico, Vico esgrime entonces el probabilismo a la Carnéades. Y, relativamente poco atractivo, ese segundo peregrinar irá diluyéndose en la final "fase metafísica" en la que Vico diseña para Gentile "la nueva filosofía de la historia como filosofía de la mente".[11] Culminante, es la etapa en la cual captura Vico el concepto de "la espiritualidad y la libertad de lo real" al cual no es ajena la monadología leibniziana. Etapa pues "en la cual Vico se ha desembarazado del mecanicismo y se ha reafirmado en su intuición juvenil de inmanencia de Dios en lo real, y por ello en la mente humana". Positivación religiosista, cuenta luego Gentile con páginas y páginas para ingeniárselas en atollar al Vico reconquistador y restaurador del "proceso divino del hombre" en los rompecabezas del Providencialismo.

Aún así hay algo que desagrada al Gentile intérprete de "la conciencia de un pueblo", de sus italianos *in genere* que "quieren una filosofía de la inmanencia que concentre en la libertad del espíritu al infinito universo": achacable luego también a Hegel, se trata del incomodo del "no estar liberado del todo de la trascendencia y el dualismo".[12] Claro que, conciliador, dándose, lo que es más, su turno histórico, Gentile no emprende querella por eso. Los trazos son suficientes para arrojarle un Vico a su imagen y semejanza –lo mismo que pasa al Croce subrayante allá de la tensión moralista-utilitarista de Vico, confrontándole mejor al Maquiavelo o al Hobbes soslayados por Gentile. Ahora que la gentileanización de Vico no se limitará a meras inserciones declamatorias como la de que "la filosofía es una empresa no menos viril y ardua que la gesta guerrera". La *ley intrínseca* viqueana según la cual el hombre crea "el mundo que es suyo" y queda impedido para "penetrar en la constitución de un

11 Idem., p. 400

12 Idem., pp. 134-135

mundo derivante de un principio diverso" anuncia en Gentile "una grandiosa ampliación". Dígalo la tergiversación de lo científico al discurrir Gentile que "el método apriorístico de la ciencia falla en las cosas humanas, donde el variar de las ocasiones y la elección generan lo imprevisible". O la retracción en los dominios más plenos de la subjetividad cuando Gentile ve al Vico carneadeano y ubicado en "toda la tradición académica" compartir lo de lo socrático como "el ideal del filósofo".

De acuerdo a las proclividades voluntaristas, romanticistas y belicistas del irracionalismo en forja, las cosas se encausan en Gentile hacia la "profunda diferencia" encontrada por Vico entre naturaleza y realidad humana –"síntesis, creación, libertad y conocimiento de sí".[13] Entramos aquí al retrato del Mundo Civil hecho por los hombres, del arbitrio determinado (*asegurado* en Vico) no más que "por el sentido común de los hombres". Nietzcheano y Bergsoniano, el Vico gentileano "crítico de Descartes y Locke, enemigo de todo filosofar mecanizante y matematizante", hurgará entre la mitología y sus enigmas, reivindicará "la seriedad de la poesía", ahondará en "el secreto de la filosofía que concilia al hombre con Dios". Tal vez lo último diluya el contraste entre aquel mundo civil despojado de determinantes objetivos, des-naturalizado, y la dialéctica de la guerra y el derecho del primer Vico a la que Gentile se adhiere en delante. Y es que, encima de la distinción entre las *bella generis inferioris* –devastadoras y bárbaras a la Atila– y las *bella generis superioris* –civiles y edificadoras de civilidad a la Jenofonte–, consta allí la corroboración de la naturalidad y necesareidad del conflicto, la virtual Sorelianización de Vico. De aquí entonces que al hablar del *razionale* que asoma tras la guerra y sus males convertibles en bienes salte a la vista una *sapienza* "a la cual colabora el género humano" –*sapienza* extra y suprahumana ensam-

13 Idem., p. 417

blable quién sabe cómo en aquel buen sentido común guiador del arbitrio.[14]

La italomorfización gentileana de la filosofía podría retraerse incluso a la excepcionalidad de un Renacimiento donde el subjetivismo de Campanella adelanta a Descartes y Locke y el naturalismo de Bruno anticipa a Spinoza. Lo que importa aquí es que los subrayamientos de la italianidad del pensamiento integran a su vez "la demostración de la racionalidad del entero proceso histórico del espíritu humano". Uno al pasado y otro al futuro del eje rosminiano-giobertiano, Vico da espaldarazo al Bertrando Spaventa que traba a los mediados del Siglo XIX a la filosofía italiana "en su nexo histórico con toda la filosofía europea". Allí se preanuncia "casi todo el mundo del pensamiento moderno" en cuanto cuaja una filosofía del espíritu no simplemente crítica, a la Kant, sino metafísica, a la Hegel. Beneficiario del 1848 napolitano y liberal de Francesco De Sanctis, el Spaventa pretendiente de la filosofía como saber absoluto ha de desafiar entonces a los "filosofantes giobertianos y nacionalistas" opuestos a la exoticidad de un hegelianismo juzgado "doctrina repugnante a nuestro genio filosófico y religioso". Andamiaje paradójico o no, lo cierto es que Gentile cede a los deslumbres sistémicos de "la filosofía alemana moderna"; al epicentro del movimiento intelectual europeo, ella transparenta "la fuerza de un procedimiento racional ineluctable". Al profundizar y exponer a Hegel no será empero su Spaventa un "simple repetidor" de la *Fenomenología* y la *Lógica*. La suya es "una reconstrucción libre y crítica": "el hegelianismo de Spaventa (resulta) un re-pensamiento y desarrollo del pensamiento de nuestros propios filósofos, de Bruno a Gioberti".[15]

14 Idem., p. 83. Cfr. en general, con G. Gentile. *I Fondamenti della Filosofia del Diritto* (1916), Firenze, Sansoni, 1961.

15 Ver nuestro trabajo monográfico *State and Liberty in Italian Hegelianism*, Department of Political Science, University of Texas at El Paso, 1969.

De vuelta a las raíces, los paralelos y los puntos de apoyo. Establézcanse los de la conciencia sensible y la certeza sensible de Hegel y la *sensación* de Gallupi y la *percepción intelectiva* de Rosmini; síganse los del acercarse a la posibilidad del espíritu, *"(esto es, Dios)"*, más allá de las clásicas remisiones teologales al Creador. Así, ciñéndose a Hegel en veces, arrojándole otras un "nuevo rayo de luz", resumiéndolo y aclarándolo, lo del Spaventa gentileano está lejos de ser una "modesta recapitulación". Sacudidos de Spaventa los contaminantes mundanos, por no decir los eventuales atisbos juveniles al socialismo (Landucci), puede Gentile servirse de la armazón hegeliana vaciada de conexiones ilustradas y revolucionarias para conciliar en su inmanencia religiosismo y cientificidad, protestantismo y catolicismo, liberalismo y estatismo. Conjurar al Hegel irracional e idealísticamente reaccionarizado de la segunda mitad del Siglo XIX alemán traduce en Gentile la respuesta intelectual burguesa a la acentuación de las crisis intra-clasistas e intercapitalistas. No hay entonces ruptura o desvío en el viraje gentileano de la reconquista espiritual de lo italiano a lo más raído del "hegelianismo degerado de la izquierda". El hallazgo de los "espíritus tutelares" allana el camino nacionalista de la *intelligentsia* pos-resurgimental; el asalto a Marx traslada a las fascinaciones, los desprecios y las distorsiones de quien dictamina la propia muerte histórica. Ambos conducen al fascismo.

3. Asedio a Marx

Discreto, Gentile apunta entre los renglones finales del segundo de sus escritos sobre Marx el criterio de que un "marxismo" fecundizado a su manera –descuartizándolo, desmarxizándolo– pueda servir como señuelo para que "algunas entre las más importantes ideas del hegelianismo penetren en las mentes". Insólita condición vehicular la del marxismo en la confesión de Gentile, más si constatamos que lo suyo no ha sido sino virtual traición

a Hegel –remediable, es verdad, mediante radical cirugía espiritualista. Discipular, Ugo Spirito disculpa los desvaríos marxistas de Gentile en razón de su circunstancialidad y agotabilidad: muéstrelo si no un interés que surge en 1897 y concluye en 1899 –admitidas después prolongaciones. Correligionario, Giandomenico Mario le objeta que "no se puede escribir un estudio tan importante, agudo, penetrante y, se puede decir, todavía insuperado. . . por simples razones ocasionales". Bien es cierto que lo de Mario no es sino júbilo de vapuleos verbales a un socialismo mágicamente visto crecer "en fuerza y adhesiones" al influjo de la primeriza versión italiana del *Manifiesto Comunista* dos años después de la *Rerum Novarum.* Con todo, testimonio para anales neofacistas, allí consta un ajuste dirimido de cuentas, una demolición del marxismo bajo el "tratamiento sistemático y exhaustivo en todos sus aspectos fundamentales".[16]

Más insidioso es el Gregor cuyo Gentile joven obvia nada menos que la necesidad de los *Manuscritos de 1844* o *La Ideología Alemana* al proporcionar "los eslabones perdidos en la cadena del desarrollo filosófico del Marxismo del Idealismo Hegeliano al Materialismo Histórico". Pasados treinta y tanto años, el hallazgo de aquéllos no hará sino corroborar las justezas de la reprensión gentileana a Marx formulada a partir de "la especial familiaridad con la filosofía de Hegel".[17] Recurso infalible: un Marx metafísico juvenil a quien el viejo Engels es infiel, una hija vandálica ocultante de sus deslices epistolares y un bravo recuperador de veintitrés años que sabe también recriminar inconsistencias y lanzar juicios de "correctitud esencial". Naturalmente que hay amañamientos de por medio de ese "neutral" Gregor. Inicial inversor, el de no cuestionar la ubicación del Hegel a imagen de Spaventa o del no mencionado Donato Jaja como el punto

16 *Rivista di Studi Corporativi,* Núm. cit. esp. p. 291

17 Idem., pp. 219 1 224

de referencia y medida básica de la correctitud de Marx. Intermedio, el de hacer equivaler el error a la desviación de ese Hegel y, definitivo, sentar con Gentile en el banquillo de los acusados a un Marx que en el mejor de los casos es Labriola; cuando no Sorel. Final, inevitable en la exegética norteamericana, ver no sabemos dónde las simpatías gentileanas al Marx "heredero de la entera tradición del idealismo alemán y un precursor del Actualismo mismo". Porque pasa en suma que, mellizos totalitarios, reformadores ambos del hegelianismo, entre ellos está la mutua comprensión y simpatía de quienes aportan un *rationale* dictatorial.[18]

Vale confrontar las apologías burdas o sutiles en torno a Gentile con la sensatez del Signorini que denuncia la "negligente información filológica" del maestro asediante de Marx, sus datos "de segunda mano" y su imperdonable ignorancia de textos entonces al alcance como *La Sagrada Familia* o *La Miseria de la Filosofía*. Lo aconsejable, claro, es irnos a los altibajos de las páginas gentileanas. Allí será escurridizo determinar hasta dónde es el peso del socialismo italiano y hasta dónde es la arrogancia elitista la que mueve un análisis que, más que incursionar en Marx, se contenta en llevarlo a su propio terreno de lucha, al de las trampas verbales del idealismo subjetivo y el oportunismo vital-espiritualista. El tema se desdibuja porque no hay en los planteamientos de Gentile sino sabia petulancia ante un discurso socialista caracterizado por "gran fe, gran dogmatismo, escasa crítica y métodos arbitrarios". Más que la amenaza de conmociones sociales, lo que parece preocuparle de semejante literatura económicamente apresurada y filosóficamente rústica es el que haya fusionado sus discutibles componentes "en una doctrina rudamente presuntosa y bautizada, según el gusto germánico, con nombres resonantes a cuño científico".[19] Eludir el análisis de la

18 Idem., pp. 229-230

sociedad capitalista, fincar en la mera pretensión cientificista la "substancia" del pensamiento socialista: he aquí los primeros acercamientos al campo de combate de Gentile.

No podría desde esa perspectiva faltar en Gentile la táctica global del irracionalismo, la del amontonar y descabezar en un solo saco marxismo y positivismo. Al ver aliarse en Italia al socialismo "con la así llamada ciencia positiva" el asunto será recriminar la transportación y el vuelco de "los principios directivos de todo el darwinismo" –los del mundo natural, "prehumano"– en el mundo histórico del hombre. Así, alegando ceñirse a Labriola, mientras el hegelianismo *idealiza* la historia, el materialismo la objetiviza, la *naturaliza.* De ese vicio del querer "naturalizar la historia" deriva en buena medida la incorrección e inadecuación filosófica del "sistema lógico y científicamente inteligible" con el que la sociología decimonónica pretendiese aprehender la realidad histórica. Lo cual, aceptable, para el mismísimo Labriola, hace para Gentile que la *sapienza* del género humano de Vico luzca "mucho más seria, sin duda". Admisión que por remitir de nuevo y luego continuamente a Labriola movería sospechas sobre el Labriola gentileano "fiel al Marxismo", el que mejor siente entre los discípulos, "por el hábito filosófico de su mente, las exigencias teóricas, y (el que) mejor que todos ha sabido indagar las consecuencias especulativas de los principios del marxismo y su valor científico".[20] Ahora que no es ésta la cuestión: la huella magisterial de Labriola puede difícilmente ponerse en tela de duda en el marxismo italiano. Anótese sí que la distancia espacial y temporal con Marx deja resquicios a Labriola para tintes propios: baste recordar-

19 G. Gentile. *Una Critica del Materialismo Storico* (1897), en *La Filosofia di Marx. Studi Critici* (1899), Firenze, Sansoni, 1962, pp. 15-16

20 Idem., pp. 28 a 34

lo bosquejándole a Sorel en 1897 la integración de su marxismo a la luz "del estado actual de la ciencia. . . y según mi temperamento intelectual".

Sin circunscribirse a Labriola, lo que Gentile interpreta en él como abierta licencia al tratamiento "filosófico" de Marx valdrá de pretexto para llevarlo poco después al juicio de la incongruencia metafísica y sus sentencias implacables. Y es que al lado de los lugares comunes del antisocialismo de la época, compactándolos incluso, es justamente la traslación al terreno movedizo de la filosofía a la Gentile lo que autoriza cautas benevolencias sobre Marx, escamoteables ciertamente al positivismo. Momento preparatorio al vapuleo, la "doctrina histórica de Marx" puede filosóficamente escindirse en sus dos componentes, los de la *forma* y el *contenido.* A la lente del último, la de "las condiciones sociales existentes", hay algo así como un punto valedero de partida para la ciencia; incluso a la de la primera, la del diseño del patrón *a priori* inmanente en esas condiciones, los créditos son legítimos. Conjuntar al "procedimiento dialéctico" de Hegel y a un contenido y un sujeto de ese procedimiento contrapuestos a Hegel articula *formalmente* una concepción de la historia con "carácter filosófico que no sufre crítica de inconsecuencia".[21] Sanción formalista al materialismo histórico que cierra la trampa "filosoficizante", deshistoricizante y deseconomizante. En delante, no sólo la calificación científica –por no decir la filosófica– sino la de su viabilidad social y moral pende de las categorías de congruencia metafísica-inmanentista fijadas allí por Gentile.

Precaverse pues del Gentile cifrante de la fortaleza noutópica del marxismo en su lógica *a priori,* hegelianamente hormada, de la realidad. Idealistamente transfigurado, tal marxismo no introducirá por supuesto innovación alguna a la concepción hegeliana de la filosofía dialéctica de la historia. Es más: es espurio al substituir –coinci-

21 Idem., pp. 36 y 53

diendo empero a fin de cuentas— un *contenido* por otro, la idea por la materia. Metafísicamente sin originalidad, como si alguna vez la hubiese buscado allí, lo de Marx se remitirá al triste expediente de la izquierda hegeliana, a Feuerbach, "el más lejano al espíritu y a los principios del maestro". Pobre entonces la visualización marxista de la historia: enfrentada a la tradición cultural humanista que defiende Gentile, no le queda sino seguir al Feuerbach y su hombre hacedor de religiones e irse hasta aquello de que no es la conciencia del hombre la que determina su ser sino el ser social el que determina la conciencia. Pobre el hombre mismo: "no puede, en suma, darse una forma política, ni una religión o una moral, ni producir una ciencia ni un arte cualquiera que sea como le plazca o libremente".[22] Pobre el conocimiento enredado por Marx en una "tautología engañadora" que no entraña más que permutar simplemente un hecho por otro, un efecto por otro "no habiendo siquiera sospechado su causa común". Y pobre finalmente su propio contenido catequístico al ignorar el postulado elemental de la ética, el de que "la moral es un presupuesto y no un producto de una doctrina histórica".[23]

"Rígida crítica de la historia pasada" a partir de la cual se hila "un ritmo constante y necesario en el curso de los eventos humanos", la del materialismo histórico y sus ataduras fisiologistas no irá lejos al predecir ulteriores desarrollos sociales con todo y sustentarse en lo que gentileanamente parece ser su único capital intelectual, el montaje hegeliano. El que su "crítica económica de la condiciones sociales" sugiera bocetos cientificistas no debe en todo caso, dirá Gentile hacernos olvidar que "quien tiene a la mano una ciencia no deviene por ello un profeta o un astrólogo; y todos compadecemos al pobre Galileo constreñido a sacar el horóscopo para servir

22 Idem., pp. 17 y 26-27.

23 Idem., p. 52

a los tiempos y a los deseos de la gran duquesa Cristina".[24] Ahora que en materia de desahucios hay uno más contundente y desbancador de la filosofía marxista de la historia. Al rasero del inmanentismo gentileano, la "contraposición" entre idea y materia del marxismo y la atribución de realidad al hecho económico envuelve trascendencia a la manera platónica y un trazo de leyes igualmente trascendentes "a las cuales, como al despotismo de una soberana externa, el proceso histórico debería obediente conformarse". Bajo semejante óptica la búsqueda marxista de lo inmanente resulta baldada en el embrollo imperdonable que confiere realidad e inmanencia a lo relativo o transitorio —la materia— y degrada a imaginario lo absoluto. Mistificación definitivamente insufrible esa donde "lo relativo es constreñido a hacer la parte del absoluto". Puesto que, determinable *a priori*, el proceso de lo absoluto va tejiéndose dialécticamente, el trastocamiento marxista "arrastra a la concepción de una dialéctica, determinable *a priori*, de lo relativo". Así visto, el marxismo queda como simple repliegue filosófico en relación a Hegel, incluso a Kant: al objetivarse, al externalizarse, al foraneizarse, su *contenido* pierde los atributos metafísicos de necesareidad y absolutez. Y es que lo relativo, insistirá Gentile, está lejanísimo a lo absoluto, mucho más de lo que suponen "estos hegelianos comunistas".[25]

Si Gentile epiloga su primer escrito empantanando a Marx en la peor de las metafísicas, la de lo contingente, las líneas del segundo buscan el descoyuntar esa gratuita metafísica histórica y "la teoría histórica revolucionaria", desmantelar en suma al eje marxista de la *praxis*. Asedio éste alcanzable desde varios flancos. Allí por caso los ya no novedosos de la indebida substitución del pensamiento por la materia, del espíritu por el cuerpo, de la idea por el sentido y la degradación de los "productos

24 Idem., p. 41

25 Idem., pp. 54 y 56 a 58

del espíritu" a meras ideologías planteantes sólo de rompecabezas insolubles para el filosófico Labriola. Inventario pues de lugares comunes al que podrán añadirse los de los rumbos teleológicos y optimistas idealistamente usurpados y sobreimpuestos al tosco Feuerbach y su "el hombre no es ni más ni menos que lo que come" *(der Mensch sei nur das, was er esse).* O quizá las imputaciones de descarnado objetivismo "sin mescolanza de subjetividad" en la teoría del conocimiento o de aplastamiento del individuo inerte por "la realidad originaria de la sociedad" en la de la naturaleza humana".[26] En fin: no faltarán abalorios que colgar a una antropología que define su esencia en términos de *especie,* que por ello propende a la animalización aristotélica de la práctica humana, que no es en conclusión sino "un eclecticismo de elementos contradictorios".

Habrá empero elementos no del todo desvencijados en las tachaduras gentileanas a la *praxis* marxista. Anticipándose a la social-democracia —allá Mehring visiblemente mejor preparado para la empresa— el procedimiento mayor consistirá en abstraer e independizar ciertos tajos del pensamiento juvenil de Marx elevándolos a matriz metodológica y punto revisor del entero materialismo histórico. Lo que dice darse aquí es un intento benévolo por sacar a Marx de la esfera de la caricatura o de la de su manifiesta vulnerabilidad científica expuesta por la laudable "prudencia exegética de Sorel". Naturalmente que el rigor gentileano no deja de aprobar a la prudencia soreliana el colocar las leyes marxistas al trasluz de la ficcionalidad-simbologicidad de todo principio o abstracción sociológica, el hallar en los enunciados de Marx no otra cosa que "reducciones subjetivas, hechas para fines pedagógicos o de propaganda, de valor por ello relativo y de exactitud aproximativa" . Ahora que el que Marx enuncie "correlaciones imaginarias" sobre una reali-

26 G. Gentile. *La Filosofia della Prassi,* en Idem., pp. 68, 89-90 y 150

dad "inaccesible al entendimiento" no pesa demasiado para Gentile por cuanto esas fórmulas son escuetamente ajenas y esquivas al juicio científico. "El pensamiento de Marx es *esencialmente filosófico*", dirá subrayándole nosotros: si en él aparece lo revolucionario, ello "por estudios particulares y por condiciones del tiempo". *Vero e proprio filosofo,* su doctrina "no puede criticarse sino filosóficamente; las observaciones empíricas no le conciernen".[27]

Ocasión gentileana feliz, preparada incluso por el examen gozoso de los poemas juveniles de Marx —"el futuro enemigo de las ideas, o idealidad, y de las abstracciones"— y por la sentencia firme de que esa mente quedará siempre "vuelta a la poesía y al idealismo abstracto". Y es que la mente indeleblemente hegeliana de Marx se consolida y madura "antes de que en Alemania surgiese el grito: *Keine Metaphysik mehr!*", antes de que el realismo o el positivismo exagerados sienten allí sus fueros.[28] El asunto consistirá ahora para Gentile en congelar al Marx así formado —definitivamente formado— e ir desbancando a partir de aquí, *en proyección pasada,* en ritmo regresivo, lo que genética y biográficamente va dándose hacia adelante. Explicar al Marx atrapado por "simple analogía" en el suponer materialista lo que no fue sino "su reacción a la filosofía histórica hegeliana" se viabiliza en Gentile refiriéndolo al Marx más joven y juicioso, inversamente madurado, consciente de "la absoluta ecuación entre pensamiento y realidad", artesano metafísico, "sabiéndolo o no", de una dialéctica inmanentista. Análisis que absurdiza al Marx barbado cotejándole al Marx lampiño de las *Tesis,* que deja colar el apuntamiento de que la clave de su "construcción filosófica", la *praxis,* sería quizá nueva al materialismo pero era vieja y entrañable a un idealismo parido de ella misma —en el Sócrates cuyo

27 Idem., pp. 118-119

28 Idem., pp. 99-100

saber encierra "una actividad productiva", en el Platón y su dialéctica de las ideas, "todas provistas de energía creativa". Situaciones que conducen a re-caricaturizar al Marx atormentado y embrollado —atormentado y embrollado por Gentile, claro— en la "verdadera y propia contradicción en los términos" de sus defectuosísimos acoplamientos entre metafísica y socialismo, entre materialismo e historia.

Con ello se plasman los anuncios prologales de Gentile: *separar* e *independizar* sin buscar interconexiones, *anteriorizar* o *posteriorizar* sin atar cabos en los momentos juveniles de Marx, arquitecto aquí de "metafísica" o acá de "revolución", no arroja sino bloques teóricos inensamblables y consecuentes incongruencias prácticas insalvables. Al fondo, consignado desde 1897, la disonancia mayor viene del querer imponer *a priori* el "ritmo real y racional" de la dialéctica sobre una historia contingencializada, naturalizada. "Mescolanza del *a priori* y el *a posteriori*", la olla de vicios del marxismo pretende así arrogarse el principio netamente idealista de que "las leyes racionales dominan la realidad". "El pasaje, entonces, del *a posteriori* al *a priori* como razón de la realidad se entiende en el idealismo, resume Gentile; pero en el materialismo de Marx es inconcebible". Ya Spaventa planteaba el "sentido verdadero del *a priori*" ante "los perpetuos y fastidiosos críticos del aprorismo idealista". Místico y mágico, Gentile le subscribe que "no es la experiencia, como sucede a primera vista y se juzga comúnmente, la razón del pensamiento; sino éste es, contrariamente, la razón de aquella. La experiencia es por lo tanto la base temporánea —el punto de partida negativo— del pensamiento; el cual por ello la presupone". Allí salta la gran contradicción de Marx, compartida por lo demás y absolutamente con "toda crítica relativa al concepto de la *praxis* aplicado a la realidad sensible". "No parece que Marx se haya cuidado mínimamente de ver en qué modo la *praxis* pudiese acoplarse a la materia en tanto única realidad, sentencia Gentile; por cuanto toda

la historia anterior de la filosofía debía advertirle de la irreconcialibilidad de los dos principios: de aquella forma (= praxis) con aquel contenido (= materia)".[29]

Incuestionable pues que la *praxis* quede irreparablemente tullida en el materialismo histórico. No sólo la praxis: virtualmente el movimiento mismo, descontada la revolución. Puesto que la materia es por sí inerte, "siempre igual a sí misma", la cuestión del de dónde deriva su *operositá* enviaría al materialismo congruente al uso de los modelos metafísicos pre-kantianos de racionalidad extrínseca. Alternativa inadmisible al cabezudo marxismo. "Dígase también que le es inmanente una fuerza, desafía Gentile; pero esta fuerza que va transformando la materia según un desarrollo dialéctico y finalístico es una fuerza racional: es razón, es espíritu". El Marx "idealista nato" se encarga así de arrojar al absurdo Marx materialista por la borda. Y despeja el camino para que de allí brote la *praxis* sí auténtica de Gentile, no otra cosa que la *pragma* del irracionalismo. No hay malos avales en el alegato gentiliano: el Vico del *verum et factum convertuntur* o el Labriola del "pensar es producir". Malo sí el contexto: el del voluntarismo espiritualista y sus misticismos subjetivistas, transhegeliano. "Cuando se conoce se construye, se hace el objeto, dirá el Gentile mágico, y cuando se hace o se construye un objeto se le conoce; consecuentemente el objeto es un producto del sujeto; y ya que el sujeto no existe sin objeto se precisa añadir que el sujeto, a medida que viene haciendo o construyendo el objeto, viene haciéndose o construyéndose a sí mismo; los momentos de la progresiva formación del sujeto corresponden a los diversos momentos de la progresiva formación del objeto".[30]

El despeñamiento de Marx en los precipicios metafísicos envalentona a Gentile a incursionar en el ámbito en

29 Idem., pp. 103, 147 y 158

30 Idem., p. 77

el que dos años atrás no dejase de encontrarle algún valor, el de la crítica social. Una vez mostrada la ilegitimidad del sustento idealista al optimismo del finalismo histórico marxista caerá aquí por su peso el curso asignado *a priori* sobre la historia. Citando a Sorel, Gentile revelará sapiente que "los marxistas son víctimas de la ilusión dialéctica, y han razonado como los idealistas sin darse cuenta". Pésimos idealistas, pésimos profetas. Lo prueba creer que "la sociedad presente" abrigue "dentro de sí una contradicción" y que ésta constituya "la razón necesaria y suficiente" de la próxima sociedad comunista.[31] Defecto por lo demás del que se libra la verdadera dialéctica: desenmarañada de conflictos latentes en dimensión futura, puede ésta operar en Gentile reales ajustes a escala de presente, si no de pasado. Su vivacidad conciliatoria abre así cursos insospechados a las asperezas positivistas. Dialécticamente puede el propio liberalismo deslastrarse de enojosas unilateralidades. Ante la práctica jacobina dictaminará Gentile que "la negación del mundo real no se resuelve con la negación pura y simple del mundo religioso; se resuelve con la síntesis de los dos mundos, esto es, con el replegarse de la religión sobre el mundo real y el *devenir* de éste, esto es, con el hacerse religioso".[32]

Aparte de la especificidad del capitalismo, todavía lejana a la solución del Estado Total, la dialéctica gentileana dirá ganar su mayor batalla en torno a la defensa de la sociedad *in genere,* abstracta –no lo suficiente para ocultarnos el esqueleto liberal elitista a lo Mosca o Pareto. Por un lado esa sociedad se resiste a verse "dividida en dos partes, la una fuera de la otra, (una) pudiendo-queriendo a su vez, justa o injustamente, actuar sobre la otra e imponerle circunstancias, educación y condiciones de vida a su arbitrio". Por el otro, la buena sociedad *in*

31 Idem., p. 109

32 Idem., p. 88, cfr. a G. Gentile. *Discorsi di Religione,* terza edizione riveduta, Firenze, G. C. Sansoni Editori, 1955.

genere acepta el férreo inevitabilismo elitista blandido por Gentile ante el pálido democratismo liberal o el triste sueño proletario en el hecho escueto de que desde que el mundo existe "ha contado siempre siervos y patrones".[33] No importa: es una sociedad dialéctica. Tanto que logra mantener aún sus contradicciones en la dimensión civilista del mundo post-liberal, pre-dictatorial. "La necesidad del ritmo de este todo orgánico que es la sociedad, y puede decirse también el hombre social, declara Gentile, involucra que las condiciones hechas por una parte de la sociedad a la otra sean generadas en el seno mismo de la sociedad que, en fin, *por sí misma las conciliará* por la misma razón por la cual las ha generado". Excelente concluir que "la sociedad, por la *íntima ley de su desarrollo,* está destinada a *resolver por sí* las contradicciones que son producidas dentro de ella en su desarrollo".[34]

El "testamento espiritual" gentileano (Pozzo) queda allí, momento culminante, en "la efectiva consecusión de una síntesis dialéctica" de lo social tras las disonancias entre la metafísica y la praxis marxistas. La invocación a los espíritus tutelares del pensamiento italiano y la expulsión del judío Marx del templo hegeliano abren así un compás apoyante-atacante que está lejos de lo incidental. Lo que el Joven Gentile de fines de siglo ilustra es primeramente la preferencia aún decimonónica del razonamiento de derecha por las soluciones a escala de Sociedad Civil –paralelas al nacionalismo imperialista en gesta, a la necesidad interna de evitar la contienda frontal. Determinada más por condiciones objetivas que temperamentales, ya no se trata empero de la confianza burguesa e iluminista en la "gran sociedad" autoequilibrada (Smith): el cambio de la tutela mecánica a la defensa dialéctica evidencia el imperativo represor y la conciencia

33 G. Gentile. *Una critica. . .*, p. 46

34 G. Gentile. *La filosofia. . .*, p. 86

de que ya no se tiene una sociedad inexpugnable. Con Gentile va pues el entendimiento sólo a medias de la magnitud del asalto proletario y el diseño de su contra-estrategia descalificadora. De sus escritos parte la ilusión de cuenta saldada con el Marx crítico de la sociedad capitalista y el ritual fascista del rebasamiento espiritual del socialismo a través del verbalismo aristocrático. Si un contemporáneo como Gregor ve perversamente a Gentile como la avanzada correctora de Marx ello por una vieja táctica del irreal liberalismo académico norteamericano que se dice afuera y encima del fascismo y del marxismo, notario y testigo del fin de las ideologías. La lectura de Gentile joven arroja la manera en la que la derecha europea construye su propio pináculo en la historia de las ideas y se arroga, "rebajándose", la demolición del enemigo visto sin oblicuidades. Desde ese clímax espiritual irá poco a poco, sacudida por las crisis y la guerra, refugiándose en los vericuetos del actualismo puro y, ¿dialecticamente?, en la idolatría de la simple positividad del autoritarismo reaccionario.

IV
Nuevo y Viejo Maquiavelo

Perché sono acciecati da la potentia loro et da l'utile presente et stimano solamente o chi é armato, o chi é parato ad dare; et questo é hora per nuocere assai alle Signorie vostre, perché par loro che in voi sieno manchate queste dua qualitá: la prima delle armi per lo ordinario, et la seconda dello utile.

Servitores

Franciscus della Casa et
Nicolaus Machiavellus mandatarii
Fragmento de comunicado, XXVII
augusti 1500[1]

Hablar de Maquiavelo como contemporáneo entraña aceptar que las turbulencias intelectuales que expresara poseen una vigencia válida para un compás histórico que alcanza a la época contemporánea. Con todo, temporal y

1 Machiavelli, Niccolo. *Legazioni, Commissarie, Scritti di Governo*, A Cura di Fredi Chiappelli, Volume Primo 1498-1501, Gius. Laterza & Figli, Bari, 1971, p. 384.

espacialmente sus créditos son irregulares y ganan o pierden verosimilitud según nos acerquemos o nos alejemos de la columna vertebral capitalista. No es fortuito pues que sea en los Estados Unidos donde las ideas de Maquiavelo encuentran apoyo y alojo prácticos y teóricos. En este país, la variable mayor de su filosofía se vincula más fuertemente que en ninguna otra parte con los criterios y la acción del mandarinato político y científico. Aludimos al descoyuntamiento que la "eficacia" impone entre razón lógica y razón axiológica, entre razón analítica y razón sintética, entre *Verstand* y *Vernunft*, entre la politica como guía instrumental y la política como afinamiento moral. Rebasante de la racionalidad teológica, o la platónica o gramática, la racionalidad maquiavélica posee una lógica decisoria cuya efectividad nutre la idea de que trasciende su condición supraestructural. A su vez, el postulado norteamericano de la última convergencia de todos los sistemas sociales bajo el imperativo moderno de la organización, la eleva a premisa intemporal en el contexto de la operatividad del razonamiento político. Pero sobre todo, la misma dinámica difícil del socialismo mueve a sostener la universalidad del maquiavelismo al margen de infraestructuras e ideologías.

Lo anterior reafirma la necesidad de ubicar hoy, en el contexto norteamericano, el análisis de la penetración y la relativa transfiguración del maquiavelismo a escala de la racionalidad política y económica de los círculos dirigentes y a la escala más global de la cultura política de los dominantes y los dominados. Una de las razones para llevar a cabo el proceso se refiere a la confluencia en la tradición cientificista del empirismo-utilitarismo positivismo-cuantitativismo, ya presente en Maquiavelo; otra se refiere a las circunstancias actuales del capitalismo militar y transnacional y al hecho de que sus dictados organizacionales y mercadotecnistas apuntan la existencia de un Príncipe de tiempos de beligerancia y monopolio, administrador y maximalizador, emotivador y manipulador, y por ende, maquiavélico. No obstante, cuidémonos de

trampas intemporalizadoras: los hombres fuertes o la mecenización-burocratización del intelectual o la circulación capitalista de la ciencia pueden rastrearse ciertamente desde el Renacimiento, no así los tentáculos financieros del imperialismo, la gigantesca concentración económica, la guerra fría como continuación del anti-socialismo sistemático (dentro y fuera del sistema), o la inminencia del holocausto. Si más arriba mencionamos un mismo compás histórico que incluye tanto a Borgia como a los modernos Príncipes públicos, privados y académicos, ello se hizo sin olvidar que el Maquiavelo premecanicista y los Maquiavelos postmecanicistas sostienen posiciones alboreantes o crepusculares a lo largo de un capitalismo que teje su liberalismo equilibrista, ilustrado e institucionalista en los tiempos de auge y la "normalidad".

A riesgo de esquematizar —los caminos que llevan de Florencia a Harvard son sinuosos— distingamos tres mayores momentos maquiavélicos. Momento de despegue (prolongable hasta Bodin): el maquiavelismo original se asocia al capitalismo comercial, a sus prisas de unificación nacional y sus expansiones coloniales. Momento intermedio: la vía maquiavelizadora inglesa irá del empirismo realista de Bacon a la dicotomía entre el absolutismo (maquiavélico) de Hobbes y el republicanismo (maquiavélico) de Harrington, ambos mecanicistas, aristocráticos, posesivistas, y ya en los umbrales del capitalismo aprestado al asalto de las instituciones parlamentarias y el imperialismo insular. Momento final: el maquiavelismo postmecanicista y pragmático se desplaza transatlánticamente en la empresa que va de Mahan y Turner, imperialistas, a Croly y Lippmann, nacionalista el uno, breve socialista el otro. Quizá sin sorpresas, aprovechando sus experiencias imperiales y antimarxistas, buenas porciones del maquiavelismo norteamericano se refieren al fabianismo británico, al H. G. Wells crítico de "los días victorianos", de sus máximas desconfianzas y sus mínimas inteligencias. Pasado el tiempo del imperialismo liberal,

el de los fabianos consiste en preservar grandezas mistificando los principios atacantes, recurriendo incluso a ellos, desmembrándolos. Singularizando, el intento del realismo inglés por revertir al socialismo recibido de William Morris lo deja en un "Proteo intelectual" aderezado de darwinismo, del kiplingismo de la *White Man's Burden*, preparación de torcimientos y usos de derecha nada desdeñables.[2]

Escribiendo en un año decisivo para la conciencia reaccionaria norteamericana, 1912, el joven Walter Lippmann bosqueja su revolución contra la revolución en los términos de una metafísica cientificista y psicoanalítica, pluralista y vitalista, realista en sus vuelos maquiavélicos. La visión de los "vastos cambios, económicos y psicológicos" cuando aconseja aquello de dominar la historia, de desafiar sus condenaciones, indica a Lippmann cómo sacudirse de los estorbos impuestos al nuevo capitalismo por instituciones e ideas mecanoides. Así, su voluntarismo económico busca anular los contrapesos fisicistas y legalistas de las figuras prepotentes y sublimables del monopolio y el imperialismo. Como a la vez busca mostrar a Theodore Roosevelt, Príncipe cabalgador y bíblico, los ocultos resortes de una política que está lejos, muy lejos, de Platón y Aristóteles y sus diez mil ciudadanos homogéneos, se las ve en los Estados Unidos con cien millones de individuos "de todas las razas y todas las tradiciones" que socialmente rebasan la primitiva oposición entre dos clases, y encuentra un universo plural de granjeros, pequeños mercaderes o negociantes aquí y allá. Sin inhibiciones –para ello el aliento de Freud y Nietzche, de Bergson y James–, Lippmann señala a su Príncipe cómo nunca confundir democracia y demolatría, cómo actuar eficazmente, sin autoengaños ni falsas perspectivas. Recuérdese, entonces, al Maquiavelo "cuyas especulaciones se ajustaron a una crisis

2 Wells, H. G. *The New Machiavelli*, Duffield & Company, New York, 1910, esp. pp. 22, 111-112 y 120-121.

histórica"; refrésquese "la espléndida penetración de su mente"; postérguese el rubor de invocarlo: ante la nauseabundez metodológica de los economistas del siglo XIX, aclaremos que "Maquiavelo deriva de su mal nombre de una honestidad demasiado transparente".[3]

Inesperado Príncipe, el Wilson que consuma en 1919 el proceso por el imperio y contra la revolución, abierto desde McKinley y Roosevelt, concilia recursos maquiavélicos y recursos constitucionales en los juegos de la represión y la acreeduría internacional.

Maquiavelo no urge demasiado en la Prosperidad: el legado de su prudencia se reinstala dúctilmente en los movimientos sísmicos de la Depresión. Su portador excelentísimo, Pareto, entra en las ciencias sociales norteamericanas con Parsons y con Homans durante los años treintas —y a aquél, la pudorosa Academia agrega los nombres convenientemente extranjeros de Mosca, Sorel y Michels. Así, al radicalismo de la era se opone la economía matemática e individualista del bienestar liberal y postliberal, complementada por la sociología del mando, la organización y las élites. Ciertamente a su lado irán las buenas nuevas socializadoras del capitalismo de Berle y con ellas los vientos propicios a la mitología administrativa. La revolución ingenieril (Veblen, 1921), gerencialista (Burnham, 1941), organizacional (Boulding, 1953), tecnetrónica (Brzezinski, 1970), salta de lo sombrío propio del taylorismo a la luminosidad de las relaciones humanas y desde allí a la "conciencia planetaria", ecológica y postideológica. Y en el fondo de esa "visión universal", de la mano con Burnham, preside Maquiavelo. Es así como la apología de Burnham, que luego se verá marginada, celebra entre citas textuales la lógica investigatoria, la construcción modelista y el ensamblaje sistemático del maestro. Más allá de los celebramientos del método,

3 Lippmann, Walter. *A Preface to Politics* (1913), Ann Arbor Paperbacks, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1969, esp. pp. 25, 54, 159-160 y 237.

se encuentran los celebramientos ligados al progresivismo de Maquiavelo, a sus concepciones acerca del sentido auténtico de la libertad en la dinámica de lo privado y lo público –libertad ni retorica ni utópica, entendida dentro de la línea americana del rechazo a la tiranía de las masas. Más relevante aún resulta la *onto-lógica* del Maquiavelo burnhamniano implícita en el postulado de la indivisibilidad entre lo *formal* y lo *real*, en la plena aceptación de la lógica gerencial y la logística del conflicto; y aparejado a ella viene el reencuentro feliz de la *actuación* científica así como el "planteo honesto" que arroja a las masas del templo del saber y el hacer y construye a partir de la propaganda, las relaciones públicas y la experticidad organizativa, el nuevo mundo de los gerentes.[4]

Es evidente la disonancia ideológica que hay entre la fórmula elitista y maquiavélica y los castos tratados de una ciencia política glorificadora de los valores democráticos cifrados empírica y cuantitativamente en lo electoral. De aquí que, precediéndole por algunos lustros, Lippmann nunca logra pontificados en la disciplina y sí en cambio los alcanza el aséptico e incoloro Lasswell, más pausado y estadístico en sus embestidas al enemigo, sacerdote infatigable de cláusulas y números oportunistas. Escindida, como Maquiavelo, en la idealidad de la democracia y la realidad de la manipulación, la ciencia norteamericana de la política se empeñará en articular la vivacidad y la pluralidad de la participación ciudadana con los mandamientos de lealtad, inteligencia y misterio de lo que posteriormente será la guerra fría. Allí, Pareto y su economía maximalizadora y optimalizadora seguirá siendo la fuente donde irán a nutrirse las letanías liberales de quienes no cuestionarán ya más durante las crisis

4 Burnham, James. *The Machiavellians Defenders of Freedom* (1943), A Gateway Edition, Henry Regnery Company, Chicago, 1963, esp. Parte II, pp. 33 y ss., y Parte VII, pp. 251 y ss., esp. pp. 287 y ss.

al recurso autoritario. Académicamente, apoyándose en el viejo tronco behaviorista y su reduccionismo utilitario, el procedimiento consiste en crear para el individuo ordinario un universo de alternativas y opciones, igualando la mecánica del mercado y su lógica electoralista. Aclárese sin embargo que, distantes ambas del modelo económico clásico, fisiocrático, la circunstancia de que ninguna se dé en condiciones de competencia perfecta las hace someterse a interferencias científicamente admisibles, corporativas, militares, religiosas, publicitarias. Lo cual ofrece ciertas ventajas: dentro de una cosmología y un sentido de universalidad y sistematicidad creados a partir de los nuevos modelos de la teoría de las comunicaciones y la cibernética, pueden reintroducirse, ahora sí con toda validez, los elementos de estabilidad y equilibrio apenas esbozados por el viejo mecanicismo. Otra ventaja (pragmática en reversa): el mapa cosmológico y analítico se puede manejar deslizándose a través del nudo técnico de la *decisión* y las categorías laterales de la opción, la incertidumbre y el cálculo de probabilidades.

Al parecer Maquiavelo se esfuma cuando en los ámbitos de la cibernética y la estrategia matemática confluye el genio del caudillo con el genio del ciudadano, al delinearse en los teoremas de la decisión el contorno de la verdadera racionalidad, ahora sujeta a operacionalización y retroalimentación a diferencia de la formal y clásica. El asunto es que Maquiavelo y sus contradicciones nunca se retiran del escenario: en nada les afecta que el estructural-funcionalismo y el decisionismo abstraigan y sofistiquen sus puntos críticos. Como se ve, sacudirse las ideas de Maquiavelo no es cosa de preferencia científica o democrática cuando las condiciones del maquiavelismo persisten y se exacerban. Conviene entonces hacer un recorrido por las zonas de presupuestos y razonamientos en donde aquél incide más profundamente.

a) *La zona de la usurpación de la historia por la psicohistoria.* No interrumpamos ni traicionemos, traduciéndolo, al Maquiavelo que un 26 de agosto de 1513 relata

a Francisco Victorio su impresión acerca de los rectores europeos. *"Noi abbiamo un papa savio,* escribe, *e perquesto grave e rispettivo, uno Imperadore instabile e vario, un re di Francia sdegnoso e pauroso, un re di Spagna taccagno ed avaro, un re d' Inghilterra ricco feroce e cupido di gloria; é Svizzeri bestiali, vittoriosi ed insolenti, noi altri di Italia poveri, ambiziosi e vili. Gli altri re, io non li conosco".*[5] En tanto catálogo de genios y aconteceres psicológicos, no es raro que Maquiavelo termine confinando a la historia misma en los lenguajes de la veleidad femenina. Si bien menos poéticos, son éstos los espacios donde a cuatro siglos de distancia la mantienen la psicología y la estadística que llegan con Lippmann. El transfondo ahistórico y antidemocrático destaca aquí al "colosal fenómeno de Roosevelt", "modelo operativo para un viable estadista americano de principios del siglo XX". A un tiempo inventor y revolucionario, el Príncipe lippmanniano es también intuitivo e iconoclasta, tiene fueros de supraconstitucionalidad y supra-ideologicidad, ha decidido ser amo y no víctima de la incierta historia. Anulando las definiciones legalista o ideológicas interpuestas a su percepción de las necesidades populares, este Príncipe sabe, como el de Maquiavelo, el valor que tienen los llamamientos míticos y heroicos: "permanecemos de pie en Harmagedeón y combatimos por el Señor", declara Roosevelt en las elecciones de 1912. Yendo más allá que el de Maquiavelo, el Príncipe Lippmanniano blande una psicología económica que propone despreciar las supersticiones antimonopólicas y consentir la concentración en tanto los *trusts* acepten "usos sociales", en tanto el "genio industrial" de los Príncipes privados, Rockfeller o Carnegie, se limite al servicio público.[6] Después vendrán tiempos que permitan diseñar

5 Machiavelli, Niccolo. *Opere*, A Cura di Antonio Panella, II. *Scritti Politici*, Rizzoli & C., Editori, Milano-Roma, 1939-XVII, pp. 800-801.

6 Lippmann, Walter. Op. Cit., esp. pp. 33, 78-79, 140 y 173.

—en el behaviorismo, el psicoanálisis o la econometría— las pautas de normalidad cívica curiosamente consonantes y siempre al ritmo de la fábrica y los negocios. Al diluirse el Príncipe del capitalismo financiero en un impersonal príncipe científico habrá llegado el momento de que éste se halle en condiciones de arrojar a sus antagonistas iluminados de historia o de indignación a las hogueras crepitantes de la psicopatología.

b) *La zona de la antropología contabilista.* El concepto maquiavélico de la inmutabilidad de *"le condizioni umane"*[7] alcanza en las formulaciones teoremáticas de la ciencia apuntada por Lippmann un impresionante cuadro de sofisticaciones. Cuando predomina el razonamiento *mini-maxi* —minimizar costos y riesgos, maximalizar ventajas y gratificaciones— el ya de por sí tan escaso contenido metamecánico del behaviorismo transmitido de Hobbes a Watson deja el lugar a una nueva antropología calculista y unidimensional. Exorcizada por fuera, la esencia manipuladora de la psico-microeconomía se lleva a límites extremos en su interior. La mentalidad ciudadana se convierte en mentalidad de mercado y la lógica matemática y contable de la opción individualista reduce el razonamiento a un elemental juego de motivaciones, hedonista sin pasión ni sentido del pecado. Con ello las "expectativas racionales" de los jugadores y consumidores políticos quedan insertos en la trama de una cultura cívica en la cual el disentimiento o la inconformidad se valoran al trasluz de la personalidad frustrada, inconforme con "los principios operativos" de la *polity* abierta —principios a su vez artículos en el mercado de ideas y símbolos. Así, las ventajas ideológicas que pudieran darse en relación a Maquiavelo proceden no tanto de la ampliación de las opciones consumistas cuanto del estrechamiento de los márgenes de indignación e impugnación. La vehemencia y la sensibilidad de un Maquiavelo

7 Machiavelli, Niccolo. *Il Principe*, XV, en *Opere*, II, pp. 57 y 58.

joven y su visión, con della Casa, de una realidad política *"facta di disunione, di alienatione et di deboleza"* quedan diluidas en una concepción que toma al desarrollo político como balanceo de la competitividad y la cooperación, a fin de cuentas suma de contabilidades individuales que hermana no lejos de Adam Smith a los hombres racionales, calculadores, tibios.[8]

c) *La zona de la ciclicidad histórica.* Fuente de recursos políticos, lección viva de los frutos del *"mantenersi uniti"*, la historia que Maquiavelo recoge de la antigüedad no intenta establecer rumbos teleológicos. "Juzgo que el mundo haya sido siempre de un mismo modo, y que en ello haya habido tanto de bueno cuanto de malo", reflexiona Maquiavelo no sin dejar de percibir la forma como varían las dosis de bien y de mal *"di provincia in provincia"*.[9] Presupuesto éste propio de los movimientos constantemente recurrentes que la lógica-timonel del estructural-funcionalismo-cibernetismo enuncia y dilucida, dando respuestas en matrices electrónicas al cálculo e impulso de su *kybernetes.* Maquiavelo reparece cuando la concepción iluminista del progreso no tiene validez ni importa ya más, en un mundo estancado cuya pretendida característica mayor es la intemporalidad, la ilusión de poder conjugar sintéticamente toda la historia, de su detención y contención una vez que su curso favorece y satisface al cartógrafo. Sin aquella articulación ascendente, la revolución no vendrá en último análisis para Lippmann sino de "la voracidad sin imaginación y la infinita estupidez de las clases dominantes".[10] El problema del

8 Cfr. Franciscus Casa et Nicholaus Machiavellus, VIII die septembris, MCCCCC, en *Legazioni. . .*, p. 402 y Almond, Gabriel A. y Verba, Sidney, *The Civic Culture Political Attitudes and Democracy in Five Nations* (1963), Little, Brown and Company, Boston, 1965.

9 Machiavelli, Niccolo, *Discorsi sopra La Prima Deca di Tito Livio.* Libro Secondo, en *Opere* II, pp. 243 a 246.

10 Lippmann, Walter, Op. Cit., p. 212.

cambio se vuelve allí problema de *intercambio* y de razonamiento estocástico en el mercado de los valores egoístas. No es raro entonces que el nacionalismo mismo adquiera rasgos cibernetistas y tenga cabida en las teorías de la comunicación y del cálculo más que en las de relaciones y los quehaceres productivos (Deutsch, 1953). Visto de esa manera, el análisis social al margen del historicismo rinde buenos saldos equilibristas y autocorrectores: el mecanismo estabilizador-natural de la interacción que existe en los consumidores racionales del mercado puede conectarse ahora con los dispositivos de la gran computadora universal y su memoria sin alma, almacén de datos tácticos y contrarrevolucionaria en toda la línea.

d) *La zona del conflictivismo metaclasista.* Sustentados en una concepción idealista de la historia –behaviorista y heroica, mitológica y comunicacional–, nacionalistas ambos, los maquiavelismos renacentistas y los maquiavelismos de la guerra fría y la *détente* cobran vida en una dimensión de *intrinseche inmicizie* y *civili discordie*[11] habitada por impulsos e intereses que se disuelven entre sí sin otra referencia que la abstracta ambición humana. Darwinianamente ajustada al siglo XX, la teoría del hombre predatorio-consumidor-calculador engloba la lucha y la historia en sus espirales de instinto racial y codicia individual, las ubica en el péndulo que hay entre la biografía y la biología. Bajo el rigor de una ciencia entrecomillable, el fundamento para esfumar el contexto de la clase residirá en su elusividad empírica, su inasibilidad inmediata, su incapacidad para cuantificarla. De este modo, al salirse de las acciones individuales de sus actores – aquí *condoctieri, principi, capitani, mercenarii* o *cardenali,* allá *bosses, lobbysts, congressmen* o *filibusters*–, el análisis recurre a unidades de decisión casi tautológicas, de los *Principati* a los grupos de presión,

11 Machiavelli, Niccolo. *Istorie Fiorentine,* Proemio y V, en *Opere, I. Scritti Storici e Letterari. Lettere Familiari,* pp. 47 y ss. y 58-59.

proyecciones virtuales de la psicología de aquéllos. El resultado es un conjunto de centros de iniciativa y decisión cuyo significado se pierde en las funciones aisladas de cada una de sus partes, en el carácter de sus titulares, en la interminable temática que atienden o en el vago trasfondo arbitral de la opinión pública. Intachables empíricamente de cualquier afán conspiratorio a largo plazo, esas unidades pueden hoy ser capaces de sugerir el intercambio en el conflicto, substituyendo de ese modo con el regateo y la negociación de la democracia la estridencia dogmática del estilo ideológico de hacer política.

e) *La zona de la conciliación social abstracta.* El carácter intercambiario del conflicto en áreas eminentemente internas anuncia un viraje de la ciencia política norteamericana en relación a Maquiavelo, un rechazo a su concepción del poder como *imperio.* Rechazo que,si bien no se logra en ninguna dimensión decisiva,tampoco se ignora en el Maquiavelo que visualiza la política en un juego de estrategia y artimaña. En realidad, lo que sucede es que la buena Academia se confunde y embaraza cuando Maquiavelo deposita su saber en las figuras de un juego donde las ganancias de un jugador proceden de las pérdidas de otro y son matemáticamente expresables en *suma-cero,* "forma despiadada de la competencia" (Deutsch). Prudentemente románticas, las ansias académicas impugnan un apotegma maquiavélico central: "no se puede satisfacer con honestidad y sin injuria de los demás a los grandes".[12] Tal postura olvida incluso que el alegre hallazgo norteamericano de instancias de *suma variable,* de ganancia conjunta de los jugadores, aparece considerado a renglón seguido en el mismo Maquiavelo, si bien con una variante: la satisfacción al *populo* —que jamás a los *grandi*— puede darse sin afectar a otros, puesto que éstos buscan *oprimir* mientras el pueblo solo desea "no ser oprimido". En otras palabras, la visión dual del poder se representa mejor en el maestro repudiado que

12 Machiavelli, Niccolo. *Il Principe,* IX, p. 39.

en el "jueguismo" de los discípulos repudiantes: saltan allí su aspecto conflictivo, al ir de por medio la opresión, y su aspecto cooperativo, al excluirse aquélla. Claro que en los modelos y tableros de la teoría de los juegos lo que se persigue es la conjunción y asimilación de los dos planos que Maquiavelo mira distantes y distintos radicalmente: el de los *grandi* y el del *populo.* Al no distinguirlos, el juego opresor de los grandes se hace inofensivo en una ciencia sin categorías reales de dominación y explotación: si no hay conflicto de clase, la maximalización de los poderosos es perfectamente conciliable a la maximalización de los débiles, y el juego puede desarrollarse entonces sobre la expectativa de la mutua gratificación. Una visión tan fluida del poder —como moneda, no como riqueza: como proceso, no como solidificación— multiplica socialmente los núcleos de decisión y maximalización sin descentralizar por ello los de ataque y represalia para quienes rehúsen ajustarse a su racionalidad sin interferencias.

f) *La zona de la alternalidad entre democracia y autocracia.* Vuelcos del nacionalismo capitalista, las *"divisioni o disunioni"* lamentadas por Maquiavelo son la ocasión para que el maquiavelismo pluralista, en su acepción de ilusorio feudalizador de su realidad imperial y monopólica, vuelva los ojos atrás. Proyectivo, el análisis empírico de Maquiavelo cubre niveles decisorios medios, nobiliarios, clericales y eventualmente populares, y desde allí se extiende por un hilo deductivo al ausente príncipe unificador; en tiempo regresivo, el análisis inductivo del pluralismo tiene sobre sí allanamientos económicos, políticos y culturales que sólo disuelve idealmente en las licencias del fragmentarismo metodológico demostrador de democracia al nivel de las comunidades casi-bucólicas a la Dahl. Así, una vez disuelta la idea clásica del imperio medieval, la obra de Maquiavelo se adecua a las prácticas del pequeño *signore* y a los recuentos del democratismo romano; tenso el imperio capitalista, el Maquiavelo norteamericano nutre su teoría de la decisión

externa en la lógica conservadora y balanceísta de Metternich, y su teoría de la decisión del proceso político interno la nutre en la lógica poliárquica de Tocqueville.[13] La tabla para medir el poder será aquí doble: cuando la confrontación y contención internacional supone centralizar la acción y el castigo echa mano a los esquemas de la organización formal y sus líneas implacables de jerarquía; y cuando decisiones secundarias locales o de sacrificio y consenso reclaman la participación activa del ciudadano recurre a los flojos esquemas de la organización informal y su disfraz democrático, pluralista. En ambas circunstancias las lógicas de la decisión se vinculan estrechamente en una última instancia administrativista y maximalizadora de la actuación política. Y en ambas circunstancias el núcelo maquiavélico es el mismo: el del príncipe administrador que distingue entre *tempi pacifici* y *tempi dubbiosi di guerra,* que sabe del mando del personal civil o militar, y que conoce en suma que la eficacia en la preservación del Estado "adviene de las crueldades mal usadas o bien usadas".[14]

g) *La zona del dislocamiento entre determinismo y voluntarismo.* Quizá uno de los rasgos más sobresalientes de la filosofía de la historia de Maquiavelo sea el rompimiento de su propia ciclicidad naturalista y semi-teísta por la *virtú* decisoria-técnica del Príncipe.[15] Siguiéndolo, sin perder de vista "el fatalismo económico del marxismo", "traductor de egitaciones" en Lippmann, el maquiavelo cibernético obtiene de sus juegos retroalimentadores una suerte de *virtú* autocorrectora entre electrónica y humana. Ambos Maquiavelos conocen la interferencia

13 Ver al respecto nuestra *La Pequeña Ciencia.* Fondo de Cultura Económica, México, 1978, esp. Capítulos X y XI, pp. 309 y ss.

14 Machiavelli, Niccoló. *Il Principe,* VIII, pp. 34 a 38 y XV, XVI y XVII, pp. 57 y ss.

15 "*Dio non vuole fare ogni cosa, per non ci torre el libero arbitrio e parte di quella gloria che tocca a noi*", en Idem., XXVI, pp. 93-94.

eventual de la fortuna, "árbitra de la mitad de nuestras acciones". No es en vano que el Maquiavelo contemporáneo la vista con las complejidas matemáticas que hay en torno al azar, la incertidumbre y la probabilidad. Y sucede también que ambos saben, y aquí aparece el Maquiavelo joven, que la *buona fortuna* del *signore* puede convenientemente forjarse con ciertos artificios —"que el Rey de Francia lo subvencione de gente y el Papa de dinero".[16] De allí pues la dialéctica maquiavélica de la fortuna y las fortalezas, el señalamiento de que aunque aquélla trastorne la razón de los hombres resulta vulnerable al sentido del tiempo y la lógica de la realidad— "*perché la fortuna é donna, ed é necessario, volentandola tenere sotto, batterla e urtarla*".[17] Y también de allí que, no sin torceduras, el Maquiavelo norteamericano oponga a la incertidumbre la *información*, la "*opinione certa*" del Maquiavelo original. Información que, una vez aclarada la cosa, *cuesta*, depende de la confiabilidad, del celo y el desvelo de los servicios de espionaje y delación. Lo cual conduce finalmente al responsable último de la estabilidad ante los caprichos del movimiento histórico desfavorable: el complejo tecnocrático-militar-policial como totalidad cognoscitiva, protectora y beligerante.

h) *La zona de la racionalidad instrumental.* El voluntarismo asociado a la *virtú* maquiavélica anhela más que nada insertar factores de previsibilidad y certidumbre en un universo carente en sí mismo de puntos de apoyo para la conjetura a largo plazo. Es de sobra conocido que ante la imposibilidad de procurarse una racionalidad substantiva, el maquiavelismo opta por elaborar una instrumental, una de carácter manipulativo; con Santayana, Lippmann sabe a su vez que el ideal de racionalidad es "arbitrario, tan dependiente de las necesidades

16 Machiavellus, Nicolaus. Die 23 octobris 1502, en *Legazioni*..., Vol. II, p. 242.

17 Machiavelli, Niccolo. *Il Principe,* XXV, y *Discorsi*. . ., Libro Terzo, IX, pp. 89 a 92 y 385 a 287, respectivamente.

de una organización finita como cualquier otro ideal".[18] Unificando los criterios de productividad e intelecto, de la economía y la comprensión, la racionaidad técnica del joven Lippmann apunta de manera norteamericana contra "los ídolos disfrazados de ideales", contra la "grotesca carrera" de la libertad o la igualdad, contra el "*slogan* hipócrita" de la fraternidad. Ante los ídolos y su racionalidad ideal y estéril proyéctese la *razonabilidad* y la *practicalidad;* ante la confusión de letrados, clérigos o socialistas que creen pensar en términos de *totalidad* —alimento de demagogia, negativismo y desplantes antiempresariales— muéstrese lo frustrante que resulta suponer y presumir "una emancipación de la inmediatividad". Pero no se olvide que, en lo que al parecer es un giro audacísimo, Lippmann postula también la caducidad histórica de los ídolos de la santa propiedad privada, los derechos creados, la competencia o la prosperidad. "Aquel que se halle observando las ideas en ascenso en la vida americana puede permitirse sentir que las máximas tempranas del capitalismo están sentenciadas a muerte".[19] Sus máximas, no el capitalismo, aclarando: al removerse los ídolos jusnaturalistas o democráticos, que si no distraen obstaculizan sus nuevos pasos, se eleva a la experiencia, así, en abstracto, a "centro del pensamiento", a nuevo ídolo guardián y permisivo.

i) *La zona de la irracionalidad global.* La antinomia que existe entre la racionalidad ejecutiva del Príncipe o los *uomini eccelenti* y la "*servitú e licenza*" siempre latente en las masas, constituye la contradicción fundamental del universo maquiavélico y el punto de partida de la *prudentia* principesca. "Descubrí hostilidad al orden, un constante escapamiento del control", narra el personaje de Wells derribando las certezas maternas decimonónicas. Una vez agotado el interludio de la Ilustra-

18 Lippmann, Walter. Op. Cit., p. 163.

19 Idem., p. 141.

ción, vuélvase sobre contextos nietzscheanos y freudianos a las viejas formas convergentes de sacarle partido a la circunstancia irracional. La de Lippmann y el pragmatismo norteamericano se sumerge en el mundo de la religión y la guerra como constantes humanas y de allí asciende a re-dirigir y sublimar una vida instintiva a lo que ya no se puede rodear de tabúes, y que descarta racionalismos y artificialidades. No obstante hay un Virgilio lippmanniano: "Si Maquiavelo es un símbolo del teórico político que hace de la razón un instrumento del propósito, podemos tomar a Sorel como un representante de quien tiene conciencia de los impulsos que generan el propósito".[20] De frente a la tradición clásica del primer Maquiavelo, la "nueva fuerza dinámica de América" consistirá desde allí para Lippmann en la gran mitología de la *frontier*, en los delirios del deporte, en las sorpresas conciliadoras de la psicología industrial o en el claro antisocialismo que se desprende de toda exaltación de lo primigenio y lo impulsivo. Por su parte, con su maquiavelismo distintivo, Pareto trazaba los cálculos de su racionalidad optimalizadora sobre la misma premisa de la irracionalidad general; Burnham, repudiado, no dejó de ser tan o más explícito: la condición mayor de racionalidad en la ciencia social está en el juego que divide a manipulados ignorantes y manipuladores habilidosos. Pero lo que sucede en rigor es que el postulado de racionalidad del maquiavelismo es un postulado administrativo y no social ni económico, opera al nivel de *impresa* o *coalition*, de *congiura* o de *policy* particulares y nunca al nivel de la planificación total.[21] De esa logicidad restringida puede evidentemente alimentarse la idea fragilísima del econometrismo demócrata que consiste en multiplicar los islotes de racionalidad a través del entrecruzamiento continuo de las opciones interesadas individuales y la

20 Idem., p. 175.

21 Machiavelli, Niccolo. *Discorsi*. . ., VI. Delle Congiure, pp. 395 a 381.

coincidencia maravillosa de las expectativas del capital y el consumo, de la oferta política y el voto.

j) *La zona del imperativo elitista.* Allá y dondequiera encontramos la aspiración emocional maquiavélica hacia lo republicano en medio del dictado funcional de las élites estratégicas. Es la antítesis que se da en *El Príncipe* y los *Discursos* y más tarde en el *Leviatán* de Hobbes y la *Océana* de Harrington: antítesis que también existe entre el positivismo autoritario y la metafísica participatoria resuelta en la lógica de la maximalización egoísta del pensamiento anglosajón, y luego en los principios escolásticos de un elitismo democrático cuyas paradojas pueden ser pie de página en el libro antinómico de Maquiavelo. Ojéense los *Discursos* para hallar ante la imagen de los pueblos como *"varii, mutabili ed ingrati"* al florentino defensor del impulso creativo de una *moltitudine* que "es más sabia y más constante que un príncipe". Con todo y su vehemencia, la defensa no puede detener el testimonio demoledor de repúblicas del mundo clásico: primero, y en los casos de agitación multitudinaria, sabe de lo necesario que es un *"uomo grave e di autorità"*; más lentamente, hace depender la democracia de que el juicio de sus practicantes no esté *corroto,* lo cual les subordina a las leyes. Asentando que "los príncipes son superiores a los pueblos en lo del estatuir leyes, formar vidas civiles, ordenar estatutos y nuevos órdenes", la superioridad y la sabiduría populares se mostrarán entonces manteniéndolos y preservándolos para gloria de sus hacedores.[22] Supremacía propia, a fin de cuentas, de los *"valenti huomini et huomini esperimentatissimi"*: en Maquiavelo, como en el elitismo democrático más reciente, la lógica republicana y la lógica consumista se supeditan a la lógica del programador social que circunscribe la libertad pública a escoger entre alternativas sabiamente diseñadas y dispuestas. De ese modo, racionalidad y de-

22 Idem., Libro Primo LIV y LVIII., pp. 225 y 226 y 233 a 238, espe. p. 238.

mocracia se ven vinculadas entre sí cuando sucede el acoplamiento de la voluntad de los que obedecen con la voluntad de los que mandan, al concordar la participación popular bien informada y prudente con lo diagramáticamente definido como "bueno" por quienes saben de las cosas civiles y del *benefitio publico.*

k) *La zona de cancelación de la utopía.* La extrema racionalidad política del acatamiento presenta serias e inmensas deficiencias normativas. Positivista e inmediativista, la lógica maximalizadora-manipulatoria del consumismo no logra superar dialécticamente el momento utilitario del *"sapere bene usare la bestia"* —el de la zorra y el león[23]— y alcanzar así el momento moral de *"la fede"* y *"la lealtá"*. Ahora que si Maquiavelo entrevé los vestíbulos del *"vivere con integritá e non con astuzia"* éstos se vedan luego, y definitivamente, al liberalismo maquiavélico de sustentos psicoanalíticos, economicistas y cibernéticos. Diga lo que diga Lippmann, singularmente esa racionalización de la indiferencia ética opuesta a "moralizar desde lo alto" porque ello supone disturbios a la privacidad, lo incuestionable es que la desaxiológización de lo racional humano no tiene más salida que la sumisión al imperativo funcional. Sobre todo si allí se pregona en nombre de la ciencia haberse sacudido de la ideología, haberse nietzscheanamente liberado de "las prepretensiones abstractas y finales de los credos" (Lippmann). Sacudimientos y liberaciones que conducen a la clausura de algo que va más lejos del potencial deformador de las ideas, que inciden, rasgando, en lo moral y lo compromisorio intelectual. El Maquiavelo de los albores del siglo XVI posee la cualidad de la indignación ante las *extorsioni* mercenarias, se duele de las circunstancias de *"fraude et tradimento"*, lo vemos *"chiamando non solum l' acto bructo, ma la causa inhonestissima"*.[24] Pero mientras ese

23 Machiavelli, Niccoló. *Il Principe*, XVIII, pp. 64 a 66.

24 Franciscus della Casa et Nicolus Machiavellus, die VII augusti 1500, en *Legazioni*. . ., pp. 354 a 360.

Maquiavelo es capaz de adoptar el patetismo del *dispiacere*, el "científico social" de hoy no adopta sino la vacía gravedad de la neutralidad; en tanto Maquiavelo aspira a recuperar lo que se ha perdido *"di honore e d'utile"*, su contraparte contemporánea se autoinhibe entre laberintos metodológicos para la aventura valorativa, por no decir la utópica. Los abismos no son desdeñables. En el momento de Maquiavelo la expansión conjunta del capitalismo y del nacionalismo dibuja una escala de prioridades en la que se van engarzando objetivos técnicos y objetivos moralmente laudables —bastaría remitirnos a los del reclutamiento militar nacional en lugar del mercenario—; la cosa no se repite: el momento actual del capitalismo ha agotado todas las posibilidades morales del nacionalismo. Su doctrina individualista, y aquí palabras de Christian Bay, ha llevado en Occidente al "culto a la pseudo-comunidad", al seco esqueletismo de un sistema económico *profit-oriented, gadget-oriented.* Tras "la retórica mistificatoria del nacionalismo" no están sino las eminencias transnacionales grises: si el *"name of the game"* es el del interés nacional sobre el de la solidaridad humana, el *"real name of the game"* es el del interés corporativo privado, el "mayor enriquecimiento a corto plazo de algunos de los intereses monetarios por ahora más favorecidos".[25] Lugar entonces inhóspito a los *Utopia-Makers* ése que con todo se ostenta más allá de lo lejano socialista o lo cercano fascista, postideológico, insensible eso sí a lo cualitativo y diferenciador en política, radicalmente imposibilitado para tender los puentes entre la logística administrativa y militar y la racionalidad social y económica.

Al ser arrasada sin más la dialéctica por la algebromaquia, al ser invalidada cualquier construcción normativa

25 Bay, Cristian, "The perils of Canadian Patriotism", (Draft) preparado para el *Canadian Forum*, diciembre 2 de 1971, esp. p. 4.

de la política, terminamos el recorrido por las zonas de nuestra al parecer inextirpable condición humana maquiavélica. Insístase en el "al parecer": de otra manera cancelamos la probabilidad de la ética y la utopía, y eso es simplemente inaceptable.

Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de Paradigmas Ediciones S.A. de C.V.
Privada Dr. Arce 25 A Tel. 7-61-29-98
En el mes de Diciembre de 1988
La edición consta de 1000 ejemplares
más sobrantes de reposición

LA INTELIGENCIA DEL PODER

Al hablarse en este Breviario de "la inteligencia del poder" el autor alude a la compleja lógica/ilógica que permite que la burguesía acumule y reproduzca capital en medio de una modernidad política sembrada de incertidumbre y sorpresas destructivas. De aquí que el dibujamiento teórico de esa inteligencia se inicie con el descubrimiento que logra Nicolás Maquiavelo del continente cuyos "nuevos modos y órdenes" se sacuden por igual de la dogmática religiosa y la dogmática racionalista. Y de aquí que se siga con un Gaetano Mosca que declara al principio del siglo XX la inevitabilidad de las estructuras oligárquicas del poder y con un Giovanni Gentile que libra las primeras escaramuzas fascistas de la *pragma* burguesa contra la filosofía del marxismo. Al final, el autor, conocido por sus trabajos sobre el pensamiento político norteamericano, nos presenta los nuevos órdenes maquiavélico-cibernéticos que se despliegan en un continente capitalista ya envejecido por la guerra, la desigualdad internacional y el crepúsculo de los promesas liberales.

JOSE LUIS OROZCO es maestro y doctor en Ciencia Política. Entre sus libros destacan *La Pequeña Ciencia* (Fondo de Cultura Económica, 1978), *Notas del País Darwiniano* (UNAM, 1981), *Henry Adams y la Tragedia del Poder Norteamericano* (FCE, 1985, traducción italiana en prensa) y *La Revolución Corporativa* (Hispánicas, 1988). Ha compilado y traducido tres antologías sobre el pensamiento político norteamericano y publicado varios artículos en México, Italia y los Estados Unidos. Actualmente realiza investigación en la UAM-Xochimilco en el área de la política internacional.

División de Ciencias Sociales y Humanidades